
La Frontera de los Sueños
El Enviado
LIBRO I
Juan A. Alzola García

La Frontera de los Sueños
Libro I
El Enviado

Juan A. Alzola García

Agradecimientos a la página Openclipart.org de donde se han sacado algunos de los dibujos del interior (en mapas, y separador).

Capítulo 1

Día a Día

Tomás observaba la sala de espera de la consulta. Le parecía que estaba demasiado concurrida, aunque pensó que no era por los pacientes de la sección: oncología pediátrica, sino por el pasillo que atravesaba el lugar comunicando todas las especialidades de la planta. El personal sanitario recorría de un lado a otro el corredor con variados uniformes verdes, azules o blancos, pero solo los de pediatría podían llevar graciosos dibujitos estampados en la ropa.

Trató de distinguir uno de aquellos garabatos, pero enseguida desistió, prefirió ensimismarse de nuevo. La espera y el aburrimiento le hacían pensar en las cosas más insospechadas, y en ocasiones se sorprendía imaginando situaciones rocambolescas a kilómetros de donde se encontraba. Durante los tres meses de verano había estado acompañando a su hermano Andrés durante sus visitas al hospital. Prácticamente cada dos días tenía que hacerse pruebas. Andrés, de once años, padecía leucemia en un estado avanzado. De piel muy blanca por la enfermedad y una melenilla morena que resaltaba su palidez, mostraba aspecto débil y enfermizo. Era dos años menor que Tomás y siempre fue su compañero de batallas. El vínculo que les unía sobrepasaba el de la propia sangre.

El ruido de la puerta del despacho al abrirse interrumpió los pensamientos de Tomás. Su madre salió con Andrés de la mano. El rostro desencajado reflejaba el estado de los análisis del chico.

-Mamá, ¿puedo ir ahora al servicio? –le preguntó el pequeño Andrés.

-Si hijo, aquí te esperamos –le respondió y él se fue a paso ligero.

-¿Qué pasa mamá? –preguntó Tomás.

-Hijo, pasa que en este país, que presume de ser dónde más trasplantes se hacen en el mundo, la gente no dona médula espinal porque tiene miedo a que en vida se la saquen. No saben que ni tan siquiera hace falta anestesia general, que es muy sencillo –le contestó algo enojada.

-¿Quiere decir que…?

-No hijo. Tú no te preocupes. Ya llegará el donante, ya llegará…

Pero aquellas palabras sí le preocuparon e incluso le ofendieron. ¿Cómo no habría alguna persona compatible que donara médula espinal para su hermano? ¿Es que no sabían lo maravilloso que era? Si solo había que verle.

Salieron los tres del edificio, pero Tomás seguía ofuscado y andaba sin fijarse. Algo mareado por vivir aquella situación que le

sobrepasaba, solo acertaba a ver las enormes letras de la salida del recinto: "Hospital Carlos Haya", que de color azul intenso atrajeron poderosamente su mirada, cuando un carro de compra de supermercado se le cruzó; él cayó hacia delante llevándoselo con su peso y ambos, Tomás y el carro, volcaron acabando en el suelo.

-¡Niñooo! –dijo la anciana indigente propietaria del vehículo accidentado-. Mira, ¡me has tirado todos los libros!

Tomás se levantó dolorido y todavía confuso sin entender muy bien qué hacían todos aquellos libros en el suelo. En otra ocasión nada habría dicho, quizá disculparse aunque no creía que hubiera sido culpa suya, pero hoy algo le revolvía por dentro.

-Pero señora, se ha cruzado en mi camino. ¿Qué me está diciendo? ¿Es que no ve por dónde va? –contestó Tomás.

-Niño desvergonzado… Cómo habéis cambiado… En mis tiempos no contestábamos a nuestros mayores –le dijo mientras se agachaba a recoger los libros.

-Espere… Ya los recojo yo –le dijo Andrés-. ¡Vaya! ¡Cuántos hay!

La anciana se le quedó mirando a la distancia de un palmo de su pálida nariz, como si pudiera ver a través suya.

-111, para ser exactos –dijo ella.

-111… Curioso… número –contestó él incómodo ante aquellos penetrantes ojos que parecían escrutarle hasta lo más profundo de su ser.

-Buen chico, buen chico… -dijo levantándose y continuó hablando a Tomás con la mirada fuera de sí, como si hubiera entrado en trance-. Tu hermano te va a abrir una puerta en esta vida. Aunque no lo creas, no es a él sino a ti a quien más le hace falta.

Los chicos se quedaron boquiabiertos, mirándola con atención.

-Este regalo que os voy a hacer deberéis cuidarlo como a vosotros mismos, pues vuestra vida puede depender de él –continuó diciendo.

Andrés, animado por su madre que no veía el momento de irse, terminó de colocar bien el carro con los libros y la anciana, canturreando en voz baja le apartó, y comenzó a rebuscar escarbando entre todos ellos.

-Ajá… Este para ti y extendiendo la mano le dio un manuscrito de título "La Frontera de los Sueños" al pequeño Andrés.

-¡Gracias! –dijo él realmente ilusionado.

-Nada hijo. Sigue así, que lo estás haciendo muy bien –le contestó mientras se sumergía de nuevo entre la montaña de libros.

-¿Cómo sabe el nombre de mi hijo?... –preguntó la madre que cada vez dudaba más de la cordura de la anciana-. Mire déjelo…

-Calle, calle. No querrá influir en el destino de los chicos –le contestó mientras surgía con un libro cogido y una gran sonrisa.

"La Caída de los Mundos", se llamaba el de Tomás. Aunque a él

se le antojó más emocionante el título del de su hermano. Además, el suyo apenas era un cuaderno comparándolo con el otro.

-Escuchad: estos dos libros, como vosotros, están hermanados. Uno es mayor que el otro, aunque no por eso el pequeño tiene menos vida que el otro. Deberéis leerlos juntos y que sea "La Frontera de los Sueños" el primero.

-¿Por qué no nos quitamos este primero que son unas pocas hojas? –preguntó Tomás.

-Cada cosa a su debido tiempo. Ese manuscrito, que miras con desprecio, es la obra de un hombre de la antigüedad al que casi ejecutan por su contenido, pues en sus hojas planteó algunas ideas controvertidas. Para aquella época eso era lo mismo que ser un rebelde. Sí, un rebelde, tal y como tú eres jovencito.

-¡Oh! ¡Por favor! ¡Qué barbaridad! –Exclamó la madre-. Dejad esos libros y vámonos.

-Señora no tenga cuidado, en la antigüedad ajusticiaban a uno por toser.

-Mamá déjanoslos… –dijo Andrés entonando melosamente su voz-.

-Sí ¡por favor! –decía Tomás.

Su madre se volvió apenas un instante para poner orden entre los chicos y quitarles los libros. Cuando se los cogió, y se giró de nuevo para dejarlos en la cesta, la anciana y su carro habían desaparecido. Por más que miró alrededor no la vio y despacio reiniciaron la marcha hacia el aparcamiento.

-Tomad, pero antes de leerlos tendré que echarles un vistazo –dijo escamada la mujer-. Y en cuanto lleguemos me voy a cuidar a la abuela, así que no tendré tiempo de mirarlos hasta el lunes.

-¿Sí? ¿Y con quién nos quedamos? –preguntó Tomás.

-Con la prima Esther.

-¡No mamá! ¡Vendrá Rodolfo!

-Hijo, no puedo dejaros con nadie más y la prima es muy buena chica.

-¡Pffff! –exclamó Tomás.

-Ya está bien. No se hable más. La abuela está muy mal, tenemos todos que colaborar un poco.

-Vaaale mamá –respondió Andrés.

Cuando llegaron a la casa, los chicos se hicieron a hurtadillas con los libros y se perdieron escaleras arriba hacia el desván.

-¡Espera! Recuerda que me estoy muriendo –dijo Andrés casi sin aliento.

-Perdona –se detuvo y con un profundo dolor que le atravesaba el pecho, observó cómo su hermano subía poco a poco.

Cuando llegó a su altura, Andrés le puso el codo delante y comenzó a subir más rápido.

-¡Ah! ¡Ja, ja! Lentorro, lentorro… –le dijo ocupando con los brazos el hueco de la escalera por completo.

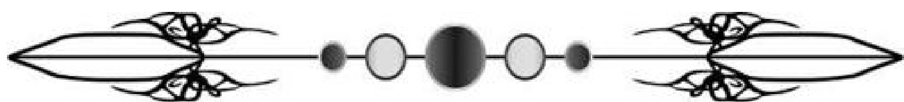
-¿Será posible? –dijo Tomás sorprendido.

Al llegar, una vez recuperado el resuello, Tomás colocó unos cuantos cojines sobre el suelo de madera y mostró a Andrés el sitio más cómodo.

-Mira, he cogido provisiones por si el novio de Esther acaba con las reservas de la nevera –le dijo Tomás enseñándole una tableta de chocolate.

-Bien hecho. Venga, vamos a ver ese libro –dijo Andrés.

Les esperaba un fin de semana de enfrascada lectura, pues la prima Esther no acostumbraba a hacerles mucho caso. Quizás, les suministraría algún bocadillo o perrito caliente, y eso, siempre que se acordara, pues ella más pensaba en Rodolfo, su novio al que invitaba clandestinamente a la casa.



LA FRONTERA DE LOS SUEÑOS

El Enviado

LIBRO I

“Las profecías aparecen irremediablemente como oscuros surcos trazados en el destino de todas las razas.”

Historia de los Pueblos. Libro IV del Conocimiento Augur


Vandoria
Cordillera de Vandoria
Merintia
Arcontia
Gran Meseta
Oriental
Tierra
de Gigantes
Desierto
del Dragón
Errante
Drudia
N
MAPA IGNITA
del
MUNDO EXTERIOR

Un Nuevo Camino

Etham se despertó sobresaltado por el estrépito de un rayo. Con la cabeza levantada y el corazón acelerado agarraba la manta con las dos manos, mientras se preguntaba qué había pasado. Miró hacia la ventana alcanzando a ver la tenue luz de la luna. Aún le resonaba el estruendo en los oídos y decidió permanecer escuchando para identificar el sonido. Sintiendo los latidos de su corazón en la garganta, se dio cuenta de que tenía el cuello rígido. Decidió relajarse sin dejar de escuchar, pero el fenómeno no se repitió.

Desvelado, un único pensamiento le rondaba la cabeza: su padre yacía moribundo en la habitación de al lado. Llevaba varios días atendiéndole sin apenas dormir y había aprovechado esta noche que parecía más tranquilo para echar una cabezada. Se levantó un poco mareado por la falta de sueño, quería comprobar cómo seguía el enfermo, pero antes miró a través de la ventana buscando algún efecto del rayo.

Parecía todo en orden; el patio permanecía en completa quietud. En el centro, el cubo del pozo movido por el viento chirriaba ligeramente entre el reclamo de los esforzados grillos. A los lados se vislumbraban las caballerizas iluminadas por las lámparas de aceite y al fondo, tras la forja de la puerta de entrada se dibujaba el contorno de dos jinetes con sus cabalgaduras. Detuvo la vista en ellos, aunque no los distinguía con claridad pensaba que serían dos hombres jóvenes de semblante serio, ataviados con su capa negra encapuchada y montados en caballos de purasangre tan oscuros como la noche. Eran los temidos guardias del sagrado consejo. Se había acostumbrado a ellos, recordaba que desde siempre habían estado vigilándole. Nunca supo el motivo, solo sabía que gracias a la mediación de su padre los guardias se mantenían distantes. Cuando una vez se atrevió a preguntarle si conocía el motivo de su eterna presencia, su padre le respondió con la mirada perdida que se mantuviera alejado de ellos, que los ignorara y no le volviera a preguntar al respecto. Y no lo hizo más, pero ahora ya tenía dieciséis años y sin duda, en breve, quedaría al frente del legado familiar. Era ya capaz de decidir por sí mismo, más aún sobre asuntos que le afectaban a él directamente como era el caso de aquellos guardias.

Se encaminó a la habitación de su padre preguntándose

cuándo le desvelaría por fin aquel misterio.

Le encontró despierto, seguramente también por el rayo, pensó. Se sentó a su derecha cogiendo su mano y mirando su demacrada cara.

-Padre, ¿cómo se encuentra esta noche? –le preguntó.

-Esta es mi última noche hijo, acabo de escuchar la llamada del creador para que vaya a su lado- le respondió con voz entrecortada.

-Solo ha sido un rayo. A usted le ha de quedar lo menos...

-Calla y escúchame el poco tiempo que me queda – le interrumpió entre toses.

Etham calló. Su padre, un hombre fornido de mirada penetrante y frondosa barba, provocaba en él un profundo respeto, aun en su lecho de muerte.

-Escucha hijo, hay muchas cosas que te he ocultado por tu propio bien, espero no haberme equivocado. Lo cierto es que ya da igual, puesto que te dejo antes de lo que esperaba y ahora serás solo tú quien guíe tu destino. Alcánzame eso –le dijo señalando una bandeja de plata sobre la que descansaba la cena de la noche anterior.

Etham la cogió con cuidado de no derramar el vino de la copa y la colocó despacio sobre las rodillas de su padre, pero para su sorpresa, el viejo la agarró con su tembloroso pulso y la volcó tirando todo lo que sostenía al lado de la cama.

-¡Padre!

-¡Calla! –le dijo señalando con el dedo la bandeja- ¿Qué ves aquí?

-Una bandeja –contestó el muchacho confundido.

-Aquí –insistió moviendo su dedo arqueado sobre el metal.

-Mi reflejo.

-Esto –movió compulsivamente el dedo sobre los ojos reflejados de Etham.

-Son mis ojos.

-Y ¿de qué color son?

-El izquierdo es azul y el derecho negro.

-Como sabes, fuiste un no nacido. Tu madre murió durante el parto y hubo que sacarte de su vientre antes de que murieras también. La inexperta matrona que la atendió, asustada por un parto difícil, mandó llamar al curandero quien sin pensarlo dos veces se ocupó de abrirla.

Esos cuervos asesinos, que matan más que curan, pueden reconocer el color de los ojos aun antes de que tomen su apariencia definitiva. Fue él quien avisó al sagrado consejo. Al parecer, todos los curanderos del país tenían órdenes de comunicar cualquier anomalía

relacionada con los nonatos. Fue así como ese atajo de perturbados supo de ti. No tardaron en acercarse para contarme patrañas sobre una profecía en la que alguien no nacido, con mirada de dios y mirada de hombre, salvaría a nuestro pueblo del mal que desde hace años nos acecha.

Etham quedó boquiabierto con lo que le contaba su padre y, a medida que continuaba, más aún abría la boca.

-¡Escucha! –le exigió cogiendo su brazo-. De no haber sido por mi excelente relación con la nobleza, me habrían separado de ti hace tiempo; pero no hay noble que no desee uno de nuestros caballos. Vienen desde lejanos países en busca de algún ejemplar de nuestras cuadras. Incluso las monturas de la guardia del sagrado consejo llevan nuestro hierro. Pero con mi muerte, los pactos y acuerdos que sellé quedarán rotos y volverán en tu busca. Si eso sucediera deberás seguirles sin ofrecer resistencia pues de nada sirve luchar contra ellos, pero antes de emprender tu nuevo camino -dijo apretando más el brazo y con la mirada ida-, deberás asegurarte de que la raza de nuestro escudo queda preservada. Donde sea que vayas llévate a Tizón, es el mejor y más fiel semental. Deja una yeguada de cinco ejemplares a la familia de tu amigo Bentor, confío más en ellos que en ningún pariente, y el resto véndeselos al ejército, te pagarán rápido y sin regatear.

Bien hijo, deberás convertirte en un hombre sin ninguna dilación –dijo relajándose sobre la almohada-. Mañana cumple mi última voluntad. Ahora déjame descansar.

Etham no se fue; se quedó sentado en silencio viendo a su padre cerrar los ojos con intención de seguir durmiendo. Estuvo allí parado como un pasmarote durante un buen rato, dando vueltas a lo que había escuchado. Por fin se levantó y tras recoger los restos de la bandeja, se encaminó a su habitación sin dejar de pensar. Le daba la sensación de que a su padre le importaba más el destino de los caballos que el suyo propio.

Bueno –se dijo a sí mismo-, mañana con la cabeza más despejada hablaremos tranquilamente de todo esto.

A la mañana siguiente, Etham se despertó recordando la extraña confesión que le hiciera su padre. No estaba seguro de si era cierto o acaso lo había soñado. Se acercó a la jofaina con ánimo de espabilarse, y apoyando las manos en el borde se quedó contemplando el reflejo de su imagen.

Era un chico bien parecido, el pelo castaño claro le caía

como una cortinilla delante de sus extraños ojos, lo que a menudo le obligaba a apartárselo con un soplido para poder ver. De su tez casi pálida resaltaban unas pocas pecas y su pequeña nariz respingona. Pero hoy no se veía agraciado, se sentía muy desanimado. No entendía cómo solo recibía frialdad de su padre cuando él le idolatraba e intentaba hacer todo lo posible por complacerle. Desde que supo cómo murió su madre se sintió en deuda con él por pensar que le había quitado algo suyo. Se sorprendió apretando con todas sus fuerzas la palangana cuando comenzó a recordar. Con gran impulso se separó incorporándose, suspiró y decidió atender al enfermo antes de comenzar las labores diarias. Hoy no se lavaría.

Bajó a la cocina y cogió de la fresquera un poco de cecina, pan y una jarra de leche del día anterior. Lo colocó todo cuidadosamente sobre una bandeja y la subió deseando que el desayuno fuera del agrado de su padre, quien últimamente apenas comía.

La dejó sobre la mesilla y se sentó a su lado.

-Padre despierte, le traigo el desayuno –le dijo suavemente mientras le mecía el brazo.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que ya no despertaría; le soltó y su mano cayó fría a un lado de la cama. Aquel momento ya nunca se le olvidaría. La cara del anciano, blanca y rígida como la pared, permanecía insensible a los rayos del sol que entraban por la ventana. Etham, se quedó viendo como las motas de polvo se desplazaban lentamente iluminadas por la luz. No movió ni un músculo, casi se olvidó de respirar deseando que abriera los ojos y le hablara como siempre, pero nada ocurrió; y le comenzaron a atormentar sensaciones y pensamientos que se le amontonaban en la cabeza. No tardó en sentir una comezón que desde el estómago se alojó en su pecho. Mareado, creía ver la habitación cada vez más y más pequeña.

Decidió huir, salir corriendo y escapar de aquella insoportable quietud. Se precipitó hacia las escaleras. Según bajaba los escalones en saltos de tres en tres, sentía un terrible miedo, como si a sus espaldas, a dos metros detrás de él le persiguiera la peor de las muertes. Presa del pánico se encontró huyendo del eco de sus propios saltos sobre la madera. En un instante llegó a las caballerizas y sin dudarlo montó sobre Tizón que, sintiendo la desazón de su amo partió con la velocidad del miedo. A galope tendido atravesó el patio hasta llegar a la cancela de la entrada. Allí permanecían los guardias del consejo quienes al verle acercarse hicieron una coordinada reverencia al tiempo que encaraban sus caballos hacia él rindiendo respeto. Etham los miró un instante con cara de incredulidad, encabritó su montura y abrió la cancela al golpearla con las patas de Tizón. Salió al

galope, necesitaba aire. Los guardias confundidos, clavaron sus espuelas y salieron tras él.

La velocidad del semental era inalcanzable por las bestias de la guardia. Cuando ya les dejaba atrás, aflojó la marcha para dar un respiro a Tizón y a los caballos de sus perseguidores; al fin y al cabo él los había amaestrado como a casi todas las monturas del consejo, y conservaba un vínculo muy fuerte con ellos. Además, aquella galopada con el viento en la cara bastó para despejarle.

Pasó una pequeña colina y los esperó al resguardo de un majestuoso roble milenario mientras palmeaba el cuello de Tizón. Los guardianes sagrados se encontraron de bruces con él y tirando de las riendas levantaron sus jadeantes monturas. Las capuchas cayeron sobre sus espaldas y Etham pudo ver sus caras enojadas. Muy rara vez dejaban al descubierto sus rostros por lo que se apresuraron a cubrírselo de nuevo y, con mirada de paciente resignación, inclinaron lentamente su cabeza hacia el muchacho sin decir nada.

Resolvió dirigirse a casa de su amigo Bentor, en el interior de la magnífica ciudad de Dur-Barak, donde residía la corte del reino. Quería pensar, pero antes debía serenarse. Decidió perderse por las calles dejando volar su imaginación y observar a los atareados habitantes.

Al estar emplazada en el centro del país, Dur-Barak componía un cruce de caminos de las más importantes ciudades. Entre sus muros se podía encontrar gentes de distintos orígenes y diferentes clases sociales, aunque lo que más predominaba eran los comerciantes, militares del ejército regular y miembros de la sagrada orden, incluido su consejo.

Situada en un gran valle, estaba partida en dos por el río Therios, y quedaba coronada en sus partes por sendas cumbres en las que se erigían dos castillos. El más antiguo de los dos pertenecía a la Orden y antaño, cuando la ciudad era atacada, constituía un refugio para los ciudadanos que dejaban sus casas para guarecerse tras las murallas. Posteriormente, la corte levantó otro mucho más fastuoso. Sus torres y baluartes de mármol relucían con tonos blanquecinos por la mañana y rojizos al atardecer, maravillando a todo aquel que lo miraba. Fue tal el agrado de la población que al poco de terminarlo añadieron su silueta al estandarte del reino.

La puerta oeste de la ciudad, atrancada con un pesado madero, fue inmediatamente abierta cuando los centinelas divisaron a los jinetes negros que escoltaban a Etham. La relación entre el ejército regular y la Orden era más bien distante; los unos tachaban a los otros de fanáticos religiosos, pero los guardias del sagrado consejo eran caso

aparte, a todos inspiraban un profundo temor y respeto.

A medida que avanzaban por las calles, las gentes murmurando apresuraban el paso mostrándose esquivos. Etham ya había pasado por eso muchas veces pero aun así, no se acostumbraba. Al principio le hacía gracia, como cuando tenía que salir a recoger alfalfa para los animales; le resultaba incluso divertido ver a hombres fornidos, a quienes todos temían, saludarle solemnemente cada vez que les pasaba cerca. Pero de eso ya hacía mucho tiempo, ahora se sentía aislado y harto de no poder llevar una vida como la de cualquier muchacho.

Por la calzada empedrada llegaron a una pequeña plaza a la que accedieron pasando bajo un arco que unía los dos lados de la angosta calle. Allí no había más que una panadería y dos puertas que compartían el espacio de la placita. No había sitio para más.

Acercándose a la tahona, Etham inclinó su cuerpo y sin bajar del caballo miró en el interior. Al verle el panadero, un hombre orondo con el pelo entrecano y la cara colorada le hizo señas sonriendo. Movía el brazo señalando a la derecha muy lentamente, como si el chico no le fuera a entender por estar demasiado lejos. El padre de Bentor, sencillo y bonachón le recordaba mucho a su amigo y siempre le resultó muy gracioso, pero ahora no tenía fuerzas para reír; asintió y se irguió. Dejó a Tizón y entró por la puerta que indicaba el panadero.

Tras pasar un oscuro y ancho pasillo llegó a un patio tan amplio y luminoso, que el contraste con la oscuridad de la plazuela le deslumbró. Antes de poder distinguir nada, acertó a escuchar una voz atribulada.

-No vas a sentir nada, será una muerte muy rápida –decía sin mucha convicción.

Etham agudizó la vista poniéndose en tensión y escudriñando por fin reconoció a su amigo, que agarraba una liebre por el cogote.

-No serás capaz de hacerlo –le dijo.

-Ya lo sé, llevo un buen rato intentándolo y no puedo –contestó Bentor mostrando una exagerada desesperación y colocando la liebre en una jaula-. ¿Qué haces tan pronto por aquí?

-Mi padre ya ha muerto.

Bentor se le acercó lentamente con la cara desencajada, se paró frente a él mirándole a los ojos y sin mediar palabra se abalanzó en un abrazo. Con su cuerpo, mucho más grande y alto que el de su amigo, le envolvió poniendo la cabeza en su hombro. Etham apoyando la frente sintió una inesperada sensación de cobijo y descanso. Permaneció unos segundos allí con las lágrimas en los ojos.

-Lo siento mucho. Hay cosas que por esperadas no dejan de

ser terriblemente dolorosas… –le dijo sin saber cómo consolar a su amigo.

-Déjalo, para como lo estaba pasando últimamente es mejor así –dijo limpiándose las lágrimas-. Siéntate, tengo mucho que contarte.

Se sentaron y Etham le habló de la conversación que tuvo el día anterior y del hastío que sentía de estar siempre vigilado. Pensó en contarle también el miedo que pasó cuando encontró a su padre muerto, pero avergonzado no lo hizo.

-Necesito tu ayuda, he decidido huir antes de que se den cuenta de la falta de mi padre –le pidió.

Bentor quedó pensativo por todo lo que acababa de escuchar, pero enseguida reaccionó.

-Lo que tú quieras. Ya lo sabes.

-Tenemos que enterrarle, lo haremos tras las caballerizas. Después huiré, pero tendré que saltar el muro, por lo que no podré salir cabalgando. Te dejaré aquí a Tizón e iremos andando. Esta noche volveré a por él.

<Escucha hay otra cosa… –le dijo dubitativo-… la última voluntad de mi padre fue que te dejara una yeguada para preservar la raza de nuestro hierro. No podréis venderlas ni aprovecharos de ellas pues son muy orgullosas y no aceptarán ningún trabajo de tiro, con lo que solo os traerán gastos. He pensado que podéis vender el resto de nuestros caballos y así mantenerlas.>

Pero a Bentor no le inquietaba ningún gasto. Otra idea le rondaba la cabeza y antes de partir hacia la casa de su amigo fue a hablar a escondidas con su hermana mayor, que muy preocupada se despidió de ellos mirando a Etham con ojos melancólicos.

De regreso en la finca dejaron a los guardias en la cancela, como de costumbre, y comenzaron la labor. Bajar al fallecido no fue tarea fácil y aun resultó más difícil enterrarlo porque aunque era primavera, la tierra estaba fría y dura. Cuando terminaron, rezaron una corta oración en silencio y cansados fueron a reponer fuerzas a la casa. Allí, comieron frugalmente de pie frente a la mesa de la cocina, sin hablar y escuchando los ruidos de sus propios bocados. Bentor ayudó a su amigo a hacer el hatillo y tras concretar el plan de fuga regresó a su casa caminando.

Poco antes de iniciar la huida Etham estaba nervioso, no quería olvidar nada; cambió el agua de los abrevaderos y dejó forraje suficiente para una semana por si antes no hubiera pasado Bentor. Cogió una bolsa de monedas de oro que guardaba su padre y además una magnífica espada, liviana y bien equilibrada, con unos raros motivos de plata y una gran piedra azul labrada sobre la empuñadura. Su padre decía que era una espada con mucha historia, regalo de un

rey, aunque él sospechaba que en realidad fue un capricho más del anciano, que le costó el pago de un semental y una yegua.

Al atardecer, con el hatillo a la espalda, Etham trepó al tejado de una de las caballerizas y dando un brinco cayó en la rama de un abedul que estaba fuera de la hacienda. Fue algo precipitado pues de haber mirado con más detenimiento a la raíz del árbol habría visto a un hombre calvo y entrado en carnes, que sentado apoyaba su espalda contra el tronco. Como quiera que Etham saltó delante mismo de sus narices y que el hombre no se lo esperaba, pensó que no era un chico lo que le caía del cielo, sino un demonio que con su vida quería terminar, y no le faltó un momento para comenzar a gritar con los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada de terror, mientras tiraba de las piernas hacia atrás como si el mismo árbol quisiera arrancar. Etham quedó igual o más sorprendido ante aquel recibimiento y sin pensarlo dos veces fue a echar mano de su espada al tiempo que encaraba al vociferante infeliz, pero al ver que cuatro bigardos más, armados con garrotes, acudían por el flanco derecho al llamamiento del primero, y otros dos por el izquierdo, retrocedió hacia la pared para guardar mejor la espalda. Y en las últimas se veía cuando trató inútilmente de dar explicaciones con su espada en alto. Pero de la conversación entre gritos solo quedó claro que aquellos eran todos hermanos y que querían hacer no sé qué cosa con sus intestinos. Etham que ya notaba el sudor en su agarrotada mano, intentaba mostrar firmeza mientras zigzagueaba con la punta de su arma. Y así estuvieron un rato, los unos acechando y el otro manteniendo a raya, hasta que un militar a caballo, llamado por el alboroto se acercó y tras observar la situación desenvainó también su espada.

-Sube chico –dijo mientras le hizo un gesto a Etham para que montara a la grupa.

Los hermanos, que solo con uno no podían, ahora lo vieron peor por lo que terminaron desistiendo de su empeño y se retiraron dejando paso.

Cuando subió, salieron al galope.

Viéndose fuera de peligro, los seis hombres se acercaron a interesarse por el otro que, aunque más tranquilo, aún le temblaba el pulso. En corrillo, se veía agobiado por las atenciones de su familia que querían enterarse bien de lo sucedido. Sintiéndose reconocido, comenzó a tomar aire para contar lo ocurrido, cuando a las espaldas de sus hermanos que le miraban a él con toda la atención, de pronto aparecieron los dos guardias del consejo sagrado como surgidos de la nada. Quedó pálido y sin fuerzas en las piernas; aquello fue más de lo que pudo soportar por un día y en el mismo sitio se quedó sin conocimiento alguno. Los hermanos extrañados miraron hacia atrás e

igualmente quedaron aterrados al ver a los jinetes negros, pues de todos era sabido lo poco recomendable que es su compañía cuando se es objeto de su interés.

Tras enterarse por fin de lo sucedido, después de interpretar buena parte de los balbuceos que proferían los asustados hermanos, los guardias volvieron a la hacienda donde confirmaron que Etham fue quien saltó del árbol. Los dos salieron en su busca.

El militar, un hombre rubio con barba de pocos días, llevaba galones de capitán lo que no concordaba con su corta edad, que apenas pasaría de la veintena.

Al ver que este callaba, Etham le preguntó:

-¿Cómo puedo agradeceros lo que habéis hecho por mí?

-No tienes nada que agradecer –respondió, y tras una pausa continuó hablando alto y con la cabeza girada-. Escucha, la ciudad de Hurug-Madöh ha caído, los que han sobrevivido vienen hacia aquí después de haberlo perdido todo y con muy pocos ánimos. Las reyertas se suceden a lo largo de todo el camino, muchas veces por un mendrugo de pan. He visto a muchos perder la vida por minucias, así que ándate con ojo.

-¿Venís también de allí? –le preguntó

-Si lo que quieres saber es si he luchado en la batalla, sí, lo he hecho. Aunque poco se puede hacer cuando el enemigo es el mismísimo mal -respondió el capitán meditabundo.

-¿Qué queréis decir?

-Ni yo mismo lo sé. Solo te puedo decir que aquello que nos atacó no era humano, era algo sobrenatural. Conozco a muchas razas de hombres: los augur, los arcontes, los drudios... incluso hay pueblos donde no hay quien pase de los tres pies y otros que por el contrario son tan altos que se agachan para coger frutos de los árboles, pero aunque muy diferentes, todos son hombres; más o menos guardan nuestra misma apariencia pues todos vivimos bajo el mismo cielo... –quedó pensativo y por fin continuó-... No, aquellas bestias no parecían de este mundo.

Etham calló sorprendido y no quiso decir más pues dudaba de la cordura del capitán.

Cuando llegaron a la puerta oeste de la ciudad, el oficial tiró de las riendas del caballo que inmediatamente se detuvo.

-Aquí te dejo –dijo-. He de presentarme en el castillo real y dar mi informe.

-Espere, no me ha dicho su nombre.

-Soy el capitán Hergues, para servirte... –dijo invitando al chico a presentarse.

-Etham –contestó él.

-... para servirte Etham. Hasta más ver –se despidió colocando la mano en su condecorado sombrero.

Etham continuó por las calles dirigiéndose al punto acordado cuando, por encima de él a lo lejos, pudo ver cómo se encendían las almenaras del castillo de los místicos guardianes. Nunca antes vio algo semejante, pero quiso tranquilizarse pensando que podía tratarse de alguna costumbre de aquellos extraños monjes guerreros. Se acercó a un anciano que miraba con cara de preocupación.

-Señor, ¿sabe por qué encienden las hogueras? –le preguntó.

-Sin duda por nada bueno, mozalbete –le respondió al muchacho sin prestarle mucha atención.

-¿Las encienden muy a menudo? –insistió.

-En los años que llevo aquí, que son más de los que tú tienes, nunca antes las habían encendido –le respondió mirándole por fin-. Están llamando a los miembros de la orden de las ciudades cercanas. Si el color del humo fuera negro, y no blanco como ese, el llamamiento sería comunicado de torre en torre por todo el reino, pues todos irían encendiendo sus almenaras según vieran las de sus vecinos prender. Pero no, han llamado a los de los alrededores. Harás bien en recogerte, chico; créeme, pasarás una muy mala experiencia si tan solo miras a uno de esos guardias a la cara. Son fríos como témpanos y si quieren saber algo de ti pueden introducirse en tu mente -le contestó el viejo sin reconocerle.

Etham, mirando al suelo para ocultar sus ojos, le agradeció al anciano y siguió su camino preocupado. No se creía tan importante como para ser causa de aquello, pero prevenidamente comenzó a avanzar escondiéndose entre los soportales.

Llegando ya a la casa de Bentor pudo ver a dos parejas de jinetes negros que fuera de sí, y sin cuidado por ningún obstáculo de la calle acudían a la llamada de la torre sobre sus fustigadas monturas. Las gentes asustadas se ocultaban en sus casas, y el que se encontraba lejos de su hogar sin tardanza alguna pedía asilo en la puerta más cercana.

Al entrar en la plazoleta se encontró con la panadería cerrada por lo que golpeó con la aldaba de la casa. Se apoyó sobre la puerta esperando que abrieran mientras vigilaba sus espaldas, pero inmediatamente escuchó el ruido de un cerrojo y a la vez sintió cómo su hombro perdía fuerza. Sin darle tiempo a guardar el equilibrio trató de utilizar la mano del hombro desplazado para apoyarse en la puerta, lo que provocó que esta se abriera aún más deprisa. Del otro lado se escuchó un golpe y un alarido. Mientras caía, solo pudo ver en la penumbra el uniforme de un oficial de la guardia sagrada que bajando

en su misma dirección fue a dar estrepitosamente con el suelo. Sin perder un segundo se incorporó para salir corriendo pero, antes de volverse una mano le cogió su antebrazo reteniéndole mientras otra le apretujaba una nota cerrando su puño. Escuchó un susurro:

-¡Halcón Peregrino!

Etham se liberó dando un fuerte empellón. Solo le preocupaba zafarse de aquello que le impedía la huida y no reparó en quién le daba el mensaje. Corrió y corrió girando varias esquinas, y cuando creyó estar fuera de peligro se ocultó tras las columnas de un pórtico para recuperar el resuello. Leyó el papel que tenía estrujado en la mano:

Etham, no vengas a mi casa.
Reúnete conmigo en la
posada del Halcón Peregrino.
Bentor.

Pensó que algo debió ocurrir por no haber recibido el mensaje antes, pero ahora no estaba en su mano investigarlo. Haría caso al papel. Descansó un poco más, se echó el hatillo al hombro y tomó el nuevo rumbo.

Etham ya había estado en aquella posada varias veces. La regía el tío de Bentor que era poco amigo de los militares y, menos aún de los miembros de la Orden. Se decía que en otros tiempos, cuando había que pagar cuatro diezmos de las mercaderías a la corte, utilizaba la posada para hacer contrabando aprovechándose de que esta se encontraba en la misma orilla del río Therios. Claro, que la clientela de aquella posada no solía ser de muy buena cuna, lo que alentaba todo tipo de rumores y maledicencias.

El gran caserón tenía dos pisos y se asomaba peligrosamente al cauce. La mitad de la planta se sustentaba haciendo equilibrios por dos vigas de madera putrefacta. Si alguna vez lució algún color había sido corroído por la humedad, que daba un sombrío tono oscuro al marrón sucio de las tablas.

Allí estaba ya Bentor, quien viendo solo a su tío en el recibidor comenzó a contarle el problema de Etham. No fue sino al terminar que percibió a un hombre pequeñito y enjuto que como una estatuilla permanecía junto a la entrada. El hombre, quien luego supo que era conocido por “el Silbidos” dada su desagradable manera de hablar, se dirigió a la sala de la posada corriendo, y acercándose de inquilino en inquilino fue contando lo oído entre susurros. Quienes se enteraban no daban mucha importancia, y algunos trataban de quitarse al alfeñique de encima con un mal gesto, como si este fuera una molestia a la que ya estuvieran acostumbrados. Y la noticia habría pasado desapercibida de no ser por el viejo Tom, quien quitándose la

pipa de la boca dijo:

-Ese joven debe ser el hijo del viejo Laertes, el de las cuadras.

-Sí, el que va siempre acompañado de dos de esos jinetes oscuros -confirmó Alan, un poeta que apenas se ganaba la vida desde el inicio de la guerra.

-Ya, el de los ojos de colores… Pues dicen que se trata del hijo bastardo del rey -continuó Tom.

-¿Y por qué no está escoltado por militares entonces? –le replicó Alan.

-Precisamente… –comenzó a decir mientras asentía volviendo a chupar su pipa-… dicen que le guardan los de la orden para así tener controlado al rey.

-No sé. No tiene mucho sentido eso. Cuando yo recitaba en palacio, muchas veces escuché una canción que entonaban siempre que hablaban de los caballos de Laertes. De tanto que la escuché al final la aprendí. Decía algo así –apoyando la mano sobre la pinta de cerveza e irguiéndose en el asiento comenzó a cantar en un tono grave.

Cuando el mal se levante, de las cuadras vendrá.
De distintas regiones, bajo su mirada a todos unirá.
Que aunque mozo será, su escudo consigo traerá.

-¡Vaya! Eso sí tiene sentido –masculló Tom golpeando la mesa y provocando alegres carcajadas entre los demás.

El poeta, que no estaba muy satisfecho con la ejecución de la tonadilla, se reclinó de nuevo en el respaldo y con las mejillas enrojecidas se escondió detrás de un largo sorbo de cerveza.

De la esquina de la sala, junto a la chimenea, surgió una voz que en todos impuso silencio. Pertenecía a Murghos, un hombre rudo de aspecto fornido y cara de haber luchado en cien batallas, que tenía una profunda y misteriosa mirada gris. Aunque poco dijo en el tiempo que estuvo en la posada, pronto se ganó el respeto de todos los demás.

-Esa cancioncilla forma parte de una profecía mucho mayor y yo la doy por cierta –dijo, y nadie se atrevió a contradecirle por lo que el hombre continuó hablando con la serena compañía del crepitar de la leña-. Si ese muchacho viene hacia aquí os aconsejo que le brindéis toda la ayuda que en vuestra mano esté ofrecerle, pues es seguro que antes o después nuestro destino quedará en sus manos.

Como nadie contestara se levantó, suspiró hastiado, y atravesando el salón fue hacia las escaleras. Antes de subirlas apartó de un puntapié al pequeño Silbidos quien, tras emitir un lastimero quejido, se retiró corriendo a la entrada.

Cuando perdieron de vista a Murghos todos al tiempo

sintieron la necesidad de comenzar a hablar:

-Sea quien sea, nada bueno nos puede traer –dijo Tom

-Haríamos bien en entregarle si le están buscando –dijo otro.

-No, nada bueno puede traer quien siempre se acompaña de los jinetes oscuros –aseveró un tercero.

-Además, dice que huye ahora, justo cuando acaba de morir su padre como dice Silbidos... Recién muerto o recién asesinado... –intervino Tom con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Lo que muchos apoyaron afirmando con la cabeza y emitiendo un sonido gutural sin necesidad de abrir la boca.

Y otra vez surgió el silencio cuando por la puerta de la sala entraron Bentor y su tío. Ante las miradas recelosas de los inquilinos y la repentina calma, sospecharon que el 'Silbidos' efectivamente lo había escuchado todo y había tardado poco en contarlo. Plantándose en el centro de la sala el posadero les dijo:

-Bien señores, este es mi sobrino Bentor y es aquí bienvenido. Cualquiera que tenga algún inconveniente con él o con alguno de sus amigos, lo tendrá conmigo y deberá abandonar la posada para no volver jamás.

A la vez respondieron todos negativamente con reiteración.

-Gracias caballeros. No podía esperar menos de su discreción –dijo.

Se dirigió hacia la chimenea al lado de la cual había una recia puerta cerrada. Rebuscándose debajo del delantal encontró una llave y la abrió para dejar a la vista unas largas escaleras que bajaban al piso inferior.

-Ya conoces la bodega. Baja y en cuanto llegue le haré pasar –le susurró.

-Gracias tío, nunca olvidaré esto –respondió estrechando su mano.

-¡No tienes por qué darlas bribón! –dijo en voz muy alta mientras agitaba fuertemente la mano de arriba abajo.

Etham iba a tocar en la puerta de la posada cuando esta se abrió, y un hombre enjuto y bajito asomó flotando dos palmos por encima del suelo. Una mano peluda que le cogía por el cogote se abrió y el consumido personaje cayó a sus pies. Mientras se levantaba miró a Etham a los ojos y como si viera a un fantasma salió corriendo y perjurando entre dientes.

-Ah Etham, perdona. Pasa…, pasa…, estaba haciendo limpieza –le dijo el posadero cogiéndole del hombro.

-Hola, verá es que he quedado aquí con Bentor –dijo él un poco contrariado después de ver las maneras en que había despachado

al hombrecillo.

-Sí, sí... -dijo entre susurros acercándose al oído y vigilando al mismo tiempo-... ya me lo ha contado todo... No te preocupes estás entre amigos... Ven, está en el sótano.

Le acompañó al salón y se acercó hasta la puerta de la bodega seguido por las desconfiadas miradas de quienes allí estaban. Tras avisar a Bentor con un grito, le dejó en las escaleras y cerró la puerta.

El piso inferior comunicaba con una gran bóveda socavada en la tierra, y era mucho más grande que los pisos superiores. Las cálidas maderas con las que estaban formadas las paredes interiores de la casa original, contrastaban con la fría roca de la cueva, si bien esta quedaba iluminada con una larga ristra de antorchas ardientes. A los lados, dispuestos simétricamente, había colocadas grandes barricas de lo que parecía ser algún tipo de licor y al fondo de la gruta se podía vislumbrar luz natural.

-Bentor, viejo amigo –le dijo Etham mientras se le acercaba para darle la mano-, ¿qué está pasando?

-Dímelo tú. Se presentó un oficial de la guardia sagrada en mi casa preguntando por ti. Al no encontrarte allí nos prohibió salir y se quedó esperando detrás de la puerta. Por suerte, pude escapar por el muro del patio. Yo he conseguido traer todas nuestras provisiones hasta aquí y veo que Leratham te consiguió dar la nota. En cuanto al caballo... –dijo poniéndole las dos manos sobre los hombros- ... no te preocupes ya he trazado un plan con ella para sacarlo de la ciudad.

-Un momento, ¿qué quiere decir ‘nuestras provisiones’? –dijo apartándole sus manos.

-Pues claro, no pensabas que te iba a dejar ir solo. ¿Qué ibas a hacer tú sin mí pequeñajo?

-Espera Bentor, no tan deprisa, esto no es ningún juego. Ya sabes cómo son y lo que son capaces de hacer cuando quieren conseguir algo.

-Bueno, no se atreverán conmigo... –le dijo sonriendo y cogiéndole de nuevo de los hombros continuó meneándole el cuerpo- ... soy más grande que tú.

Etham se desasió enfadado.

-Bentor, te lo tomas todo a la ligera. Es probable que si huimos no podamos volver nunca. Yo he perdido a mi padre, pero ¿y tú? ¿Vas a dejar de ver al tuyo para siempre?

Bentor se apartó. Su cara, en extremo expresiva, pasó a irradiar una profunda tristeza.

-Mira, el único futuro que tengo aquí es ayudarle con el obrador del pan y ya sabes que se me da muy mal. Aunque él se

desespere en enseñarme el oficio, nunca lo conseguiré. Además de que no me gusta.

-No. Sería el responsable de la decisión que quieres tomar y no me perdonaría si algo te pasara por mi culpa -le dijo Etham.

-Hay otra cosa... –dijo sentándose en un taburete y pensando las palabras que iba a utilizar- ... creo que hay algo de cierto en todo eso de la profecía. Siempre supe que había algo especial en ti, eres diferente del resto de mis amigos.

-Te voy a decir qué tengo de diferente Bentor: dos jinetes negros amarrados a mis espaldas. Eso es lo que has visto, y me apena que tú lo pienses porque siempre he creído que los ignorabas, que no eras como el resto. Los demás me huyen, me temen o, como tú dices, me ven diferente a causa de esa detestable sombra.

-No es justo que me hables así –dijo levantándose con el ceño fruncido-, sabes que siempre he estado a tu lado y no me ha importado esa incómoda compañía que llevas a todos lados.

Etham miró por un momento a Bentor en silencio.

-Bueno, después de todo, quizá tú seas el único que no me ha fallado nunca. Porque mi padre, aunque no me viera distinto, siempre me tuvo por debajo de sus caballos.

<Estoy cansado, todo lo que está pasando es por culpa de unos locos que me creen su salvador. Y no hay nada más lejos de la realidad. Esos desequilibrados se han inventado todo eso porque no saben a qué agarrarse para ganar la maldita guerra, y aunque fuera cierto te aseguro que yo no soy el de esa profecía. ¿Y sabes por qué lo sé? –preguntó Etham dando una patada al taburete-. Porque yo no me siento nada especial.>

Volvió a quedar en silencio y Bentor tampoco dijo nada. Permanecía callado con el rostro triste, sintiéndose regañado. A Etham le dio lástima, y en realidad no tenía ninguna gana de viajar solo; recogió el taburete y se sentó.

-A ver, ¿cuál es ese plan que nos va a sacar de aquí? –dijo.

Bentor sonriendo como un chiquillo le comenzó a explicar ilusionado.

-Como sabes, mi tío utilizaba este sitio para hacer contrabando. La gruta termina en el río, lejos de la posada. Desde allí, cuando anochezca, pasaremos arrastrados por el agua en uno de estos barriles, por debajo del muro de la ciudad.

-¿Y los caballos?

-He quedado con Leratham para que los lleve al viejo molino de piedra. Ella nos esperará allí.

-Parece que has pensado en todo. Sea como sea ya no podemos hacer otra cosa. Deberíamos guardar provisiones. ¿Crees que tu tío nos dará de cenar aquí? Llevo dinero para pagarle –dijo Etham

ya inquieto por partir.

-¡Pues claro! Y no dejará que le pagues, sabe cuál es nuestra situación –respondió frunciendo el ceño.

Subieron al salón y hablaron con su tío, quien les preparó encantado una buena mesa surtida con distintos fiambres, una olla de caldo con sus dos cuencos y como plato principal una fuente con medio pavo trinchado. Los jóvenes quedaron muy complacidos ante la dispuesta actitud del posadero, especialmente Bentor quien presumía de él ante su amigo. Los inquilinos viendo el trato que les brindaba tuvieron un motivo más para recelar de ellos, pues veían que las viandas para su cena seguramente quedarían mermadas con aquel festín. Todos menos Murghos quien bajó a hablar con ellos.

-Caballeros, buen provecho. ¿Os importa si tomo asiento? –dijo señalando el respaldo de una silla.

-No, adelante –respondió Etham tras mirar a su amigo.

-Siento parecer un entrometido, pero he podido escuchar que intentáis evitar por todos los medios a una oscura compañía.

Etham y Bentor se volvieron a mirar confundidos.

-¿Se puede saber quién le ha dicho eso? –preguntó Etham mirando de reojo hacia donde estaba el posadero.

-No..., no dudéis de él –dijo con una sonrisa tapada bajo su gran bigote gris-. Sería incapaz de traicionar a nadie, cuando menos a su sobrino. Creo que vuestro confiado amigo ha hablado delante de quién no debía hablar. A estas horas ‘Silbidos’ debe estar camino de la torre para contar al primer guardia sagrado todo lo que sabe. Es una debilidad suya, ni siquiera creo que lo haga por ninguna recompensa, lo que aún le convierte en un ser más despreciable.

-Siendo así, creo que no debemos perder el tiempo en más conversación –dijo Etham levantándose.

-Un momento, un poco de calma. Conociendo a ‘Silbidos’ antes de llegar a la torre lo irá contando a todo el que encuentre en el camino, y solo cuando no tenga a nadie más acudirá a la Orden. Cuando se lo cuente a ellos dejará de ser un secreto y dejará de serle útil, pues lo que quiere es darse importancia. Como poco tenéis hasta mañana.

Etham y Bentor se volvieron a sentar lentamente y, con cara de preocupación, comenzaron a comer rápidamente sin prestarle mucha atención.

-Mi nombre es Murghos y soy lo que se podría llamar un soldado de bandera propia. Creo que vais a necesitar mi ayuda si de verdad queréis huir de los jinetes negros.

-No necesitamos ningún mercenario de taberna -balbució Bentor con la boca llena de pavo, a quien ya le estaba incomodando su presencia por no dejarle comer tranquilo.

-Escucha pollo –le dijo Murghos apartándole el plato de delante-. No me confundas. No acostumbro a ir por ahí ofreciendo mis servicios, más bien al contrario, gentes de muy alta alcurnia me suelen buscar a mí. Por mucho menos he trinchado el cuello de quien como tú se ha dirigido a mí.

Bentor tragó ruidosamente con los ojos muy abiertos.

-No os ofendáis –dijo Etham dejando el cubierto en la mesa-, mi compañero ha querido decir que no tenemos con qué pagarle.

Murghos se levantó mirando desafiante a Bentor.

-No es dinero lo que busco aquí esta noche, pero en fin, sé reconocer donde no soy bienvenido. Que tengáis mucha suerte –dijo apartándose de la mesa.

-Pero ¿qué te pasa? –le preguntó Etham a su amigo cuando estuvo seguro de que el mercenario ya no le escucharía-. Esa gente es muy peligrosa, y ya tenemos bastantes problemas.

-No es para tanto. Se lo ha tomado muy mal –le respondió un poco cohibido.

-Nos vamos esta misma noche, no me fío de ese 'Silbidos'. Y por cierto, antes de tomar alguna decisión que nos afecte a los dos, como la de rehusar los servicios del mercenario, creo que me deberías preguntar.

Bentor asintió y bajó la mirada hacia el plato de pavo. Se sintió reprochado y de pronto falto de apetito. Terminaron la cena sin hablar nada más y bajaron de nuevo a la bodega donde prepararon las provisiones para el viaje. Encontraron un barril lo suficientemente grande en el que meterse ellos y los equipajes. Lo llevaron hasta el final de la gruta y, cuando lo tuvieron todo listo, fueron a despedirse de su anfitrión y a agradecerle una vez más la ayuda prestada.

-Espera Bentor –le dijo él-, ¿qué le diré a tu padre sobre esto?

-No te preocupes tío, ya lo hemos hablado. Como siempre dice, cada uno es dueño de su destino; es hora de que yo forje el mío –dijo Bentor sorprendiendo a Etham, pues no solía ser muy prudente.

Otra vez frente al barril, pensaron en la manera de echarlo al Therios y montar ellos también antes de que la corriente lo llevara río abajo. Concluyeron que necesitaban una cuerda para sujetarlo y luego, una vez dentro, soltarla. Así lo hicieron, ataron el extremo de una recia maroma al barril y el otro a una estalagmita de la gruta. Lo echaron al agua, cogieron un taburete para utilizarlo como remo y saltaron dentro para ser arrastrados por la corriente la distancia de la cuerda.

-¡Está muy tensa! No puedo deshacer el nudo –dijo Bentor.

-Espera, la cortaremos –dijo Etham desenvainando su

espada.

Pero por más que raspaba con el filo de su espada, la soga no se partía.

-¡Diantres! ¡Esta hoja está roma! –exclamó decepcionado.

Bentor sacó un pequeño puñal del cinto y comenzó a deshilachar la cuerda. Poco tiempo después consiguió romperla y tras una orgullosa mirada de aprobación y una sonrisa, lo guardó contento del servicio que le había prestado.

Etham se quedó mirando con cara de incredulidad el mango de su espada. Le pareció que la piedra incrustada fulgía más oscura que de costumbre.

-Según mi padre esta espada perteneció a una estirpe de reyes. Creo que le engañaron; corta menos que una de madera- dijo sentándose sobre los equipajes.

Con una mano en el agua contemplaba la orilla, podía ver las luces en los hogares mientras escuchaba a lo lejos ladridos de perros. Siguiendo el curso de la corriente, se encontraba el muro sur de la ciudad, todavía visible con tonos dorados débilmente iluminados por el crepúsculo. El olor a leña quemada que tanto le gustaba se mezclaba con la humedad del río. Hinchó los pulmones con todo el aire que pudo contener. Inconscientemente quería mantener aquel lugar dentro de sí mismo, aunque era inútil; sabía que tenía que huir y pronto solo le quedarían los recuerdos.

El ruido de los cascos de un caballo le obligó a abandonar sus cavilaciones. Les acompañaba por la orilla más cercana hasta que el barril se embarrancó. En ese momento el ruido cesó, lo que le inquietó todavía más. Se ayudaron de una rama para empujar y continuaron la marcha. Al llegar al arco del muro de la ciudadela por debajo del cual transcurría el río, hicieron silencio por si hubieran colocado allí centinelas.

-Debe ser muy peligroso para que la orden pida favores... –escucharon por encima de sus cabezas.

-Sin duda le querrán vivo para torturarlo...

Instintivamente subieron los hombros ocultando parte de sus cabezas y, aguantando la respiración, pasaron lentamente por debajo. El puente pareció hacerse interminable hasta que por fin lo dejaron atrás.

-¡Creía que no íbamos a pasar nunca! –dijo Bentor resoplando.

Etham asintió sin dejar de escuchar, pero no volvió a oír los cascos de aquel caballo. Aliviado se apoyó en el tonel y se dejó llevar. Ya estaban fuera.

Capítulo 2

La Sagrada Orden

Corrían a galope tendido sin tiempo de dar alivio a sus caballos. Al verles, las gentes aterradas se giraban sin disimulo y salían huyendo para ocultarse en sus casas. Jhorim, de pie sobre la montura, oprimía continuamente sus espuelas deseando estar ya en la torre triangular para dar la voz de alarma. Era consciente de que no le podía pedir más a la bestia y que ninguna otra podría llevarlo tan rápido; al fin y al cabo pertenecía al hierro de Laertes.

Tenía que pensar la manera en que lo iba a explicar a sus superiores. ¿Por qué le habría tocado a él? Quince años vigilando al chico y ahora se le escapaba a él, a uno de los más brillantes maestros mentales de la guardia sagrada. ¿Y qué pensaría su discípulo? Corriendo de esta forma para solucionar un problema que nunca se debía haber presentado.

Pasaron el portón de la ciudadela que los soldados del ejército regular abrieron con premura, y se dirigieron al castillo de la orden. Levantó un poco los ojos para verlo; allí estaba sólido y desafiante, no tan estilizado como el palacio real pero mucho más poderoso. Con sus tres majestuosos muros, en el centro se erguía la única torre triangular conocida, donde tendría que subir para hablar con el consejo sagrado. Por primera vez la veía con inquietud, pensando en la vergüenza que tendría que pasar y el castigo que le impondrían.

Llegaron al puente levadizo que daba acceso a la entrada, donde dos guardias de capa negra armados con unas extrañas lanzas cuya punta parecía ser una espada curva, hicieron un ruidoso movimiento de saludo completando un ritual, al tiempo que bajaban la cabeza sin apartar los ojos de los recién llegados. Jhorim y su discípulo no se detuvieron para responder a los centinelas, lo que dejó a estos estupefactos mientras les veían pasar galopando sobre el puente de madera. Siguieron hasta llegar a la rampa de la torre triangular donde dejaron las monturas. En el portón de la torre había otros dos guardias, pero estos tenían sus capas de color rojo. Les cerraron el paso cruzando sus lanzas.

-Vamos, no tengo tiempo para tonterías -dijo Jhorim con impaciencia.

-El consejo está reunido, no se puede entrar –dijo uno de los guardias visiblemente ofendido.

-Pues el consejo tendrá que recibirme, traigo noticias de extrema gravedad.

-Habrás de esperar a que lo comunique al maestro de la torre.

-Así sea, pero creo que antes de mañana te arrojarán al abismo de Vandhur, si me haces esperar un instante más.

El guardia pareció pensárselo por un momento. Resoplando hizo a un lado su lanza y luego su compañero le imitó.

-Pasa y más vale que sea realmente importante, si no te las verás conmigo personalmente; no me dais ningún miedo los mentales.

-Sí… sí. Gracias muchachos. –dijo Jhorim con indiferencia.

Los techos eran tan altos que apenas les llegaba la luz de las antorchas. Jhorim podía escuchar mientras avanzaba el eco de sus pisadas y el roce de sus vestiduras, lo que le estaba poniendo aún más nervioso. Se suponía que podía controlar su estado mental y casi el de cualquiera a quien mirara a los ojos; es lo primero que aprendían de los tutores Augur, pero hoy no, era demasiado grave lo ocurrido y ni siquiera sabía si iba a terminar el día con vida. Necesitaba algo para poder decir al consejo en su descargo; comenzó a acariciar la reliquia de los Antiguos que tenía en el bolsillo como si esta le fuera a dar la solución. Pensó de nuevo en su misión: solo tenía que mantener la reliquia y al chico juntos; algo tan fácil y falló. Se detuvo.

-Espera. Debes ir sin perder tiempo a la casa del amigo de Etham, a la panadería. Ellos siempre están juntos, es casi seguro que se dirija allí –dijo a su discípulo.

-Sí, maestro –le respondió, dio media vuelta y salió corriendo ansioso por ser útil.

Jhorim subió para toparse de frente con las altísimas puertas de la sala del consejo. Fue a llamar antes de entrar, pero se abrieron sin llegar a tocarlas. Hizo un esfuerzo por controlarse y avanzó con paso firme hasta el centro de la sala. Se encontró rodeado por una mesa en forma de herradura.

-Bien Jhorim, ¿qué es tan importante como para interrumpir al sagrado consejo? - preguntó Daltus, el consejero supremo que estaba frente a él.

-Su ilustrísima, el joven Etham ha escapado -respondió él provocando un gran tumulto entre todos los presentes.

-¡Silencio! -gritó Daltus poniéndose en pie para dirigirse a un guardián de capa roja- ¡Encended las almenaras con fuego blanco!

El guardián desapareció por una pequeña puerta oculta tras unos cortinones, mientras Jhorim permanecía mirando al suelo.

-¡Insensato! ¿Sabes qué has hecho?

-Su ilustrísima, escapó saltando uno de los muros. Cuando

entré lo único que vi fue una sepultura recién cavada, donde supongo que estará maese Laertes. Pero ha sido hace un momento, no ha podido ir muy lejos.

-¿Y tú te llamas maestro? Eres un insignificante novicio. Da igual el tiempo que haya pasado, es la separación lo que importa. La reliquia no puede estar más lejos de Etham que la distancia en la que el ojo de un halcón pierde a su presa, pues más allá dejará de protegerle. Ahora ha quedado a la vista del mal que no tardará en acecharle. ¿O acaso pensabas que no accedíamos a él por las estúpidas recomendaciones de la nobleza? No. Teníamos al chico donde queríamos: escondido y a salvo. Nuestro único cometido era protegerle y dejar que se cumpliera su destino de forma natural pues, escrito está, él destruirá a nuestros enemigos. Ah, pero el mal en nuestros tiempos se extiende como nunca antes lo había hecho y sus seguidores conocen también la profecía; tratarán por todos los medios de cambiar el curso normal de los acontecimientos.

-Su ilustrísima, soy consciente de la falta cometida y aceptaré el castigo que el consejo tenga a bien imponerme. No obstante, clamo a vuestra magnanimidad y pido se me conceda posponerlo hasta la llegada de mi discípulo.

-Sea como pides Jhorim, pero nada podrá ayudarte salvo que el mismo Etham aparezca por aquí. Ahora sube a la sala de los Augur, dales la noticia y que manden a todos los halcones en su búsqueda –dijo el consejero supremo.

-Sí, su ilustrísima –contestó bajando la cabeza y tras dar tres pasos hacia atrás, giró media vuelta y salió a paso ligero.

Solo los pertenecientes a la raza Augur podían ser tutores de los mentales, disciplina que eligió Jhorim dentro de la orden. Una raza que de manera innata poseía grandes poderes psíquicos. No solo eran capaces de controlar mentalmente a los débiles, también podían controlar a ciertos animales, llegando a sentir y ver todo lo que estos vivían. Se pensaba que el poder mental que poseían era debido a su gran tamaño craneal, que contrastaba con su cuerpo débil y enjuto. Sus grandes ojos de los que se valían para realizar cualquier control mental, parecían flotar sobre unas grandes ojeras, lo que les confería apariencia de ancianidad fuera cual fuera la edad que estos tuvieran.

A Jhorim le incomodaba ir a la sala de los Augur aunque hubiera estudiado con ellos; era muy angustioso estar con más de uno en la misma habitación y allí donde se dirigía había doce Augur en solemne concentración. Entró y vio a los doce con semblantes blanquecinos y aburridos. La luz de la habitación procedente de lámparas de aceite colocadas en las paredes, muy por encima de ellos, proyectaba una siniestra sombra sobre las cuencas de sus ojos

aumentando más aún el tamaño de sus ojeras y dándoles un aspecto espantoso.

Tras avanzar el primer paso comenzó a sentir un localizado calor en la frente, y enseguida un ligero dolor de cabeza. Había aprendido a neutralizar ataques mentales, pero era muy cansado y frente a doce Augur casi era mejor ni planteárselo. Así que depuso toda defensa y enseguida cesó el ataque. Al fin y al cabo, se consideraba descortés tratar de espiar la mente de un compañero, aunque siempre hacían un tanteo por ver si el otro tenía oscuras intenciones.

-¿Qué te trae por aquí Jhorim? –le preguntó uno de ellos.

-Etham ha escapado; me envía el consejo para comunicároslo y pediros que mandéis en su búsqueda a vuestros halcones –respondió él, después de lo cual, sintió una fuerte convulsión a su alrededor, aunque no pudo escuchar nada.

-¿Tiene la reliquia cerca? –preguntó otro.

-No, la tengo yo.

-Luego fue durante tu guardia cuando escapó –dijo su antiguo tutor, y tras una pausa continuó-. Jhorim, siendo tú uno de nuestros mejores discípulos ¿cómo no intuiste la fuga del muchacho? ¿Cuál es la primera norma sobre la que establecemos la observación de cualquier ser?

Jhorim recitó:

Las intenciones afloran antes de ejecutarse…

-Pero en este caso ocurrió algo inesperado que causó la precipitada decisión del chico: la muerte de su padre –se excusó.

-Bien no vamos a discutir sobre esto, pues el mal ya está hecho. ¿Sabes que al estar la reliquia aquí, él queda a la vista de nuestros halcones de igual forma que puede ser detectado por las bestias de otros Augur?

-Sí, lo sé -respondió avergonzado.

Un guardia de la torre con su flamante capa roja entró tosiendo para hacerse notar. Se le veía incómodo; tampoco a estos les gustaba entrar en la sala Augur, únicamente lo solían hacer unos pocos mentales.

-¿Sí? –preguntó el tutor sintiéndose interrumpido.

-El sagrado consejo llama al maestro Jhorim –contestó inquieto.

-Una cosa más, ¿cuál ha sido el castigo del consejo? –preguntó el tutor al mental.

-Todavía no me lo han impuesto.

-Cuando lo hagan ven a comunicármelo a mí personalmente. Puedes retirarte –autorizó el tutor a Jhorim mientras guiñaba un ojo.

Jhorim quedó gratamente sorprendido por el gesto de

complicidad de su tutor; inclinó la cabeza reverentemente y salió con el guardia para bajar rápidamente hacia la sala del sagrado consejo. Allí encontró a su aprendiz dando explicaciones al supremo consejero.

-Sí pude verle... le abrí la puerta pero me golpeó... y huyó –dijo titubeando el discípulo.

-De un tronco podrido solo salen ramas podridas –le dijo y prosiguió mirando al mental que acababa de entrar-. ¡Ah! Maestro Jhorim, veo que habéis puesto lo mejor de vos en vuestro discípulo. Ya tenemos otro fracasado entre nuestros miembros.

Jhorim, abatido, se quedó mirando a su discípulo, consciente de que su última esperanza se había desvanecido.

-Si lo que queríais retrasando la pena era involucrarle a él, lo habéis conseguido, pues ahora el castigo será para ambos. Vos seréis expulsado y ya no podréis identificaros nunca más como guardia del consejo bajo pena de muerte; no se os volverá a dar cobijo ni sustento en ninguno de los castillos de la orden y, si bien nunca se deja de ser mental, os queda prohibido utilizar los conocimientos de esta disciplina en vuestro beneficio, bajo pena de muerte igualmente. La montura os la podéis llevar, pues esa raza es fiel como ninguna y a nadie más obedecerá ya. La capa y todos vuestros utensilios los dejaréis aquí y os vestiréis con lo que os den en los dormitorios.

<En cuanto al novicio, ha crecido enfermo como la rama que recibe savia envenenada, pero no ha sido su culpa y aún se puede enderezar. Así, él podrá elegir entre salir expulsado en las mismas condiciones de su maestro o recibir cincuenta latigazos.>

-Elijo los latigazos –dijo sin pensar Lorthim, el discípulo.

-Así sea entonces. Cúmplase la sentencia del Consejo.

Fuera de la sala, junto a las puertas, se despidieron. Lorthim, vigilado por dos guardias de la torre, se arrodilló frente a su maestro.

-Perdón mi señor, os he fallado. Todo ha sido culpa mía –gimoteó con lágrimas en los ojos mientras le besaba la mano.

-No, no te puedo culpar pues sería injusto como los que a mí me han juzgado. Levántate –le dijo mientras tiraba de su antebrazo.

-Maestro, seguiré por siempre a vuestro servicio, hasta el día de mi muerte –dijo él limpiándose las lágrimas.

-Ten cuidado con lo que dices, pues nunca se sabe por dónde se volverán a encontrar nuestros caminos -dijo Jhorim con una sonrisa en los labios.

Los guardias se llevaron al penado al patio de armas donde más tarde lo azotarían, para su vergüenza y escarnio, en presencia de los demás novicios.

Jhorim comenzó a bajar las escaleras para salir de la torre cuando se cruzó con un capitán del ejército regular, lo que le pareció

muy extraño pues la relación entre los militares y la orden era casi inexistente.

-Perdón ¿la sala del consejo? –le preguntó el capitán Hergues.

-Sí, yo le acompaño, es aquí mismo –respondió Jhorim y con mucha curiosidad le preguntó para sonsacarle- ¿Qué dicha trae a un capitán del reino hasta nuestra morada?

-Noticias de la contienda. Voy a transmitir un parte de guerra por orden de su majestad.

-Bien, pues aquí le dejo para que cumpla sus órdenes, es en esta puerta –dijo apartándose, pues sabía que se abrirían y no quería ser visto.

Las puertas se cerraron tras el paso del visitante y Jhorim se quedó con la oreja junto a la bisagra para no accionar el mecanismo de apertura. Estaba muy interesado en enterarse de esas noticias.

-Sus ilustrísimas, soy el capitán Hergues. Me envía su majestad el rey para informarles sobre el estado de la guerra –dijo el oficial.

-Adelante capitán –dijo el consejero supremo con mucha atención.

-Llego hoy mismo del norte, de luchar en los Bosques de Hurug-Madöh. Les contaré lo ocurrido desde hace cinco días atrás. Mi destacamento y yo fuimos a reforzar las posiciones de aquel emplazamiento. El oficial al mando pidió hace ya tiempo más soldados, pues las gentes de allí estaban desapareciendo de manera misteriosa. Todas las expediciones efectuadas en los alrededores del poblado se esfumaban sin dejar rastro, incluidos los envíos de suministros. Se optó por mandar grupos mayores de soldados, pero igualmente desaparecían. Cuando llegamos, dirigí a todo el escuadrón para inspeccionar el bosque, y fue allí donde casi todos encontraron la muerte.

-No entiendo –interrumpió el consejero indignado-. ¿Todo un escuadrón? ¿Muertos? ¿Cómo desplegó las tropas? ¿Acaso no sabe la manera de actuar del enemigo? Son engendros que atacan en pequeños grupos esclavizando a las víctimas que caen en sus manos.

-Señor mío –respondió el capitán molesto mostrándose ahora premeditadamente arrogante-; sé perfectamente cómo actúan los enemigos. Es mi trabajo. El ejército de su majestad, en todo este tiempo ha conseguido estudiar a varias de esas bestias. Como los excretores, huesudas criaturas despiadadas y muy fuertes, con raros espolones en la parte exterior de los brazos, colmillos sobresalientes, y pómulos extremadamente marcados. O los adventos, que, alados, son de mayor envergadura y mucho más inteligentes que los anteriores.

Estos además son más hábiles y tienen un orden superior en lo que creemos es su organización jerarquizada.

<<Y si bien no sabemos el modo en que contaminan su mal, sí sabemos que hay una raza de hombres que es fácilmente corruptible: los arcontes, muy distribuidos por nuestro reino aunque vienen de la región de los páramos cenagosos, donde dicen que hay millones. El resto de las razas difícilmente pierde su voluntad, más bien se suelen convertir en esclavos y no por transformación sino por miedo.

Hasta ahora habían cometido pequeños destrozos; escaramuzas poco organizadas aquí y allí. >>

Hizo una pausa para provocar mayor atención.

-Como decía, no vimos ningún peligro extraordinario. Además, teníamos informes sobre la situación del grueso del ejército enemigo: más allá de la cordillera de Vandoria; auténtica muralla natural que nos defiende de ellos.

<Fue esto lo que me llevó a realizar la inspección de los bosques. Y es lo que allí vi lo que me ha traído hoy aquí. Al adentrarnos entre los árboles pudimos notar cómo el aire se viciaba, se volvía húmedo, pesado y casi irrespirable. Pronto caímos en una emboscada, pero no de las bestias ya conocidas, aunque no lo crean, la propia naturaleza, los árboles y arbustos se volvieron contra nosotros. Pude ver animales transformados surgidos de la nada, atacando vorazmente a mi escuadrón. Fue un infierno, en un momento nos vimos rodeados y agredidos por lo que nosotros pensábamos que era inofensiva vegetación. Casi todos mis hombres cayeron atravesados por simples ramas o despedazados por animales jamás antes vistos.

De alguna manera, el mal ha conseguido pasar la cordillera. Las gentes de Hurug-Madöh han huido hacia el sur al igual que el escaso retén que quedaba allí. Dicen que aquella perversión habita ya en toda la zona.>

Un pesado silencio inundó la sala. Los consejeros pensativos se miraban entre sí, hasta que Daltus, el consejero supremo, le preguntó.

-¿Me está diciendo que sus hombres huyeron de unos árboles? Más me parece que hayan huido presa del pánico; victimas de alguna jauría de lobos –dijo Daltus.

-Sé muy bien lo que vi –respondió mirándole con desprecio.

-De todas formas, ¿por qué os mandan hoy a informarnos, cuando nunca antes lo habían hecho? –preguntó otro consejero.

- Yo estoy igualmente extrañado. No sé qué relaciones hay entre el Sagrado Consejo y mis altos mandos o en todo caso no sé qué relaciones se quiere establecer. Yo solo cumplo órdenes. Si me pide mi

opinión personal, creo que estos fenómenos superan la estrategia militar convencional y por eso recurren a ustedes que son más... –mirando a Daltus, reflexionó un momento sobre el término a utilizar, pues sabía que era muy fácil resultar ofensivo-... más espirituales.

-La única prioridad que hay es proteger el acceso a los páramos por el cañón Dangud, pues si la infección llega hasta los arcontes estaremos irremediablemente perdidos. Eso es lo que tiene que hacer el rey y así se lo transmitiré. No sé qué pasó en Hurug-Madöh, pero no me parece tan grave. Y ahora no os entretenemos más, estaréis deseando tomar un descanso –dijo Daltus y haciéndose el olvidadizo continuó tras una pausa-. Ah, hay una cosa más. Estamos buscando a un joven de dieciséis años, de pelo castaño, responde al nombre de Etham y tiene unos peculiares ojos de diferente color. Uno azul y el otro negro. Nos interesa capturarlo con vida. ¿Seriáis tan amable de transmitir nuestros deseos a la guardia de la ciudad o a los mandos responsables de dar la orden?

Hergues recordó el peculiar color de los ojos de Etham, el joven al que acababa de ayudar, y no quiso decir nada. Transmitiría el mensaje a sus superiores, pero él no ayudaría a quién tan rudamente le había tratado. Además, ese chico le pareció muy agradable y de alguna manera le recordaba a sí mismo de joven, con aquella gran espada que apenas podía manejar.

-Por supuesto –respondió haciendo una reverencia y se fue.

Jhorim se apartó y se ocultó tras la hoja de la puerta cuando se abrió. Al ver al oficial bajar las escaleras volvió a tomar la posición y pudo escuchar, incluso antes de acercar el oído, una gran algarabía en el interior. Muchos intentaban hablar a la vez y no podía entender nada, hasta que de entre todas las voces se levantó una que mandó callar. Era Daltus.

-Señores nada conseguimos comportándonos como vulgar tropa de asalto. Nadie deberá intervenir sin que le conceda la palabra. Y antes de nada quisiera yo exponer mis dudas por si vosotros hermanos podéis ayudarme a entender mejor la situación.

<Parece que el mal, que creíamos más o menos controlado, aunque siempre latente, ha atacado con inusitada voracidad. Y esto ocurre cuando escapa Etham o días antes de la muerte de su padre. Pues yo os digo que no hay nada que suceda al azar. El mal tiene oscuras ramificaciones que no se dejan ver sino cuando es demasiado tarde. Sin duda, debemos plantearnos de nuevo la estrategia a seguir en relación con el chico.>

-Creo que está muy claro nuestro cometido al respecto –intervino un consejero de raza drudia-. Debemos darle protección para que cumpla su cometido tal y como reza la profecía:

Y cuando llegue el momento, con su sacrificio
las puertas del averno por siempre sellarán.

-He aquí el tema de la eterna discusión –dijo Daltus-. Parece claro que indica que ‘alguien’ sellará las puertas con el sacrificio del chico. No él personalmente.

-Sabéis que eso es una voz de los Antiguos. 'Sellarán' se refiere a las puertas en sí mismas, no a quién efectúe la acción –intervino de nuevo el consejero drudio.

-Yo lo veo muy claramente y, es más, creo que el momento al que se refiere la profecía ya ha llegado, por lo que propongo zanjemos esta guerra con el sacrificio del chico, allí donde surgió el mal por primera vez, en las minas Sallhrom.

-Esto mismo ya lo votamos hace dieciséis años y estuvimos todos de acuerdo en proteger al joven. No veo que nada haya cambiado desde entonces –dijo otro consejero.

-En dieciséis años mucho ha cambiado y mucho más en estos últimos días a tenor de lo dicho por el capitán. Propongo una nueva votación.

-¡Pero faltan tres consejeros! Tendríamos que esperar su regreso de Tirhum.

-¡No tenemos tiempo! -exclamó Daltus-. La votación se hará ahora.

-Me parece completamente irregular. ¿No tendrá esto que ver con vuestros orígenes arcontes? –preguntó el drudio.

-¡Cuidado! Me debéis un respeto como consejero supremo –advirtió Daltus-. Y antes de hablar de mis orígenes, os recuerdo que Drudia invadió Merintia, la tierra que nos acoge, durante más de quinientos años. Haríais bien en tenerlo presente. Además, no es culpa mía que estas noticias lleguen con tres de nosotros ausentes.

-Hemos esperado dieciséis años ¿acaso no podemos esperar cuatro días más? Sabed que si actuamos con desacierto podemos echar a perder cualquier esperanza que todavía nos quede –aseveró el otro.

-Sea como sea, se nos dio esta profecía sin duda para que actuáramos en consecuencia –afirmó Daltus.

-Pues ya que lo mencionáis os diré que en la nación drudia existe una profecía parecida y la raza augur y los arcontes también parecen hablar de Etham, y no me extrañaría que aun los gigantes o los enanos tengan también presente al chico en sus escrituras sagradas. ¿Cómo es posible? –preguntó el drudio.

-Sin duda se trata de coincidencias, y no me importan otras profecías, me basta y me sobra con la nuestra, y tampoco las deberías tener en cuenta como consejero, pese a proceder de las tierras drudias –dijo Daltus.

-¿Debo recordar vuestras palabras? Como era… ¿Nada sucede al azar? –citó-. Yo estoy de acuerdo y creo que debemos estudiarlas todas aunque sean de otras procedencias. Deberíamos buscar los puntos en común y si fuera preciso perseguir la alianza de estas naciones.

-Debéis estar bromeando –dijo Daltus sonriendo-. Vos como el resto de los drudios del consejo habéis abrazado nuestra fe desde niños, pero ¿acaso sabéis qué piensan los seguidores de la religión damniana? Casi todos vuestros hermanos de sangre siguen esta religión y según ellos todos los infieles merecen la muerte. ¿Creéis que vais a razonar algo con ellos?

-Veo que no más que con vos –respondió.

-¡Ya está bien! –gritó Daltus levantándose-. ¡Se hará la votación ahora! Traed una vasija de nueve votos. Lo haremos a la antigua usanza, con la vasija de los condenados.

Jhorim trató de recordar sus estudios sobre los Antiguos. Creía haber estudiado un método de enjuiciamiento así llamado 'La vasija de los condenados', según el cual, se introducía un ratoncillo blanco en el interior de una vasija con las paredes lisas y verticales, de manera que el ratón no pudiera trepar por ellas. Cada uno de los jueces, contaba con un vaso de agua y por orden iban echando la cantidad de agua que ellos consideraban oportuna. Si creían al reo culpable no echaban nada de agua y la echaban toda si su veredicto era inocente. La ventaja de este método residía en la posibilidad de echar más o menos agua según las dudas que el juez tuviera. La vasija quedaba llena con la mitad de todos los vasos y el ratón salía libre con un pequeño esfuerzo. Otra de las ventajas que atribuían los antiguos al método, era que aun poniendo algo menos de la mitad, si había intervención divina, un ratón con habilidad podía llegar a salir salvando el borde de la vasija, con lo que además quedaban seguros de no realizar ninguna injusticia o contravenir los deseos del Creador.

El guardián de la torre llegó con la vasija y nueve vasos llenos de agua. La vasija la colocó frente al consejero supremo y los vasos los repartió entre todos ellos. Comenzaron a pasar uno por uno con el vaso en la mano. Cinco de los nueve consejeros bebieron todo su contenido y no vertieron nada dentro. Hubo otro consejero que bebió la mitad e introdujo el resto. El drudio y su compañero de mesa, volcaron el vaso en el interior y así, quedó la vasija con dos niveles y medio a falta de otros dos vasos para llegar a rebosar. Era el turno de Daltus que por ser el consejero supremo le tocaba hacerlo el último. Se dispuso a beber el vaso y observar cómo se ahogaba el ratón, cuando para su asombro y el de todos los asistentes, el animal inició la escalada del recipiente. Al verlo, el consejero drudio se colocó sin disimulo frente a la vasija con ambas manos sobre la mesa y comenzó

a jalearlo como un chiquillo. Daltus, mirándole con desprecio, vertió un chorro de su vaso por el borde. El ratón resbaló por la pared mojada y cayó de nuevo al agua. Se ahogó.

-Maldito seas Daltus, debes estar ciego para no ver las señales –le dijo.

-La votación ha concluido. Cuando le capturemos será conducido a las minas Sallhrom donde será sacrificado -sentenció Daltus.

Jhorim escuchó a alguien subir por las escaleras hacia la sala del consejo. De ser los guardianes que se llevaron a su discípulo, estaría perdido, pues no tendría razón con la que excusar su presencia en aquel lugar, y sin duda le acusarían de espionaje, castigado con la muerte. Miró por el hueco de la barandilla y vio una mano y parte de una capa roja. Era un guardia de la torre. Viendo que no tenía donde ocultarse subió hasta el primer recodo de la escalera con la esperanza de que el guardia se dirigiera a la sala del consejo, pero espantado comprobó que las pisadas continuaban hacia la segunda planta. Apresuradamente subió con dos grandes zancadas cuando un escalón descolocado se quejó con un crujido acusador. Se detuvo pensando que ya había sido descubierto, pero para su sorpresa las pisadas seguían su camino lentamente.

El guardián de la torre andaba cavilando sobre el motivo por el que le habrían llamado de la sala de los Augur. Era muy extraño que se sirvieran de un guardián de la torre y no de un mental. Su paso era cada vez más lento y pesado, como si aquellos pies se resistieran a plantarse frente a la mirada de doce Augur. Le era muy difícil liberarse de sus pensamientos pero sabía que podrían leer su mente y no deseaba perder su intimidad. Cada vez iba más y más despacio, llegando a pararse por algunos momentos.

Jhorim terminó de subir y se encontró acorralado por la puerta de la sala. Pensó en entrar, pero debía controlarse, si no, detectarían enseguida su ansiedad. De pronto, recordó la invitación que le hiciera su tutor Antaris momentos antes. Con un motivo para estar allí, entró mucho más tranquilo.

-¡Ah! Jhorim, pasa, pasa. Te esperaba con impaciencia –dijo Antaris mientras se levantaba de su asiento.

-Ya tengo el veredicto maestro –le respondió un poco turbado todavía, cuando detrás de él apareció el guardia de la torre.

-Ven, vamos a mis aposentos –dijo Antaris, indicando con un gesto al sorprendido guardia que se retirara.

Jhorim, acompañado del Augur, subió por una escalinata en forma de caracol a la última planta de la torre. Allí enseguida pudo notar en sus mejillas la brisa de la noche. Aquella planta era una

balconada en casi toda su extensión; se había empleado como refugio de los halcones y para el material de cetrería. En el escaso espacio que quedaba cerrado por paredes se hallaban las habitaciones de los Augur.

-Pasa hijo. En todos estos años nunca habías entrado a mis humildes aposentos –le dijo Antaris mientras abría la puerta de su cuarto.

-No maestro y sin duda fue porque nunca antes hizo falta, pues me consta que siempre me tuvo confianza –contestó Jhorim que no sabía cómo corresponder al gesto de amistad que aquello significaba.

-Tú lo has dicho, hijo. En otro momento te podría haber hablado en cualquier pasillo, pero ahora no. La orden se halla dividida y uno ya no se puede fiar de nadie.

-Maestro, antes de continuar, creo que debéis saber que ya no pertenezco a la orden –dijo Jhorim mirando al suelo, pues aunque lo intentó, fue incapaz de decírselo mirándole a los ojos.

-Tranquilo m-a-e-s-t-r-o Jhorim –dijo Antaris recalcando la palabra-, ya lo sé y creo que es otro lamentable error del que Daltus acabará arrepintiéndose. Solo hubo una cosa acertada en todo lo que os dijo: nunca se deja de ser mental.

-Pero, ¿acaso escuchasteis mi castigo? –preguntó Jhorim extrañado.

-Créeme, es muy difícil ocultar algo a un Augur cuando está poniendo su atención en ello y más aún, cuando lo tienes a corta distancia por encima tuyo.

-Entonces habréis escuchado también la condena de Etham.

-Sí y también te pude sentir a ti cómo lo escuchabas a hurtadillas. Por eso luego mandé llamar al guardia, no fuera que se te olvidara pasar por aquí.

-Pero... ¿y si me hubiera sorprendido? –preguntó Jhorim molesto.

-Vamos, no estás hablando con Daltus. Sé perfectamente de lo que eres capaz y de lo que no. Recuerda que casi todo lo que sabes te lo he enseñado yo. Además, las raras veces que usamos el tirador para llamar a los guardias, los pobres suben como almas en pena, sin prestar atención; pensando únicamente en limpiar los pequeños secretos que ocultan en sus mentes. Aunque son formidables guerreros y pueden acabar con diez enemigos en un instante, no tienen los mismos reflejos mentales que puedas tener tú, y cuando vienen aquí piensan menos aún para tratar de ahuecar sus cabezas. Resultan muy graciosos –le contestó sonriendo.

-Bien, y ¿qué pensáis de la condena?

-Esa es la razón por la que la orden se encuentra dividida.

Hace tiempo que Daltus y sus secuaces pretendían sentenciar a Etham. Hoy la llegada del capitán y sus noticias han sido la excusa perfecta para hacerlo, asegurándose además la victoria al faltar tres consejeros contrarios a su postura.

<Hace dieciséis años, con el nacimiento de Etham, hubo un gran congreso en el que se decidió su futuro. En aquella ocasión no solo participó el Consejo Sagrado, también lo hicieron todos los maestros de la orden en cada disciplina, nosotros los Augur incluidos. Aquellos eran otros tiempos.

Se estudió durante semanas cada palabra de la profecía buscando significados ocultos. Tras muchas deliberaciones se decidió proteger a Etham a lo largo de su vida para que él, llegado el momento, cumpliera con su destino. Aquello significaba intervenir solo lo necesario. Le protegimos y le enseñamos. No fue fácil llegar a un acuerdo con su padre, pues como casi todos los habitantes del reino nos temía, pero finalmente accedió a recibir nuestra protección y a permitir que impartiéramos nuestras enseñanzas. Y así Etham estuvo aprendiendo todas las disciplinas desde los siete años, no una sola como hiciste tú.

Yo personalmente le enseñé los oscuros caminos de la mente. Claro que de manera muy diferente de como estoy acostumbrado a hacerlo con el resto de mis discípulos. Aquello constituyó todo un reto para mí, pues nunca antes había tenido un alumno tan joven. Pero para mi sorpresa, fue asimilando cada concepto que le explicaba como si en lugar de enseñárselos únicamente se los estuviera recordando. Demostró una intuición innata que muchos Augur desearían para sí y, aunque no llegara al nivel de maestro cuando terminé con él, no me extrañaría que ya lo haya superado aun sin tutoría y ahora su poder sea mayor al mío.

Además, los mejores mentores le enseñaron el arte de la esgrima, herbología, lenguas... En fin, todo lo necesario para sobrevivir sin ayuda.

Desde luego está preparado y no va a ser fácil que den con él, lo cual me satisface enormemente.>

-Me alegro de que me diga eso, Antaris. Pese a las complicaciones que me ha causado, me he encariñado de ese chico.

-Tanto mejor, porque te voy a pedir que aunque fuera de la orden sigas a mi servicio. Debemos encontrar y proteger a Etham.

-No sé cómo pueda encontrarle –dijo Jhorim preocupado.

-Lo haremos los dos juntos. Ven –le dijo abriendo la puerta de su habitación para dirigirse a un extremo de la halconera.

-Este es mi mejor halcón. Desde hoy será tus ojos en el aire. Como sabes, puedo controlarlo por lo que allá donde esté en parte me tendrás a mí.

-Pero yo no sé nada de cetrería.

-No te preocupes, es muy dócil y está adiestrado. Durante los primeros días le induciré tu imagen para que la asocie a mí, después no será necesario. De esta manera, durante los períodos en los que no esté controlado, te será fiel como lo es a mí.

-¿Y cómo me puedo comunicar con él?

-Siempre que esté bajo mi control cuando hables con él será como si estuvieras hablando conmigo. Para comunicarme yo contigo lo haré con signos, así que tendrás que prestar mucha atención. Has de saber que tanto yo como cada uno de mis compañeros controla a tres halcones al servicio del consejo. Es muy cansado dividir el pensamiento en tres, por lo que durante largos períodos del día los halcones vuelan libres. Intentamos hacer que estos momentos coincidan con sus comidas. Créeme, no es nada agradable sentir la carne cruda envuelta en el pelaje de un ratón pasar por tu garganta. Si alguna vez lo ves comiendo, seguro que yo no estaré ahí. No obstante, si tú necesitas comer, lo podrás usar para cazar. Él te traerá cada pieza que cace. Es algo que hacen sin necesidad de estar controlados.

-Maestro, le agradezco la confianza que deposita en mí. No le defraudaré –dijo Jhorim acariciando al halcón.

-Sé que no lo harás. Pero antes tenemos que encontrarle. Con este habrá treinta y seis halcones buscando a Etham por todo el reino. En cuanto uno le localice, yo lo sabré y te lo comunicaré de alguna manera por medio de este. Ahora vete cuanto antes.

-¿Alguna idea del camino a seguir?

-No en realidad, pero la profecía dice que cerrará las puertas del averno.

<Cuando el mal se levante, de las cuadras vendrá
de distintas regiones, bajo su mirada a todos unirá
que aunque mozo será, su escudo consigo traerá.
Con cabeza de cervatillo y coraje de dragón,
de los más pequeños su saber tomará,
a los más avezados con razones ganará,
a los más fuertes con valentía regirá,
a los extremos con afecto unirá.
Y cuando llegue el momento, con su sacrificio
las puertas del averno por siempre sellarán.

Si hay puertas del averno en nuestro mundo sin duda han de estar al norte, cerca de la cordillera de Vandoria. Yo empezaría por ahí. Si viera alguna señal en algún otro sitio, ya te lo haré saber por el halcón.>

-Parto pues hacia allí.

Jhorim se despidió, acudió a los dormitorios de la guardia

donde dejó su uniforme que le cambiaron por otras ropas, y salió del castillo montando su caballo. Tras pasar el puente levadizo echó un último vistazo al castillo. Vio a dos de sus compañeros, los erguidos guardianes de la puerta a los que consideraba como propios hermanos, esos que ya nunca le dejarían entrar; la tristeza le nubló los ojos. Pero la misión que Antaris le encomendó terminó por animarle.

Dio media vuelta y comenzó su camino, cuando el pájaro se le posó en el hombro derecho.

Capítulo 3

La Cueva del Eremita

Poco después de pasar el puente, ya fuera de la ciudad, Etham y su amigo dejaron el rastro de luces hogareñas que dibujaban la orilla, perdiendo así cualquier referencia sobre su situación. Resultaba muy inquietante bajar arrastrados por el río sin ver más allá del barril en el que navegaban. Sabían que no había cascadas hasta mucho más adelante, en la desembocadura del río al abismo de Vandhur, pero la oscuridad era muy traicionera y creían ver grandes peligros que solo existían en su imaginación. Etham trató de controlarse, no tenían más remedio que continuar pues si acampaban demasiado cerca de la muralla, de día quedarían a la vista de los centinelas. Recordando la velocidad de la embarcación dentro de la ciudad, calculó el tiempo que debería pasar para considerarse fuera de peligro. Le pareció demasiado.

Podía escuchar el ruido del agua chocar con la madera, mientras sentía como el barril giraba rápidamente empujado por la corriente que cada vez era más fuerte. Con la espalda apoyada y las manos agarradas al borde, cerró los ojos esperando recibir en cualquier momento el golpe fatal que les hundiera. Bentor gritó, no podía más. Con las piernas tensas empujaba las paredes de tal manera que Etham pensó que las rompería.

-Bentor, relájate, ya queda poco –le dijo para tranquilizarle.

-No puedo, tenemos que parar –respondió angustiado.

-Está bien, coge el taburete y empieza a remar hacia la orilla, pero deja de apretar o el barril reventará –le pidió.

Así lo hicieron, comenzaron a remar y enseguida embarrancaron en la orilla. Bentor salió dando un brinco y empujando el barril con sus manos lo arrastró fuera del río sin esperar a que Etham bajara. Una vez en tierra firme, trataron de explorar el terreno donde fueron a parar, pero la noche era muy cerrada por lo que les fue imposible ver nada.

Se detuvieron por un momento a escuchar. El viento mecía las hojas de los árboles levantando un suave rumor que les rodeaba y parecía darles la bienvenida.

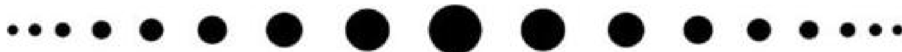
Etham miró las estrellas; se veían más brillantes, como esforzándose por rellenar el vacío dejado por la luna. Él había estudiado de los astros casi tanto como un navegante, pero lo único que pudo concluir fue que el tramo del río en donde tomaron tierra se

dirigía al sureste.

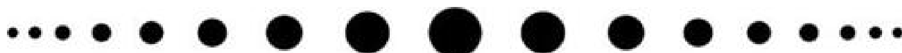
-Creo que hemos pasado el primer recodo y debemos estar ya en el bosque del molino. Podemos acampar aquí sin miedo a ser vistos –le dijo a Bentor.

Fueron tanteando en busca de alguna rama para encender con la piedra de pedernal. Recogían lo que podían sin saber si luego serviría. Con las manos llenas, se encontraron mutuamente guiándose por sus propias voces y entre los dos lograron encender una pequeña hoguera. Ya con un poco de luz, precariamente organizaron el campamento; alimentaron el fuego y se prepararon para pasar la noche al aire libre con la única protección de unas mantas. Estaban tan cansados que decidieron dormir sin hacer turnos de guardia. Bentor clavó su daga en el suelo entre los dos, confiando en que si el fuego no era suficiente para alejar a las bestias del bosque y eran atacados, cualquiera de los dos pudiera acudir en ayuda del otro armado con ella.

Etham cayó profundamente dormido.



En sus sueños se vio caminando en medio de la nada. Rodeado de un fuerte resplandor se dirigía hacia un anciano que de espaldas miraba una enorme esfera de cristal. Cuando apenas quedaban dos pasos para llegar hasta él, el hombre comenzó a girarse, pero en ese momento surgió sobre su cabeza una silueta alada de la que destacaban dos ojos rojos que parecían brillar con luz propia. Agudizó la mirada para distinguirla mejor, pero lo único que podía ver ahora eran ramas de árboles que se movían por encima de donde él se encontraba.



Con la claridad de la mañana Etham abrió ligeramente los ojos. Se desperezó y miró a su compañero que dormía plácidamente. Incorporándose hizo una inspección ocular de la zona. Efectivamente, estaban rodeados de árboles, pero le extrañó no ver el río. No pensó que la noche anterior se hubieran alejado tanto. Tampoco encontró el puñal que Bentor colocó entre los dos. Alarmado, le despertó.

-Bentor, despierta –dijo zarandeándole el hombro.

-¡Qué! –respondió sobresaltado mientras buscaba el cuchillo sin apenas haber abierto los ojos.

-Algo raro está pasando. ¿Recuerdas cuánto nos alejamos ayer del barril? –le preguntó extrañado.

-Sí, apenas unos pasos –dijo mientras giraba la cabeza,

esperándolo ver en la orilla.

Bentor, más alto que Etham, se puso de puntillas y apoyándose en él, miró a su alrededor en busca del río.

-Nada. No lo veo –dijo levantando las cejas sorprendido.

-Pues una de dos: o se ha cambiado el cauce o alguien nos ha traído hasta aquí –sugirió Etham.

-Pero no están los restos de la hoguera y tampoco el cuchillo; y ¿nuestro barril? Allí están casi todas nuestras provisiones –preguntó Bentor confundido.

-Sí, por fuerza nos han tenido que traer hasta aquí –respondió pensativo-. Esta noche he tenido un sueño extraño que quizá sea la causa de haber llegado hasta aquí. Al final creí ver árboles moverse por encima de mi cabeza. Puede que no fuera un sueño. Puede que alguien nos desplazara de alguna manera, tumbados sobre nuestras propias mantas. Pero no tiene sentido, ¿para qué? De haber sido así nos podrían haber apresado o algo peor y no lo han hecho.

Ayudado por Bentor, subió a un árbol para otear el terreno. A lo lejos, pudo ver por fin el reflejo del agua. Se dirigieron hacia allí y poco antes de llegar al río encontraron el barril con todas sus cosas, no faltaba nada. Y como no encontraban respuesta al enigma, decidieron no hablar más del asunto. Cogieron los pertrechos y volvieron sobre sus pasos para retomar la ruta hacia el viejo molino abandonado.

Siguieron hacia el este buscando el camino que desde la ciudad pasaba por el molino. Tardaron poco tiempo en llegar. Sorprendentemente, el bosque que parecía tan frondoso les fue muy fácil de atravesar. De hecho, disfrutaron de un recorrido muy agradable observando la abundante vegetación que parecía abrirse a su paso mostrando todo su esplendor. Durante un largo trecho se sintieron como invitados: observados por un anfitrión que en todo quería complacer a sus huéspedes.

Después de la extraña caminata tomaron el camino que se dirigía al sur atravesando el bosque, y llegaron por fin al molino a la hora de comer. Aquella rara percepción que durante el camino les acompañó, desapareció. A la sombra del antiguo molino encontraron a Leratham, la atractiva hermana de Bentor.

De belleza sin par, traía desesperados a varios jóvenes de Dur-Barak. El pelo moreno dejaba caer un mechón por encima de sus profundos ojos verdes como una cascada que deja entrever dos maravillosos tesoros. Su piel blanca y tersa lucía en suaves curvas en su cara, como si de una perla se tratara. Aquel que la miraba quedaba irremediablemente encantado ante su hermosura. Muchos nobles la trataban de cortejar, dispuestos a perder el favor del rey por contraer matrimonio con ella. Su padre, consciente de la belleza que florecía ya

en su hija a corta edad, le procuró una exquisita educación con intención de emparentar alguna vez con la nobleza. Y aunque ella siempre gustó más de jugar a las batallas con sus hermanos Bentor y Badín, nunca descuidó su aspecto, en especial el diseño de sus trajes.

Una excelente amazona, a la que ellos le tenían mucho respeto pues como rival era muy peligrosa por su gran astucia y rapidez. Etham, como casi todos los que conocían a Leratham, cayó cautivado ante sus encantos y durante una larga temporada el enamoramiento no le dejó sino pensar en ella. En aquellas dos estaciones el corazón le latía con más fuerza que nunca, envuelto en una inquietante sensación que le subía por el pecho; comía como un pajarillo y arrastraba su cuerpo como si cargara con una armadura. Sus maestros le animaban y se preocupaban por él, desconcertados ante su nulo rendimiento. Pero aquel sentimiento, que de haber continuado le habría matado, desapareció como un día llegó: inesperadamente. Etham nunca le habló de su amor a ella, y no porque fuera dos años mayor que él, pues eso no era impedimento para los casamientos en Merintia, sino porque siempre pensó que no era correspondido. Tampoco se lo dijo a su amigo Bentor. No quería enturbiar la relación que tenía con él. Todo lo enterró en el corazón y aunque le seguía pareciendo atractiva, ya no le provocaba aquellos desórdenes que tanto le afectaron. Y la vida continuó dando lugar a otras preocupaciones, como la muerte de su padre, que oscurecieron aún más sus sentimientos.

-¡Por fin! Estaba impaciente por veros –dijo Leratham.

-Salir de Dur-Barak ha sido más difícil de lo que pensaba –respondió Bentor dando un abrazo a su hermana.

-Hola –saludó Etham, apartando la mirada cuando se encontró con los ojos de ella.

-Hola Etham –respondió con su voz aterciopelada.

-Y tú, ¿tuviste problemas para salir de la ciudad? –le preguntó Bentor.

-Al salir no, pero justo cuando me diste la nota para Etham y nos separamos, pude verle cerca de la puerta de casa. Con el guardia vigilando ya no tenía tiempo para darle el mensaje, por lo que volví a entrar saltando el muro. ¿Cómo sabías que aquel hombre te esperaba detrás de la puerta? –le preguntó a Etham.

Él mirando a los ojos de Leratham pensó por un momento en fanfarronear, en aprovechar el halo de misterio que desprendía al abrigo de su escolta personal; pensó en aprovecharse de eso que tan poco le gustaba y le hacía diferente del trato con los demás, pero no lo hizo. Desechó aquellos pensamientos como parte del sentimiento muerto que ya no le debía perturbar más la mente.

-Bueno… En realidad fue un accidente –dijo apartando de nuevo la mirada-. Me apoyé en la puerta y caí cuando se abrió.

A ella se le escapó una pequeña carcajada, pero enseguida la reprimió. Sabía que le gustaba a Etham e incluso que había estado enamorado de ella. No fue difícil darse cuenta por los ojos con los que la estuvo mirando una larga temporada. Pero aquello terminó y aunque ese efecto lo causaba en multitud de hombres ella disfrutaba al sentirse querida, por lo que siempre jugó a exhibirle todos sus encantos al chico, procurando mantener el fuego encendido. No tuvo en cuenta el daño que le hacía. Cuando Etham dejó de mostrar interés, ese juego que le hacía sentir tan viva se convirtió más en una pena que también pesaba en su mente. El día que su hermano le habló de la huida de Etham pensó que ya nunca le vería y tan pronto como se vio privada de lo que ya poseía comenzó a echarlo de menos. Los designios de su caprichoso corazón cambiaron su sentimiento y aquella pena dio un vuelco para extenderse por todo su ser. De un momento a otro, cada fibra de ella deseó estar junto a él.

Ahora que le veía otra vez le dieron ganas de cogerle, abrazarle y estrujarle entre sus brazos. Pero se contuvo de igual manera que contuvo aquella carcajada. Ya no podía mostrar sus sentimientos sinceramente o quedaría en evidencia. Aun así, se propuso dejarle claro aunque fuera por una sola vez, su interés por él. Después callaría para siempre hasta que él no diera el paso. Una y cien veces más maldijo la ironía de la vida; cuando le negaron lo que antes podía coger con la mano fue cuando más lo deseó. Pero si fuera preciso permanecería siempre cerca hasta que volviera a amarla. Lo que le llevó a pensar en la manera de plantearles su deseo de acompañarles en la huida.

-¡Ah! Muy bien, has traído los caballos y veo que los has aprovisionado –dijo Bentor interrumpiendo sus reflexiones- Pero ¿y el tuyo? ¿Lo has equipado también?

-Sí. Quiero ir con vosotros –dijo levantando la barbilla y plantando cara a su hermano.

Etham la miró sorprendido, resopló haciéndose levantar el flequillo y comenzó a acariciar a Tizón que se le acercó nada más verle.

-Pero, ¿qué dices? ¿Estás loca? Los caminos no son lugar para ti. Tú debes estar junto a padre, ayudarle en lo que puedas y traer honor a nuestra casa cuando te cases con algún noble –le regañó Bentor algo exaltado.

-Esa es otra razón por la que quiero irme: papá busca casarme a toda costa con alguien de la corte y eso no es lo que yo quiero. No quiero emparejar con un hombre que pierda sus derechos nobles por mí causa, aunque sea el más rico de Dur-Barak. Lo que yo

quiero está aquí… delante de mí… –dijo mirando a Etham y continuó tras un momento-… Entre la naturaleza.

Él en un primer instante quedó sin aliento, no estaba preparado para oír aquello. Aunque ella antes le había mandado muchas falsas señales que le llevaron a equívoco, nunca lo había hecho como ahora, sin ningún recato. Pero no se podía fiar y no estaba dispuesto a reabrir una herida que tanto daño le hizo. Cogió las riendas de Tizón y sin decir palabra salió a dar un paseo, tenía muchas ganas de hacerlo y además era algo que siempre le ayudaba a pensar.

Bentor también quedó perplejo y viendo a su amigo salir, increpó a su hermana.

-Decididamente te has vuelto loca. Pero ¿cómo me puedes avergonzar así? –le preguntó mirándole con los ojos como platos.

-Déjame, son cosas mías –le respondió dándole la espalda incapaz de mantener la mirada de su hermano-. Bentor por favor, nunca te he pedido nada tan importante para mí, déjame ir con vosotros. O al menos, tú no te opongas, deja que sea él quien decida.

-Y ¿quién ayudará a padre en la tienda? Yo me iba tranquilo porque os dejaba a ti y a Badín con él.

-Sabes que Badín es su ojo derecho y nunca se separa de él. Últimamente es él quien atiende la panadería –le respondió con voz melosa.

Bentor calló por un momento y mirando al suelo comenzó a sacar una piedra incrustada en la tierra con fuertes puntapiés.

-Bueno, supongo que yo no soy el más indicado para regañarte por dejar a padre –dijo Bentor relajando la expresión y mirándola a la cara-. Pero escucha, cuando Etham te diga que no, porque es lo que te va a decir, te irás sin más. No quiero que le discutas.

-Vale, ¿preparamos la comida? –preguntó contenta, como si aquello no fuera con ella.

-Vamos –respondió Bentor sonriendo mientras le pasaba el brazo por encima de los hombros.

Etham regresó poco después con una rama de un árbol en la mano. Desmontó y se acercó al fuego, donde Bentor y Leratham preparaban la comida. Se sentó y una a una comenzó a deshojar la rama.

-¿Qué es eso? –le preguntó Bentor.

-Pertenece al árbol Sigierum, el árbol de la salud. Es rarísimo y aquí al lado hay uno. Dicen que una infusión de esto con Lerintina, levanta a los muertos.

-¿En serio? –preguntó entusiasmado.

-No, Bentor. Nada levanta a los muertos –respondió Etham moviendo la cabeza y con cierto tono de desesperación-. Pero dicen

que es un gran curativo.

-Ah –asintió un poco desilusionado, pero contento al ver que Etham no venía enfadado por la intromisión de su hermana.

-La guardaremos por si acaso, nunca se sabe.

Un largo silencio se mantuvo mientras cada uno se ocupaba de sus quehaceres, aunque los tres estaban pensando en lo mismo. Por fin Bentor comenzó a hablar mientras movía una cuchara en el interior del caldero.

-¿Sabes? Mi hermana ha traído pan, una excelente hogaza horneada en el mejor obrador de todo el reino.

-Sí, y hemos preparado un caldo con carne de gallina que seguro te va a gustar –dijo ella.

Etham que se sentía incomodado por la presencia de Leratham, comenzó a hablar sin prestar atención a lo que le decían.

-Leratham, si de verdad quieres venir con nosotros, piensa que luego no te podrás arrepentir, y de hacerlo no te vamos a acompañar de vuelta a casa. Al menos yo no lo haré –dijo Etham levantando el tono de voz para mostrar autoridad, intentando no flaquear ante su belleza.

-Mi decisión está tomada y no me volveré atrás –respondió ella decididamente.

-No sé si sabéis de verdad lo que estáis haciendo –dijo Etham en tono muy serio-. Ni yo mismo sé muy bien lo que hago, y vosotros me seguís sin condiciones. Quería salir del reino, irme con los Augur y labrarme allí un futuro alejado de profecías y guardias negros, pero con vosotros ya no estoy tan seguro. Me siento responsable de lo que pueda pasar y en cualquier caso, no sé si allá donde voy habrá un futuro para los tres.

-Sea como sea, el mío no está en Dur-Barak –dijo Leratham

Etham se sentó sobre la hierba, arrancó una brizna y se la puso en la boca. Se quedó pensativo mientras miraba a sus compañeros servir la comida, y nada más habló de aquello.

Comieron entre las mutuas alabanzas de los cocineros y al terminar enjuagaron los cacharros en la orilla del río. Aunque la comida transcurrió de manera distendida con la charla de los hermanos como entretenimiento, Etham se mostró poco participativo, sin hablar siquiera con su gran amigo. Después se retiró bajo la sombra de un roble para echar una cabezada, momento que aprovechó Bentor para hablar con él.

-¿Qué te pasa con mi hermana? Pensaba que os llevabais bien –le preguntó sentándose a su lado.

-¿Crees que soy poco cortés con ella? –le preguntó incorporándose parcialmente- ¿Que debería rendirme a sus pies como lo hacen todos los de la corte? ¿Que tendría que estar contento por

habérsele antojado acompañarnos?

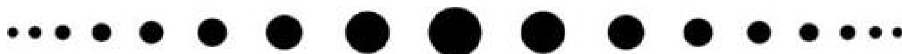
-No, pero si vas a seguir sin hablarle deberías decirle que volviera.

-No soy quién para decirle nada. Es libre de hacer lo que quiera –dijo Etham.

Bentor calló. En el fondo sabía que era él, su hermano mayor, quien la debería haber mandado a casa, pero era incapaz de negarle nada y había confiado en que Etham colocara las cosas en su lugar. No daba con la razón por la que él era tan permisivo con ella y aun le desconcertaba más ver su repentino cambio de actitud.

-De todas formas -continuó-, déjalo estar, se me pasará rápido. Ahora por favor, me gustaría descansar un rato. Esta noche no he dormido bien.

Etham concilió el sueño en un instante.



Se encontró de nuevo caminando rodeado de vacío. A lo lejos podía ver al anciano hacia el que se dirigía con paso firme. Cuando llegó frente a él, se giró, le miró con cara afable y señaló hacia arriba con los ojos mientras levantaba las cejas. Etham miró hacia arriba y se vio lanzado a velocidad vertiginosa hacia un ser alado de ojos rojos que volaba sobre ellos. Cuando parecía que se iba a incrustar contra la bestia, sintió cómo su cuerpo se zambullía en un líquido pastoso. Inmediatamente después comenzó a sentir un profundo odio, la ira le inundaba y en su boca podía oler el sabor de la sangre. Movía los brazos aleteando como los pájaros y en cada batida sentía cómo una membrana tiraba de sus costados.

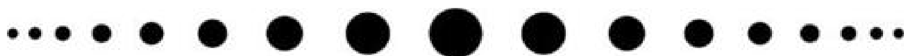
Ahora podía ver los árboles mucho más pequeños, reducidos por la altura; se extrañó porque no tenía miedo de estar allí, parecía totalmente acostumbrado a volar. El sentimiento de aversión que casi le dominaba, estaba unido al ansia por la búsqueda de una persona. Alguien no muy definido en su mente pero que le era muy familiar. Buscaba a un joven humano de dieciséis años, a un joven tocado por la maldición; se estaba buscando a sí mismo. Fue entonces cuando por debajo vio a la pequeña expedición, allí había dos humanos hablando y un tercero al que pudo entrever tumbado bajo la sombra de un roble. La furia se incrementó en su ser hasta sentirla como una fuerte punzada en el pecho, mientras su boca segregaba saliva y babeaba. Reparó en que tenía dos brazos más que le salían del abdomen y con los que agarraba fuertemente una vara con una piedra de cristal en su extremo. Sintió cómo el mal emanaba del bastón hacia su corazón,

ahora más intensamente que antes.

Etham nada podía hacer, se sentía dominado por esos instintos que sabía ajenos. Pero cuando el ser descendió para atacar a los humanos, reconoció a Bentor y, al momento, lo comprendió todo. No era un sueño. Se había introducido en la mente de aquella bestia.

Había hecho algunos ejercicios de control mental con su maestro Augur, pero siempre con pequeños pajarillos. Aquello requería mucha concentración y mirar fijamente a los ojos del ave. Solo lo consiguió una vez y fue parcialmente, con un gorrioncillo. Según el Augur aquello era digno de elogio, pues apenas unos pocos de su especie eran capaces de dominar a otro ser vivo, por insignificante que fuera, decía.

Pero, aunque podía sentir a la bestia, estaba siendo dominado por ella. Trató de separarse, al menos lo suficiente para tener sus propios pensamientos, aunque no debía hacerlo demasiado, pues luego tendría que imponérselos a aquel ser. Recordó el momento en que halló muerto a su padre, aquel día padeció un miedo irracional que le superó. Intentó recordar aquel sentimiento, quería inducir miedo en su anfitrión y para eso él mismo debía sentirlo. Pero no fue fácil. Aunque habían pasado apenas unos días, enterró todo aquello en lo más profundo de su corazón, ni siquiera tuvo el valor de contárselo a Bentor. Procuró recordar la pálida cara de su padre en su silenciosa habitación y entonces lo consiguió. Sufrió la terrible congoja de entonces, sentía los latidos de su corazón golpear con fuerza y se dio cuenta de que se estaba separando de la bestia, empezaba a sentir su propio cuerpo. Hizo un gran esfuerzo por concentrarse de nuevo en el animal y mantener su miedo a la vez. En un momento estaba allí de nuevo, había comenzado a descender en picado dispuesto a destrozar el cuerpo del propio Etham, pero la bestia, él mismo, sintió pánico de aquel humano, un único pensamiento le dominó: huir lejos del joven.



Etham despertó sobresaltado. Empapado de sudor, aún pudo escuchar cómo se alejaban los gritos de aquel ser. Se encontraba terriblemente cansado y asqueado de haber vivido semejante experiencia. Necesitaba darse un baño, vomitar la comida de su estómago, se sentía infectado hasta los huesos. Su cara pálida parecía haber envejecido diez años en un momento.

Bentor se le acercó.

-Esa costumbre que tienes de dormir después de comer no me parece nada saludable –le dijo mirando su demacrada cara.

-Déjame Bentor –masculló mientras salía corriendo hacia el río.

A Bentor no le gustaba que le hablara de esa manera. Se

quedó mirándole mientras se sumergía todavía vestido. Sentía un gran aprecio por él, pero desde que llegó su hermana estaba intratable. Y ahora, se daba un baño sin contar con nadie más. No quedaban muchas horas de luz y aquello suponía una gran pérdida de tiempo, quizá el hacer noche en aquel lugar. Bentor decidió levantar el campamento y dejarlo todo listo a la espera de Etham. Pensó que de esa manera, cuando Etham saliera, se incomodaría por sentirse esperado y tal vez la próxima vez se dignaría a compartir sus planes con él.

Pero Etham estaba trastornado, se frotaba compulsivamente la piel con las manos. Se sentía mareado, vomitó allí mismo y pese a estar en el agua pudo sentir el sudor frío que resbalaba por su frente. Todo le empezó a dar vueltas a su alrededor. Trató de llamar a Bentor, pero apenas lo hizo con un hilo de voz. No le escuchaba. Perdió la fuerza en sus piernas y comenzó a hundirse.

Tizón, cuya inquebrantable lealtad estaba vinculada a su jinete por encima de la muerte, parecía sentir la dolencia de él. Desde donde estaba veía a su amo y se enfureció saltando salvajemente para librarse de la rama que ataba sus bridas. Bentor y Leratham se estremecieron, pues pensaron que le había mordido mortalmente alguna serpiente. Nunca vieron a ningún animal debatirse tan ferozmente. Ella lloró de impotencia al ver que el caballo se hería con el bocado y sangraba abundantemente. Pero aun así, no cesaba en su empeño, parecía relinchar con dolor y rabia mientras tiraba cada vez más fuerte. Bentor intentaba liberarlo pero no podía acercarse por sus furiosas sacudidas. Por fin, Tizón consiguió romper la rama y salió contrayendo toda su musculatura en un galope brutal hacia el río.

Llegó al lugar donde Etham se acababa de hundir. Pese a que apenas le cubría hasta el cuello, el caballo nada podía hacer por sacar a su amo. Comenzó a encabritarse y a golpear el agua con las patas delanteras como si quisiera apartarla. En su desesperación, el caballo relinchaba con violencia haciendo resonar un acuciante eco en las piedras del molino. Ningún otro sonido se oía ya en el bosque. Bentor se dio cuenta de lo que ocurría y saltó al agua en busca de Etham. Tras zambullirse un par de veces emergió con el cuerpo de su amigo cogido del cuello. Tizón pareció tranquilizarse. Ya en la orilla, Bentor cogió a Etham en sus brazos. Aún respiraba pero estaba ardiendo y parecía delirar.

-¡Quema como las brasas! –gritó a su hermana sin saber qué hacer.

-Acércale al fuego y quítale la ropa. Voy a sacar unas mantas.

Así lo hicieron, le secaron bien y procuraron hacerle entrar en sí, pero no hubo manera.

-Eso no bastará, está muy mal. Necesitamos un curandero –dijo Leratham mientras le tocaba la frente.

-Espera. Él dijo que esas hojas de ahí eran curativas, que una infusión con no sé qué cosa lo curaba todo.

-¿Con qué?

-No lo recuerdo y tampoco lo sabría encontrar. No conozco las plantas –respondió Bentor desalentado.

Cogió un puñado de hojas Sigierum y las echó en un cazo.

-Mira, me vuelvo a Dur-Barak, voy en busca de ayuda. Traeré a un curandero –dijo Leratham con determinación.

-Pero la ciudad está a media jornada de camino y eso solo para ir. Necesitarás todo un día para volver y eso si encuentras rápido a un curandero que quiera venir.

-¿Se te ocurre algo mejor?

-Podemos probar con la infusión –le sugirió Bentor mostrándole el cazo.

-Eso lo harás tú, pero mientras tanto yo iré a la cuidad. Así no perderemos tiempo. En cuanto al curandero, no te preocupes, cuando quiero soy muy persuasiva y si no, traigo argumentos conmigo capaces de convencer a cualquiera –ayudándose de su ballesta apartó la capa de viaje mostrando una afilada daga de doble filo que colgaba de su delgada cintura.

Descargó el resto de bultos de su caballo, montó y partió al galope con la capa al viento.

Pasó dos colinas cuando de frente pudo ver a un jinete que avanzaba en su dirección. Tiró bruscamente de las riendas y a punto estuvo de ir a parar al suelo cuando su montura se revolvió. No sabía qué hacer, era demasiado tarde para ocultarse pues sin duda ya le habría visto. Se acarició la daga para comprobar que continuaba en su lugar. Decidió seguir al paso intentando no provocar al solitario jinete; confiaría en sus buenas intenciones aunque no bajaría la guardia.

Cuando llegaron a cruzarse, ella permaneció mirando al frente aunque le veía de reojo.

-Buenas tardes señorita –dijo él, sin detenerse mientras tocaba la punta de su sombrero.

-Buenas tardes –respondió y, viendo que pasaba de largo sin mostrar hostilidad hacia ella, continuó-. Perdón, ¿no seriáis por un casual curandero?

-¿Sufrís algún mal? –preguntó el hombre interesado.

-No, no soy yo. Es por un compañero de viaje al que he dejado aquí detrás.

-Por este camino llegaréis a Dur-Barak ¿Vais allí por auxilio? –preguntó incrédulo.

-Sí. Si es que no me lo prestáis vos ¿Sabéis curar el cuerpo humano o no? –respondió ella impaciente.

-Pues no, lo siento, pero sé de alguien que sí puede hacerlo y vive muy cerca de aquí –dijo él atusándose el bigote.

-¡Espléndido! ¿Me podríais indicar como llegar hasta él? He de llevarlo cuanto antes a ver a mi compañero.

-No es tan fácil. Es un eremita. En contadas ocasiones sale de su cueva si no es para procurarse el sustento, y además es muy desconfiado. Llevadme con vuestro amigo y os ayudaré a subirle hasta su cueva.

Leratham aceptó agradecida la ayuda del extraño y partieron sin perder tiempo al improvisado campamento. Allí encontraron a Bentor, quien se esmeraba en mantener vivo el fuego. El cazo de la infusión estaba tirado en el suelo.

-Vienes pronto hermana y creo que el que te acompaña no es un curandero –dijo Bentor en voz alta al verles llegar.

Leratham se extrañó al observar en sus ojos que conocía a su acompañante.

-Espero que esta vez sí aceptéis la ayuda que os ofrezco –dijo Murghos.

-Creedme maese Murghos, agradezco cualquier ayuda que nos podáis prestar, más aún en nuestra actual situación –dijo Bentor con la cara desencajada, apoyando las manos sobre sus caderas, cansado por un acontecimiento que le sobrepasaba.

-¿Qué le pasa? –preguntó bajando del caballo.

-Tiene mucha fiebre y ha empezado a delirar –respondió Bentor.

-Ayer en la posada parecía estar bien. ¿Ha sido repentino? –le preguntó mientras le miraba el cuerpo en busca de mordeduras.

-Sí. Le hemos dado una infusión de esas hojas –le dijo señalando un montón de hojas del Sigierum que había en el suelo.

-No entiendo de hierbas, pero el eremita sí –dijo al tiempo que cogía con fuerza a Etham y lo ponía sobre su hombro.

Colocaron a Etham en el caballo de Murghos y los tres siguieron camino al sur, subiendo una pequeña montaña. Tizón, herido, les seguía libre a corta distancia. Aunque Bentor trató de llevarle cogido de las riendas, no lo consintió. Tizón ya nunca se volvería a dejar atar por ningún hombre.

Dejaron el camino que rodeaba la montaña para ascender por un sendero sinuoso. La subida fue lenta, los tres iban ahora a pie y debían ir muy despacio para evitar que Etham pudiera caer del caballo, que salvaba a trompicones los accidentes de la pendiente. Cuando llegaron a la cima ya se estaba poniendo el sol.

Allí, en la pared del último montículo pudieron ver lo que

parecía ser una puerta. Alguien había cerrado la entrada de una cueva con rocas embadurnadas de arcilla, y en el centro había colocado la puerta hecha de sólidos troncos. Por encima se podía ver una pequeña columna de humo salir de entre un montón de piedras con forma de chimenea.

Con la puesta del sol se levantó un fuerte viento que azotaba insistentemente la cima. Desmontaron y Bentor cogió a su amigo en brazos tratándole de proteger de las molestas ráfagas de aire. Murghos se acercó a la puerta para aporrearla con vigor.

-¡Ah de la casa!

-¿Quién vive? –preguntó una anciana voz desde el interior.

-¡Abrid por lo que más queráis!

-¿Quién viene a perturbar mi descanso?

-No nos conocéis, somos viajeros en busca de ayuda. Tenemos un herido entre nosotros.

-¿Qué le pasa? ¿Tiene quebrantamiento alguno?

-No, tiene fiebres y se encuentra ido, sin conocimiento.

-Nunca abro esta puerta una vez puesto el sol. Marchad y volved mañana.

-Viejo hechicero mañana puede ser tarde.

-Tarde habéis llegado pues, mentecato.

-Antaño decían que prestabais ayuda al necesitado. ¿Qué ha sido de vuestra hospitalidad?

-Son malos tiempos. Además, los remedios los ofrece la sabia naturaleza, y con esta luz y mis ojos, no distinguiría un cardo de la flor de árnica. Esperad a mañana y buscaremos plantas frescas para aliviar la fiebre de vuestro amigo.

-Nosotros tenemos algunas hojas –se apresuró a decir Bentor

-No molestéis más. Acampad a la vuelta si deseáis que os atienda mañana.

-Miradlas y decidnos al menos cómo prepararlas –dijo Bentor mientras desesperadamente metía algunas hojas por debajo de la puerta.

Pasaron unos momentos y se oyó al anciano maldecir contra sí mismo mientras abría con premura el cerrojo.

-¡Perdonadme mis señores! ¡Maldita sea mi mala sombra! Pasad, pasad a mi humilde morada.

Entraron extrañados ante el repentino cambio obrado en el viejo. Dejaron a Etham en un pequeño camastro que efectivamente era muy humilde como el resto de la vivienda; estaba hecho de paja y ocupaba un lugar preferente en el único compartimento de la pequeña cueva.

-Mil perdones os pido caballeros. Son días estos de desconfianza y temor. Tan ciego he sido que cerca he estado de

expulsar para siempre la luz de mi hogar dejándoos fuera.

El ermitaño examinó a Etham de arriba abajo. Tras abrirle los párpados para mirar sus pupilas, se detuvo y volvió a maldecir sobre sí, le introdujo el dedo índice en la boca hasta la garganta y por fin dio su diagnóstico.

-No conozco su enfermedad, pero parece que no ha comenzado en el cuerpo sino en el alma. Las hojas del Sigierum servirán para curarle el cuerpo, pero no para borrarle los recuerdos del mal que se lo haya producido. Dame todas las hojas que tengas muchacho –le dijo a Bentor.

-Tome. Yo ya le hice una infusión, pero no parece haber hecho gran efecto –dijo Bentor preocupado.

-El árbol Sigierum es un regalo del hacedor. Solo se muestra a aquellos que cuentan con su favor. Pero como tantas cosas que de él vienen, necesita algo material para funcionar en nuestro mundo. En este caso, basta con mezclarlo con cualquier hierba y hacer una infusión. Si no lo has hecho así, habrá pasado por su cuerpo como el agua.

Salió al umbral de la cueva, se agachó y con medio cuerpo fuera arrancó un matojo de hierbas. Cogió un caldero negruzco roído por el uso que colgaba de un hierro en la chimenea, puso agua a hervir y atendió a sus huéspedes.

-No hay mucho espacio, pero estaréis mejor que ahí fuera –les dijo mostrándoles el suelo.

-Nos apañaremos anciano –dijo Murghos

-Ahora sentaos, en cuanto caliente el agua, os prepararé algo de cenar.

Cuando el hechicero dio el brebaje a Etham, su temperatura descendió rápidamente recuperando un color saludable, aunque no recobró la conciencia. Ya más tranquilos, el hombre se presentó a los viajeros como Erick, antiguo curandero de la casa real, y los demás hicieron lo propio, incluido Murghos a quién solo conocía Bentor de la posada *El Halcón Peregrino*. Erick sacó un puñado de raros frutos para todos y una bota de vino puesto a fermentar por él mismo. Se sentaron sobre unas mantas en el suelo que, aunque era de arena no estaba frío, y se colocaron cerca del fuego utilizando un arcón de madera como mesa. Comieron aquellas escuetas viandas aderezadas con su enorme apetito, observados por el anciano, mientras escuchaban de vez en cuando los delirios de Etham.

Una vez hubieron terminado, Erick encendió una pipa de un excelente tabaco con olor afrutado que enseguida ofreció a sus huéspedes. Una cortesía que ninguno rechazó, pues era una antigua costumbre que expresaba las intenciones de amistad de quien la ofrecía. En un ambiente muy distendido hablaron de todo un poco, en

general de banalidades; al viejo le gustaba recibir noticias de la corte. El calor de la chimenea con su continuo crepitar, el humo de la pipa, y los efectos del vino peleón, hicieron que pronto entraran en confianza.

-¿Qué fue lo que te hizo venir a vivir aquí, alejado de todo? –le preguntó Murghos.

-Pues hasta ayer no lo sabía –respondió sonriendo-. Años atrás fui un afamado curandero de la corte. Nuestro rey es de salud quebradiza y me requería tan a menudo para aliviar sus dolencias que, finalmente, se me asignó una estancia en el palacio de marfil para estar siempre cerca de él, con lo que aquello significaba: un magnífico honorario, prestigio, ostentosas comidas… Llegué a trabar una gran amistad con él y me permitió además atender a otras personas que me pagaban otras excelentes gratificaciones. Mi vida por aquel entonces era un derroche continuo. Casi todos los días había grandes celebraciones en los salones de palacio a los que siempre estaba invitado. Además, mi poder en la corte era tan grande como la amistad que compartía con el rey. Todas las grandes familias me respetaban o más bien me temían tanto como a su majestad. En aquella situación no había favor que se me negara, ni mujer que me rechazara.

<Y así transcurría mi vida, provocando odios y envidias entre los cortesanos. Pero un día salí de la ciudad en busca de hierbas para mis brebajes y me encontré con una familia de harapientos vagabundos. La mujer, que llevaba un niño de unos tres años en brazos, me debió ver recoger las hierbas porque me pidió ayuda para curar a su hijo enfermo, y me negué; sabía que no me iba a pagar mis servicios por lo que me negué. Así de ciego estaba yo. De noche, ya en casa, veía la imagen de la madre con el niño sin cesar y aunque me excusaba pensando que había muchos niños pobres en aquella situación, no pude dormir pues aquella mujer había acudido a mí. Al día siguiente fui de nuevo en su busca. Los encontré. Estaban enterrando al niño.

Ver el desgarrador dolor de su madre derramarse sobre el cuerpo del niño terminó de torcerme el juicio y aquel mismo día traté de quitarme la vida. Pero como veis fracasé; en el intento, la recia soga que utilicé se rompió justo después de que ensoñara en mi mente la imagen de este páramo donde ahora tengo mi hogar, aunque entonces no lo conocía. De todo aquello deduje que no era mi hora. Salí de la ciudad y me dediqué a atender a los más necesitados hasta que una mañana reconocí este lugar como el que vi el día de mi despertar. Y hoy, por fin, he sabido la razón de todo, pues nada ocurre sin motivo. Debía estar aquí para atender a vuestro amigo quien, como sin duda sabréis, es el esperado.

Todos callaron y el viejo rio viendo el asombro que

reflejaban sus caras.

-Yo sí lo sé –intervino por fin Murghos-. También tengo un pasado y poco tiene que ver con lo que soy ahora. Hace diez años dejé la guardia sagrada; era un guardián de la torre hasta que fui traicionado por algunos de mis propios compañeros, y sé que la orden reconoce a Etham como el enviado. Conozco las profecías. Por eso os seguí por la orilla desde la posada del Halcón Peregrino, aunque luego os perdí. También sé que la orden no cesará hasta encontrarle y si le atrapan tendrá un futuro incierto. Ya entonces se hablaba de hacer barbaridades con Etham para dar cumplimiento a la profecía. Lo que desconozco es si el propio Etham sabe que él es el elegido.

Bentor y Leratham miraron a Murghos con otros ojos. Los guardianes rojos eran aún más temidos que los negros. Sin duda sería una inestimable ayuda tenerle como aliado.

-Desde niño he sido su mejor amigo –dijo Bentor orgulloso mirando a Murghos- y nunca quiso aceptar nada parecido. Aunque yo se lo he insinuado, lo niega. Dice ser como los demás, por eso quiere ir a la región Augur para empezar una nueva vida y pasar desapercibido.

-Eso es terrible –dijo el viejo preocupado-. Debe enfrentarse al mal. Si no, todos estaremos perdidos.

-No es fácil aceptar semejante carga –dijo Leratham mirando a Etham con ojos tristes.

-Pues debemos conseguir que lo haga. Vosotros que le conocéis mejor debéis ver la manera de convencerle. Hay un templo cerca del abismo de Vandhur, donde se encuentra una orden monacal anterior a la orden sagrada, son ascetas y no tienen contacto con el exterior pero creo que en el caso de Etham harán una excepción –dijo el viejo mirando a Bentor y a Murghos.

-¿Cómo podemos llegar allí? –preguntó Bentor.

-Siguiendo el río Therios hacia el abismo. El monasterio está en lo alto del barranco, justo donde el río cae en cascada a las profundidades.

Quedaron en silencio recapacitando las palabras del eremita. Pensaban en el nuevo destino que les proponía. Mirándose unos a otros surgió un reconfortante sentimiento de compañerismo. Leratham se mostraba más nerviosa que ninguno; estaba contenta e ilusionada, habían fijado un rumbo común que coincidía con los peregrinos designios de su corazón.

Capítulo 4

La Traición de la Torre

Pasaron tres días desde que Jhorim partiera rumbo al norte, durante los que Antaris y el resto de los Augur con sus halcones no encontraron rastro de Etham. Tras la caída de Hurug-Madöh, anunciada por el capitán Hergues, la ciudad se encontraba en alerta, se había llamado a filas a las tropas de reserva y los acuartelamientos estaban rebosantes de vida. Los soldados repasaban sus equipos conscientes de que quizá sus vidas dependieran de ellos. Los despachos iban y venían entre el castillo real y los mandos de los cuarteles. Órdenes de aprovisionamiento para una larga campaña hicieron que la intendencia militar procurara sus medios entre la población civil, que respondió colaborando con entusiasmo por ser una situación excepcional.

Antaris salió de la sala de los Augur con un molesto dolor de cabeza. Había estado gran parte de la mañana en meditación, pendiente de sus halcones, así que decidió subir a sus aposentos y tomarse un descanso. Asomado a uno de los balcones de la última planta de la torre observó el bullicio de la ciudad. Las gentes iban y venían ocupadas en algún quehacer. La tranquilidad de la que tanto solía disfrutar cuando echaba los ratos apoyado en el pretil y que tanto le ayudaban a relajarse, ahora se había convertido en una inquietante sensación de urgencia. Suspirando resignado, miró hacia la puerta del castillo y vio a un oficial del ejército regular atravesándola. Le siguió con la mirada hasta que llegó a la misma torre triangular. Extrañado, se remangó el faldón de su túnica y corrió sin ningún cuidado escaleras abajo golpeando ruidosamente los tacones de sus sandalias con los escalones. Cuando llegó a la planta baja, disminuyó el paso, se estiró las ropas y retomó el aliento. Allí estaba el oficial, caminando de frente.

-Buenos días. ¿A dónde se dirige? –le preguntó sin remilgos.

-Hola. Soy el capitán Hergues. Los guardias me han dado paso para hablar con el consejero supremo. Voy hacia sus aposentos –respondió.

-Ah, ¿ya sabe dónde se encuentran?

-Sí. He venido varias veces.

-Le acompañaré de todas formas. Así podremos charlar por el camino y me podrá decir porqué andan las cosas tan revueltas por ahí fuera. Verá, dentro de estas paredes se nos pasa la vida sin tener

apenas contacto con el exterior y de vez en cuando, es de agradecer tener noticias frescas –le dijo amablemente Antaris.

-Como desee, pero poco le puedo decir yo, salvo que estamos en estado de alerta por orden directa de su majestad el rey.

-¿Y desde cuándo es eso?

-Apenas dos días. Quizá tiene que ver con los informes que traje yo personalmente de Hurug-Madöh. Aunque no sé cuáles son sus últimas razones –dijo el capitán.

-Así que fuisteis vos quien habló al consejo.

-Sí, fui yo, pero no os recuerdo. ¿Estabais allí? ¿Pertenecéis vos al consejo?

-No... No. Es que relatos tan extraños como el que contasteis, al final se oyen en toda la orden –dijo Antaris temiendo haberse delatado-. Ya hemos llegado.

-Gracias por acompañarme.

-Al contrario, soy yo quien se lo agradece capitán. Tanto es así que me gustaría invitarle a una buena pinta de cerveza y así poder continuar esta interesante conversación. Antes de rehusar mi ofrecimiento, os advierto de que la cerveza que hacemos en la orden, nada tiene que ver con la que podáis tomar en cualquier cantina del reino.

-Me consta. Hasta mis oídos ha llegado la fama de esa cerveza. Será para mí un honor aceptarla y seguro que en breve podríamos tomarla, pues no suelo estar más que unos momentos con el consejero supremo. El tiempo de darle este mensaje –dijo sonriendo mientras le mostraba un pergamino enrollado que portaba en su mano derecha.

-Sea pues. Aquí os espero.

Antaris tuvo la ocasión de conocer al oficial. Era un hombre sencillo, de corazón valiente y muy confiado. No puso reparos en hablar de sus misiones, seguramente por considerar a Antaris un aliado antes que un amigo. Entre pintas de cerveza, el Augur pudo saber que el capitán, desde su llegada, había sido asignado como ayudante del consejero personal de su majestad el rey, y que todos los días traía mensajes a Daltus, en ocasiones hasta varias veces durante una misma jornada. Como algo confidencial, chistando con un dedo en los labios y ocultando su cara con la última pinta, le dijo que el rey se comportaba de manera muy extraña.

Llegada la hora de la comida, Antaris le invitó a degustar las recetas que desde hacía siglos los cocineros de la sagrada orden se transmitían de generación en generación. Pero el capitán declinó el ofrecimiento, alegando que no disponía de tanto tiempo, pues trataba de hacer méritos para conseguir que el consejero le pusiera al mando

de las tropas que, según él, pronto saldrían de la ciudad. Decía que no estaba hecho para el trabajo de despacho aunque ahora su deber era ayudar al consejero personal de su majestad el rey. Sin más se despidió de su nuevo amigo con un exagerado abrazo y se fue con paso vacilante por el patio hacia la puerta exterior.

Antaris, aunque ya mayor, aguantaba muy bien la bebida. Todos los Augur podían en alguna medida controlar los efectos del alcohol sobre los sentidos, pero a él no le hacía falta. Prefirió ocupar su atención en sonsacar al capitán, lo que agradeció pues había partes de la conversación que no entendía. Según el capitán venía todos los días con mensajes para Daltus y sin embargo, él que, gracias a sus poderes, espiaba todas las reuniones del consejo nunca oyó hablar allí de esta relación, salvo la vez que el propio Hergues relató lo ocurrido en Hurug-Madöh. Daltus tramaba algo y debía descubrirlo.

Se dirigió a los aposentos del consejero supremo, situados en la planta baja de la torre. Cuando llegó a la puerta se detuvo a escuchar, pero no oyó nada, se concentró en el interior de la habitación por ver si sentía la presencia de alguien y no encontró a nadie, así que entró. El dormitorio, de techos tan altos como los del resto de la planta, parecía frío e incómodo. Sus dos ventanales con forma de arco tenían vidrieras de colores que impedían miradas indiscretas desde el exterior, y permitía pasar la luz suficiente para iluminar un escritorio colocado enfrente. A su lado había una cama con un dosel de gran altura y en la otra pared había una estantería de madera llena de libros.

Comenzó a registrar el escritorio y, salvo un pergamino con un laberinto dibujado que le recordó los ejercicios de memoria de sus alumnos mentales, no encontró nada raro. Se disponía a revisar la biblioteca cuando escuchó unos pasos firmes que se dirigían al dormitorio. Ya no podía salir, así que buscó un sitio para esconderse mientras las pisadas se acercaban oyéndose cada vez más fuertes. Se encontraba ahora en el centro de la habitación, justo de frente a la puerta. Pensó en meterse debajo de la cama, pero era demasiado baja para su formidable cabezón. Estaba perdiendo los nervios; él un maestro Augur, ejecutado por alta traición por no encontrar salida a un problema, que bien podía haber sido otro de los ejercicios de sus alumnos. Las pisadas cambiaron el ritmo, deslizaron sobre sí mismas y pararon frente a la puerta. Antaris miró de nuevo la habitación, medio agachado buscando un recoveco donde meterse, pero no había ninguno. Estaba allí, de pie, en medio de una morada ajena, y cada mueble de aquel sitio extraño se lo recordaba con su presencia silenciosa, mientras su corazón latía con fuerza alertando todos sus sentidos. El olor a rancio del lugar se le metió en el pecho y de pronto sintió como si fuera a salirse de su propio cuerpo, estaba cerca de

perder el conocimiento. La manivela se giró.

-¡Daltus! –alguien llamó más allá del pasillo.

-¿Sí? –Daltus esperó sin abrir la puerta.

-Sabed que contáis conmigo. Es una decisión que solo vos podéis tomar, y que cuando la llevéis a cabo será agradecida por todos. Os dará gloria y prestigio –le dijo aquella voz que a Antaris le pareció embriagadoramente sugestiva.

-Sí. No tenéis que convencerme –dijo girando la cabeza para entrar.

-Esperad. Aquí os traigo una de esas gemas oscuras que tanto os gustan.

-¡Oh! Magnífico. Gracias. Traedme todas; todas las que encontréis y sabré recompensároslo –exclamó con los ojos desorbitados.

-Lo sé –dijo y se alejó.

Daltus entró en su habitación, dando el tiempo necesario a Antaris para subirse sobre el dosel de la cama. Aunque se adivinaba el contorno de su figura desde abajo, el consejero no se percató y fue directo a su escritorio a coger el extraño pergamino del laberinto y una piedra de pedernal que tenía en un cajón. Se situó frente a la biblioteca y accionó un mecanismo con un resorte que era parte de la decoración. La estantería giró muy lentamente dejando ver unas escaleras en un pasillo oscuro. Cogió una antorcha que colgaba de la pared y golpeando el pedernal con un aro de metal de la propia antorcha, la encendió. Se adentró y giró otro resorte que comenzó a cerrar la puerta.

Antaris se deslizó por una vara del dosel y sin dudarlo se metió en el pasadizo, aun con riesgo de quedarle atrapada la cabeza por la estantería que estaba próxima a cerrarse. Se encontró sin ninguna luz y la única que veía era la de la antorcha de Daltus que se perdía más adelante. Pronto se dio cuenta de que se había precipitado pues el pasadizo tenía muchos giros repentinos. Decidió seguirle a una distancia prudencial, pues si perdía la luz del consejero no encontraría nunca la salida. En ocasiones, cuando Daltus giraba algún recodo, quedaba a oscuras y tenía que correr sin disimulo, por lo que se quitó sus ruidosas sandalias para llevarlas en la mano.

El suelo, cuando no estaba húmedo y resbaladizo, era porque tenía piedras puntiagudas. Los pies se le entumecieron llenos de pequeños cortes, pero Antaris continuó controlando mentalmente el dolor. Por fin Daltus se detuvo y el Augur que no se dio cuenta, se quedó apenas a tres metros tras él, en el mismo pasillo, de manera que si el consejero se daba la vuelta le descubriría. Daltus miró durante un momento a través de un pequeño agujero y después accionó un resorte que abrió una pared. Cuando se volvió a cerrar, Daltus desapareció y

el Augur quedó sumergido en la oscuridad.

Antaris miró por el orificio y para su sorpresa encontró al consejero con su majestad el rey y otra persona. Agudizó sus sentidos para escuchar lo que se decían.

-Es mucho lo que me pides –dijo el rey con un pergamino en la mano.

-No os lo pido yo. Os lo pide la salvaguarda de vuestro pueblo.

-Nadie aprobaría esto. Y no creo siquiera que mis generales lo llevaran a cabo, aunque yo lo ordenara –dijo el rey mirando a su consejero personal que le acompañaba.

-Vuestras tropas siempre os han sido leales majestad, pero esta es una medida brutal que podría llevar incluso al levantamiento de la nobleza contra vos. Yo en cualquier caso os sugiero que no lo hagáis. Si por lo que sea vamos a la guerra, esto pesaría contra vos –dijo el consejero real.

-¡De eso se trata! ¡De no ir a la guerra! –grito Daltus.

-Si masacramos al pueblo arconte con sus mujeres y sus niños, seremos nosotros los que empezaremos una guerra total y no de escaramuzas como la que hasta ahora padecemos. Si estáis tan seguro, ¿por qué no os encargáis vos y vuestros guardias sagrados de esto? –preguntó el consejero del rey.

-Nosotros haremos cumplir la profecía sagrada con el sacrificio del enviado. Creo que será suficiente para acabar con todo. No obstante, hay que asegurarse también una victoria militar por si nuestro camino se truncara.

-Daltus, no puedo mandar a mis hombres que maten gente inocente –dijo el rey dándose la vuelta para irse.

-¡Esperad! –dijo cogiendo la manga del rey que, atónito por el atrevimiento, se le quedó mirando perplejo.

-Escuchad, el populacho es muy comprensivo cuando trabajáis por su seguridad. ¿Quién no entendería que hubo que eliminar al pueblo arconte para evitar el contagio de la plaga maligna? –preguntó Daltus desesperado.

-¡Soltad inmediatamente, u os juro que os dará igual si hay guerra o no! –le gritó el rey.

Daltus le soltó y se metió la mano en el bolsillo para coger la piedra negra. Se sentía más seguro cuando jugaba con ella.

-Sabed que contáis conmigo. Es una decisión que solo vos podéis tomar y que cuando la llevéis a cabo, será agradecida por todos. Os dará gloria y prestigio –le dijo, dejando a Antaris espantado pues hacía un momento acababa de escuchar esas mismas palabras en el dormitorio del consejero sagrado y con el mismo tono de voz, tan sugestivo y cautivadoramente seductor.

-No sé… Quizá tengáis razón después de todo. Sería sacrificar unas vidas para salvar otras. El pueblo se mostrará comprensivo -dijo el consejero del rey embelesado.

-Supongamos que doy mi beneplácito. ¿Quién cumplirá una orden como esta? –le preguntó el rey al consejero real.

-Conozco a un joven oficial que está ansioso por serviros. Se trata de mi ayudante personal, el capitán Hergues. En cualquier caso creo que nunca deberíais mandar a uno de vuestros nobles generales –contestó el consejero.

-Bien, escribid un despacho con estas instrucciones: saldrá mañana con el grueso del ejército a Arcontia para acabar con una terrible amenaza –dijo el rey-. Escribid otro con el resto de las órdenes, solo para ser abierto cuando haya llegado a esa infecta tierra.

Antaris vio a Daltus coger el pergamino con el laberinto y cayó en la cuenta de que era el plano del camino por el que habían venido, que sin duda lo volvería a utilizar para regresar por el mismo recorrido. Sin tiempo que perder trató de recordar la imagen de aquel plano. Tendría que darse prisa o si no Daltus con su antorcha le alcanzaría. Comenzó a tientas el camino, dobló el primer recodo y escuchó la pared moverse y la voz del consejero sagrado.

-Os enviaré un escuadrón de guardias sagrados para que se unan a la misión. Todos los que no estén ocupados en la búsqueda de Etham.

-Y serán bienvenidos. Daré órdenes a mis hombres para que colaboren con ellos estrechamente, pero el mando de la misión recaerá en mis oficiales.

-Por supuesto –contestó Daltus.

-¡Oh, será maravilloso! El pueblo quedará muy complacido al ver marchar de nuevo unidos al ejército real y a la orden sagrada –dijo el consejero real, ahora entusiasmado.

Antaris avanzaba tan rápido como recordaba los tramos del plano pero Daltus contaba con la antorcha y no tardó en acercársele. A menudo, el Augur creía ver destellos de luz, lo que significaba que estaban en el mismo tramo de pasillo. Corría con la insoportable sensación de ir a recibir un golpe mortal por la espalda. La imaginación le traicionaba y veía su cuello cortado por el filo de un cuchillo, pero no podía dar la vuelta para protegerse. Siguió y desechó esas ideas intentando concentrarse; debía usar su prodigiosa mente para recordar aquel dibujo. Cada vez escuchaba las pisadas de Daltus más próximas y él no podía ir más rápido. Llegaron a la siguiente bifurcación y Antaris tomó el camino equivocado con la intención de que su perseguidor pasara de largo. Se agachó dejando su espalda apoyada en la pared, y sus ropas, al rozar, le delataron con un susurro

apenas perceptible justo en el momento en que Daltus se detenía para comprobar qué pasadizo seguir.

-¿Quién anda ahí? –gritó el consejero sagrado.

-¿Quién anda ahí? –preguntó esta vez agitando la antorcha por ambos pasillos. Antaris permanecía quieto como una piedra; de alguna manera Daltus no le veía, miraba por encima de la antorcha cuando él estaba sentado a dos palmos debajo de sus narices.

Permaneció allí durante unos momentos, y el Augur no pudo más que intentar inducir miedo en él, pero sin mirarle a los ojos de poco servía. El consejero suspiró y se fue apresuradamente. La luz pronto se perdió por los pasillos y Antaris se quedó allí al abrigo de la oscuridad.

Cuando después de un momento creyó estar seguro, recorrió el laberinto hasta el dormitorio de Daltus. Allí no había mirilla alguna, pero pudo intuir a alguien acechando al otro lado. Pensó que sería el consejero o peor, un guardia sagrado que bajo sus órdenes podía permanecer allí días enteros. Decidió volver de nuevo al palacio real antes de dar tiempo para que le organizaran una encerrona. Cuando regresó a la compuerta, palpó la pared en busca del resorte que poco antes había visto accionar a Daltus y entró en un despacho muy ricamente ornamentado; no estaba acostumbrado a tan recargada decoración que nada asemejaba a la sobriedad de su celda, así que se quedó unos momentos observándola.

-Demasiado atavío –mascullaba para sí mismo cuando salió a una galería.

-¡Eh! ¡Alto! ¿Qué hace aquí? –preguntó un militar mientras se acercaba corriendo, con su lanza en las manos.

-Sí... Traigo un mensaje para el capitán Hergues. Me han dicho que está por aquí su despacho –dijo Antaris mostrando gran aplomo.

-No, este es el despacho del consejero real. El despacho de su ayudante, el capitán Hergues, está en el otro lado.

-Ah, perfecto. Voy pues para allá.

-Yo le acompañaré. Es muy irregular que ande solo por aquí –dijo el soldado desconfiando de él.

La galería por la que caminaban era de altos techos corvos. Conforme avanzaban dejaban pasar grandes arcos que daban al patio de armas, por los que se escuchaba los gritos de los soldados que en ese momento hacían el solemne cambio de guardia. Para llegar al despacho del ayudante recorrieron toda la galería en un incómodo silencio hasta que rodearon el patio.

-Tanto marfil por todas partes... Pasarán mucho frío por aquí, ¿no? –preguntó Antaris tratando de parecer distendido.

-Hemos llegado –dijo el soldado y sin hacerle caso golpeó

una puerta con los nudillos para enseguida abrirla sin esperar respuesta.

-¿Si soldado? –preguntó Hergues.

-Mi capitán, he encontrado a este hombre merodeando por el despacho del consejero real. Afirma que trae un mensaje para usted.

-¿Antaris? ¿Qué haces aquí? –preguntó sonriendo, con las mejillas todavía sonrosadas por el efecto de la cerveza.

-Te traigo un mensaje del consejero supremo.

-Puede retirarse soldado –ordenó con el semblante mucho más serio.

-A la orden mi capitán –dijo cerrando la puerta y dejándolos solos.

-Siéntate Antaris –le invitó señalando un confortable sillón, mientras él se sentaba en la esquina de su mesa.

< ¿Qué pasa? Yo creía que los Augur estabais dedicados a tareas más importantes que traerme a mí un mensaje.>

-Bueno, en realidad sí tengo algo que decirte, pero no es un mensaje de Daltus –se detuvo para pensar la manera de decírselo.

-Y bien...

-Nos acabamos de conocer, pero creo que ya puedo poner a prueba tu amistad. En realidad, no tengo otra opción porque es mucho lo que está en juego y tú te vas a convertir en una pieza clave de lo que vaya a pasar a partir de ahora.

<Verás, dentro de poco recibirás un despacho con un ascenso a comandante y tu mayor deseo se hará realidad. Dirigirás las tropas a esa misión que tantos rumores ha suscitado últimamente. Siento decirte que no es por tus méritos, sino más bien por tu lealtad a la corona que te hayan elegido a ti. Lo cierto es que sé, porque lo he visto, que su majestad está siendo influido o más bien manejado por Daltus.

De alguna manera le controla a él y a su consejero. Por eso no debes cumplir esas órdenes.>

-¿Me estás pidiendo que desobedezca al rey?

-En realidad no a él. Él parece actuar sin conocimiento de lo que hace.

-Por encima de mi vida debo lealtad a la corona. El mero hecho de comentarme esto es alta traición y te debería dar muerte yo mismo, aquí y ahora. ¿Qué te hace suponer que vaya a traicionar al rey por lo que tú me digas? ¿Habernos tomado unas cervezas juntos?

-Creo no haberme equivocado al contarte esto. Tú mismo lo dijiste: el rey se comporta últimamente de manera muy extraña.

-¿Y qué? Ni yo mismo sé cómo me comportaría con todas las obligaciones que él tiene.

-Te darás cuenta de lo que digo cuando conozcas sus

órdenes.

-... y tú ya las conoces.

-Sí: su majestad el rey...

-¡Basta! No quiero oír más –le interrumpió.

-... os dará un sobre con...

-¡Basta he dicho!

-... con órdenes de...

-¡Soldado! –gritó y cogiendo a Antaris del brazo lo llevó a trompicones hacia la puerta.

Entraron dos guardias y lo sacaron del despacho a empujones, acallando las voces de Antaris que inútilmente trataba de avisar al capitán.

-Acompañadle a las puertas del castillo y que no vuelva a entrar –dijo malhumorado el capitán dando un portazo.

-¡Espero que disfrutes con la masacre! –acertó a escuchar Hergues desde el interior cuando los soldados se llevaban al Augur.

Antaris regresó por las calles a la torre triangular. Iba apesadumbrado y decepcionado por haber puesto demasiadas esperanzas en Hergues, aunque pensó en hacerle llegar el mensaje por otros medios. Debía buscar otra manera de desenmascarar a Daltus, y pensó en valerse de sus compañeros quizá, aunque todos los consejeros como buena parte de los Augur, tenían miedo de la persona más poderosa de la Orden. A lo sumo podría conseguir el apoyo de los que votaron a favor de proteger a Etham y para eso necesitaría pruebas. El descabellado plan de arrasar Arcontia, una vez se llevara a cabo, sería atribuido al rey.

Subió a sus aposentos sin darse cuenta de que Daltus le vigilaba desde su vuelta al castillo. Cerró la puerta y se tumbó en su camastro para disfrutar de la intimidad de su refugio y trazar sus planes. A veces deseaba ser una persona normal, tener mejores condiciones físicas y sobre todo una cabeza más acorde con su cuerpo que no le metiera en tantos problemas y preocupaciones. La puerta se abrió rompiendo bruscamente su descanso.

-Un largo paseo hasta el palacio real, ¿verdad? –preguntó Daltus metiéndose en la habitación bruscamente.

-No sé de qué me hablas –respondió Antaris incorporándose.

-Vamos, te he visto entrar por el portón principal.

-Sí, he ido a dar una vuelta.

-Nunca sales del castillo. Ni siquiera de esta torre diría yo. A mí no puedes engañarme.

Tras una pausa Antaris se levantó y se encaró con el consejero supremo.

-¿Quién eres tú para pedirme explicaciones? Yo no voy por

pasadizos secretos guiado por una extraña piedra negra. ¿Qué es esa piedra?

-Lo sabía. Eres transparente para mí.

-¿Qué es esa piedra? –preguntó gritando al tiempo que se acercaba más a él.

-Esta piedra, como la llamas, es el poder. Gracias a esta piedra la casa real estará sometida a la orden sagrada ya por siempre. Se acabó la diplomacia y la política entre ese atajo de nobles amanerados y nosotros. Desde ahora el ejército real será nuestro segundo brazo, y todas las leyes serán dictadas por nosotros.

-Estás loco.

-¿Por qué? Así era en un principio. La orden era tenida en cuenta para todo. Cualquier edicto que se proclamaba debía ser aprobado por el consejo sagrado.

-Debe haber un equilibrio. Nuestro reino lleva generaciones viviendo de esta manera en armonía. Es un error poner de un lugar y quitar de otro.

-Claro, la templanza de los Augur. ¿Es que ninguno de vosotros tenéis coraje para defender lo que os pertenece?

-Muchas veces el camino más corto no es el mejor. ¿Qué te hace pensar que eres tú quien controla la piedra y no es al revés?

-Es mi voluntad la que impongo a los demás gracias a ella.

-¿Seguro? Yo nunca te hubiera visto capaz de ordenar la aniquilación de un pueblo. ¿Eso también sale de ti?

-Bien... Veo que sabes demasiado...

-¿Y qué crees? ¿Qué algún oficial ejecutará esa orden? –le preguntó interrumpiéndole.

-Sí. Esta misma tarde saldrá el ejército con órdenes selladas a Arcontia. Cuando lleguen allí, las abrirán y las leerán junto con una persuasiva carta del rey, dando razones por las que ha tenido que tomar esta trágica decisión. Es el deber de un rey tomar tales decisiones aunque por estas pueda perder el favor de su amado pueblo. Y por cierto, no puedo permitir que vayas por ahí creándome enemigos –dijo Daltus.

Cogió la piedra de su bolsillo y apretándola en su puño la puso delante de sus narices.

-No te das cuenta de lo que esto es capaz. ¿Recuerdas a los magos que cuando éramos niños iban por los pueblos haciendo trucos ilusionistas? Cómo nos engañaban con sus burdas habilidades, ¿eh? Pues te voy a enseñar lo que es magia de verdad.

Susurró unas palabras que parecían ser pensamientos y Antaris fue impulsado violentamente por una fuerza invisible a su litera. Los postigos de la ventana se cerraron con gran estruendo y quedó la habitación iluminada únicamente por la claridad que entraba

desde la puerta.

-Te dejaría aquí encerrado pero sé que eso no detendría tu mente –y continuó susurrando palabras a la piedra.

Entonces a Antaris le pareció deslizarse en una vertiginosa caída sin fin. En la oscuridad, veía la luz de la puerta alejarse rápidamente por encima, haciéndose más y más pequeña.

-¡Daltus, no sabes lo que haces! ¡Libérate! ¡Tira esa piedra lo más lejos que puedas! –gritó sin esperanza de que le oyera en la lejanía.

-Te aseguro que vuestros poderes mentales nada pueden contra las piedras. Es una pena que pienses como lo haces. Estaba dispuesto a compartirlas. En manos de un Augur deben obrar prodigios –dijo al cuerpo inerte de Antaris y se fue cerrando la puerta tras de sí.

El Augur dejó de ver el único destello que le iluminaba y siguió cayendo con una angustiosa sensación en el estómago que le hacía latir el corazón arrebatadamente. Intentó aun así comunicarse con sus halcones, pero le fue imposible.

-Jhorim... Jhorim... ¿Dónde estás? –preguntó entre sollozos.

Capítulo 5

Jhorim continuaba su búsqueda por las aldeas del margen del Therios, en las llanuras boscosas al norte de Dur-Barak, aunque de vez en cuando se desviaba para adentrarse a explorar más poblaciones. Ninguna averiguación le hacía suponer que Etham había pasado por allí y el halcón llevaba varios días que no le daba información; ya no era tan obediente como antes y tenía problemas para controlarlo.

Las estrellas surgieron débilmente en el cielo recordándole que pronto caería la noche. El camino comenzaba a desvanecerse, por lo que disminuyó la marcha. Estaba atravesando un bosque muy frondoso y no encontraba ningún sitio en condiciones para acampar. Pasó una loma dispuesto a dormir entre los arbustos, cuando vio luces que provenían de un gran caserón. Se acercó. Era la Posada del Llano, según rezaba un chirriante cartel que colgaba de una barra de hierro sobre la puerta.

-¿Vas a pasar o te vas a quedar ahí como un pasmarote? –le dijo un hombre que apareció de entre las sombras.

-¿Dónde puedo dejar mi caballo?

-Dámelo a mí. Hoy hay mucho ajetreo en la posada, pero un rinconcito sí podré encontrar en los establos para este magnífico animal. ¿Y el pájaro? –le preguntó mirando a su halcón que estaba posado sobre la montura.

-Irá donde vaya el caballo. No se moverá de la silla –contestó Jhorim.

-Ya, pero la silla sí se moverá. ¿O quieres dejar al pobre ensillado toda la noche?

-No, no. Bueno, le aseguro que con los ojos tapados el halcón no va a ir ningún sitio.

-¡Ah! También pretendes dejar a tu pájaro con los ojos tapados toda la noche –dijo indignado.

-Mire, indíqueme donde están las cuadras y yo mismo prepararé al caballo.

-De eso nada. Llevo cuarenta años ocupándome de los establos; yo refrescaré a tu caballo y me encargaré también del pájaro. Solo espero que no me dé problemas con los otros caballos.

-¿Hay mucha gente dentro?

-Sí. Muchos viajeros del norte que siguen camino hacia Dur-

Barak. Son estos malos tiempos –dijo negando con la cabeza pensativamente-. ¿Y tú de dónde vienes?

-De allí mismo. De la capital.

-No es asunto mío joven, pero cuando los animales del bosque corren todos en una dirección, es porque huyen del fuego y en todos los años que llevo aquí, nunca antes vi tanta gente huir del norte. ¿Estás seguro de ir por buen camino?

-Sí, no me queda más remedio. Tengo una tarea que cumplir y no es una tarea cualquiera. Y usted, ¿por qué no se va?

-Mi trabajo es mi vida. Soy ya mayor para andar buscando otro sustento que no sea este –le dijo el hombre abriendo la puerta de la posada e invitándole a entrar.

Dentro había gran alboroto que se silenció momentáneamente cuando Jhorim entró. La posada no tenía recibidor, solo una habitación apretujada con mesas en las que los huéspedes cenaban ruidosamente. Se acercó a la barra donde discutía el posadero con dos muchachos que no debían alcanzar la veintena de años y a los que se les veía muy apurados.

-Es la última habitación. Dos monedas de plata os puedo cobrar si no queréis cenar, pero de ahí no voy a bajar –decía el dueño con tono cansino.

-Podemos darle una moneda de cobre por la comida y un hueco en el pajar –dijo el que, de los dos, parecía el más decidido.

-¡Ja! Con una moneda de cobre no me pagáis ni el tiempo que estoy perdiendo con vosotros.

-¿No puede al menos darnos ese pan por la moneda? –preguntó el otro joven con voz débil señalando una de las mesas servidas.

El posadero cogió la moneda con una mano y la hogaza con la otra, los miró sopesándolos y como viera que iba muy bien servido, sin soltar el cobre, introdujo la barra bajo su restregada sobaquera y de un tirón arrancó un mendrugo.

-Esto está mejor –dijo dándole el pan al chico apocado, y como vio que los dos se quedaron consternados viendo aquel pedazo, señaló la puerta y les gritó:

<Y ahora ya os podéis ir con todos los mendigos a Dur-Barak>

-¿Qué ha sido de la hospitalidad norteña? –intervino Jhorim.

-La hospitalidad la dejo para mi casa. Este es mi trabajo. ¿Qué quiere? –preguntó ariscamente.

-Quiero una habitación. Quiero cena para tres. Y quiero que no intente estafarme porque yo no se lo voy a consentir –dijo Jhorim sacando una bolsa de cuero con monedas y golpeando ruidosamente el

mostrador.

-Sí, claro señor. Enseguida le preparan la habitación. ¿Esperará a sus acompañantes para cenar? –preguntó mirando de reojo la abultada bolsa.

-No, ya están aquí. Cenaremos nosotros tres –le dijo señalando a los dos necesitados viajeros, que contentos fueron a sentarse a una de las mesas tras arrebatarle de un dificultoso tirón el resto de la barra.

Jhorim tomó asiento y sonriendo se quedó observando a sus hambrientos acompañantes que sin decir palabra devoraban la hogaza del tacaño posadero. Uno de ellos engullía sin cuidado, restregándose ansiosamente el pan por la boca para poder embuchar más, sin reparar en que saltaban más migas en las extensas cercanías de la mesa que dentro de sus insaciables fauces. El otro mucho más recatado, pellizcaba con sus inquietos dedos la corteza, y se la llevaba a la boca, que pronto acabó colapsada incapaz de triturar el abundante suministro que la mano le traía. Este último, tenía la tez blanca y sin bello alguno. De facciones delicadas parecía tener el rostro suave, lo que extrañó a Jhorim acostumbrado a ver las melladas caras de la soldadesca. Sobre su cabeza descansaba ladeado un yelmo embarrado que no hacía más que resaltar la belleza de su semblante.

-¿Os parece... divertido? Seguro que vos... no habéis pasado nunca hambre ¿verdad? –dijo el delicado pero orgulloso comensal.

-No, en verdad que la vida me ha tratado bien.

-Sí, a la vista está. Todos sois iguales. Nobles o gentes de la ciudad que vivís del trabajo de otros y aun os mofáis cuando los menos afortunados caemos en desgracia.

-No os ofendáis. Sonrío porque me gusta lo que veo.

-No hagáis caso caballero... –masculló el que parecía más glotón-... llevamos varios días de viaje... sin llevarnos nada al gaznate... Le agradecemos la deferencia que ha tenido con nosotros; ya no queda gente como vos. Yo soy Asís y él es mi hermano Barón.

-Yo soy Jhorim, pero seguid, seguid. Ya dejaremos la charla para después.

-Esa bolsa tan abultada... debe pertenecer a un conde lo menos... o quizá a un consejero de la corte –dijo Barón mirándole a los ojos con hostilidad.

-No. Nada más lejos de la realidad. Tengo dinero por no haberlo gastado en mucho tiempo –contestó incomodado de revelar el origen de sus caudales.

-Raro me parece para alguien tan generoso como vos –dijo Barón en un tono que a Jhorim, le parecía cada vez más mordiente.

-Y vosotros, ¿de dónde venís que lleváis tantos días de viaje? –preguntó ignorando la provocación.

Los hermanos se miraron y callaron.

-No tenéis que decírmelo si no queréis.

-Venimos del norte, de una aldea próxima a Hurug-Madöh.

El posadero apareció con los platos humeantes y no se habló más de aquel tema que incomodaba a los hermanos. Jhorim no le dio mayor importancia; desde aquella escaramuza que relatara el capitán Hergues en las cercanías de Hurug-Madöh, muchas familias se trasladaron al sur buscando la seguridad de la capital.

La cena acabó por distender la situación y Barón se relajó mientras comía ración doble de cada plato. Cuando hubieron terminado, Jhorim les ofreció una de las camas de la habitación ya que disponía de dos según dijo el posadero, y él solo necesitaba una. Los dos hermanos aceptaron con un sincero agradecimiento y compartieron también la pipa que él había encendido, lo que a Barón le provocó un ataque de tos que acabó por marearle. Se disculpó y antes de retirarse a dormir les pidió que cuando fueran a la habitación no entraran ninguna lámpara pues era de sueño ligero. A Jhorim aquella petición le pareció algo atrevida dadas las circunstancias, pero accedió extrañamente atraído por la peculiar conducta de aquel hombre.

Terminada la pipa, subieron a la habitación para, tal y como les dijera Barón, acomodarse en sus camastros valiéndose únicamente de la exigua luz entrante del pasillo. Jhorim contrajo pronto el sueño, pero en la madrugada el eco de un alarido silenciado le despertó. Por un momento se encontró desconcertado, sin recordar dónde había acabado el día anterior, hasta que escuchó los ronquidos de Asís. Entonces pudo ver la luz de la luna que desde la ventana proyectaba una sombra alargada en el pecho semidesnudo del hermano que dormía a su lado. Se acercó intrigado sin reconocer qué era aquella rara silueta y, cuando distaba apenas un palmo de sus narices, por fin comprendió que era la sombra de los pechos de una mujer. De un respingo se enderezó sorprendido, con tan mal tino que fue a dar con la nuca en la lámpara de aceite que colgaba del techo. Esta se descuajeringó estrepitosamente dejando caer sobre Jhorim su contenido que le cubrió la cara por completo. Los hermanos se levantaron de un brinco. Asís agarró el cuerpo de quien pensaba era su atacante y lo derribó al suelo. Barón, se cerró el botón de la camisa culpable de aquel desaguisado, abrió la puerta para iluminar la habitación con la luz del pasillo, sacó una daga de su cintura y acudió en ayuda del hermano inmovilizando dolorosamente el cuello de Jhorim con la puntiaguda daga.

-¡Soy yo! ¡Tened cuidado con eso o me cortaréis el cuello!

-¿Jhorim? ¿Sois vos? –preguntó Asís limpiándole la cara de aceite, todavía sin soltarle.

-Sííí, soy yo –respondió con desespero.

Asís se levantó liberándole, pero Barón con una rodilla en su pecho no apartó el puñal.

-¿Os gusta dominar a los hombres? Señor Barón –le preguntó Jhorim con voz suave.

La joven apartó rápidamente la daga temiendo haber sido descubierta. Se levantó y se retiró detrás de la puerta, al refugio de la oscuridad, donde se intentó colocar el ceñido fajín que la torturaba desde hacía días, escondiendo aprisionada su atractiva silueta femenina.

-He oído algo ahí fuera –dijo Jhorim incorporándose mientras limpiaba bruscamente su cara.

Se asomó a la ventana desde donde vio varios adventos tomar posiciones frente a la posada. El que parecía dirigirlos estaba hablando con uno de los inquilinos que la noche anterior cenó junto a ellos en el comedor. A sus pies yacía degollado el cuerpo del posadero.

-Es un espía. Me han descubierto –dijo Jhorim.

-No. Nos persiguen a nosotros –dijo Asís acercándose a la ventana.

-¿Por qué? ¿Quiénes sois vosotros? –preguntó Jhorim sorprendido.

-Éramos sus prisioneros –contestó Barón tirando el fajín al suelo y dirigiéndose al pasillo.

-¡Esperad! Por la puerta nunca podremos salir. Escaparemos por la ventana –dijo Jhorim cogiendo las sábanas de su cama.

Valiéndose de las telas, los hermanos se descolgaron con sigilo hasta tocar el suelo. Se encontraban ocultos en la oscuridad, en la misma fachada de la puerta por la que todos los adventos, salvo uno, ya habían entrado a la posada. Jhorim atrancó la puerta con una silla y dispuesto a salir, apoyó sus botas aceitosas en el marco de la ventana. Resbaló y cayó de costado con todo su peso sobre el cartel de la posada que pareció chirriar más fuerte que nunca, como si quisiera pedir auxilio. El advento de la puerta agarró su lanza para tirársela a la silueta, que de arriba abajo se sacudía agarrada al ruidoso mástil, cuando la daga de la muchacha le atravesó la garganta. Cayó muerto de espaldas sin tiempo para cerrar sus aterrorizados ojos. Ella se acercó y recuperó su arma mientras Jhorim se descolgaba magullado.

-¿No podéis hacer más ruido? –preguntó furibunda.

-¡Me he resbalado! –gritó Jhorim en voz baja, más dolido en el orgullo que en su malparado costillar.

-Vámonos. No podemos cargar con un cortesano –le dijo a su hermano y comenzó a correr.

-¡Espera Eonna! –la llamó Asís utilizando su verdadero nombre.

-¡Esperad todos! –dijo el encargado de los establos que desde las cuadras les observaba- No tenéis ninguna posibilidad si vais a pie. Con las primeras luces del alba los adventos echarán a volar y caeréis como ratoncillos en garras de lechuzas. Debéis huir a caballo.

Jhorim, que no tenía pensado abandonar a su caballo, se adelantó en su busca. Pasó al lado de aquel hombre, que le miró de arriba abajo con lástima.

-De buena te ha librado la moza, ¿eh? Ya se lo puedes agradecer.

-Bueno… No es asunto vuestro. ¿Dónde está mi caballo y mi halcón?

-Sí, ya me acuerdo. Tú eres el del pájaro –le dijo ahora con cara de asco, mientras tocaba sus pringosas vestiduras.

-Sííí. ¿Dónde está? –respondió exasperado.

-Ese aceite que traéis puesto ¿forma parte de alguna nueva tortura para vuestros animales? –le preguntó.

-¿Habéis perdido el juicio o qué os pasa? ¡Rápido!

El encargado se metió en el establo que se encontraba en la penumbra, retirado del caserón. Tardó unos momentos en ensillar cuatro caballos y sacarlos con el halcón en su hombro. El tiempo que tardaron los adventos en descubrir la huida y a su compañero muerto. Los graznidos enfurecidos de las bestias asustaron a las monturas que relincharon delatando su posición.

-¿Por qué cuatro? –le preguntó Eonna mientras montaba apresurada.

-No esperarás que me quede aquí después de la que habéis armado. Aunque tienes razón, tendría que haber sacado dos, porque vosotros vinisteis a pie –le dijo el encargado ya desde la silla.

En la cerrada oscuridad de la noche, los cuatro huyeron galopando perseguidos por los adventos que aunque no les veían claramente, se valían del ruido de los cascos para localizarlos. Cabalgaron por el camino hacia el sur, hasta que, guiados por Jhorim, se adentraron en la frondosa foresta donde permanecieron inmóviles. Los adventos, con su gran envergadura, pasaban volando por el camino rompiendo las ramas con sus flancos. Jhorim inició sus ahora prohibidos ejercicios mentales para inducir la repulsión del enemigo; los hermanos aguantaron la respiración con los músculos agarrotados temerosos de ser delatados de nuevo por sus caballos, y el encargado de las cuadras acariciaba su montura con aire despreocupado, como si aquello no le afectara. Les escucharon pasar varias veces de un lado a otro hasta que parecieron alejarse.

-No podemos seguir por el camino –dijo Jhorim.

-Pero tardaremos mucho más en llegar a Dur-Barak si lo

hacemos por el bosque –dijo Asís dirigiéndose más a su hermana que a los demás.

-Bueno, yo debo seguir mi búsqueda hacia el norte –dijo Jhorim.

-Si os encamináis hacia allí solo encontraréis vuestra propia muerte –le dijo Eonna.

-¿Es tan importante eso que buscáis como para arriesgaros así? –preguntó Asís.

-Más aún de lo que os podáis imaginar –dijo gravemente-. Y a vosotros ¿por qué os persiguen? ¿De dónde habéis escapado? –preguntó.

-Es largo de contar. Baste deciros que tenemos un mensaje que ha de llegar a su majestad el rey y al consejero supremo de la guardia sagrada.

-Hay un sendero que llega a Dur-Barak hacia el sur y por el norte se pierde hasta unirse de nuevo con el camino que hemos dejado. Podemos ir allí y ya decidiréis qué hacéis –interrumpió el encargado de las cuadras.

Estuvieron de acuerdo y avanzaron lentamente entre los matorrales hasta allí, donde encontraron un pequeño claro atravesado por un espacioso sendero que quedaba cubierto por la arboleda más alta.

Desmontaron y comprobaron con tranquilidad los aparejos de las monturas colocados tan apresuradamente por Valtor, que así dijo llamarse el encargado de las cuadras.

-Bueno, aquí nos separamos cortesano. Quizá os eche de menos después de todo –dijo Eonna sonriendo suavemente por primera vez.

-Es una lástima que toméis caminos distintos –intervino Valtor-. Cuando los lobos se unen en manadas no hay bestia que los enfrente.

-Antes de iros me gustaría saber por qué ibais con la apariencia de un hombre y qué mensaje tenéis para Dur-Barak. Como cortesano que soy, quizá os pueda ayudar –dijo socarronamente el guardián del sagrado consejo.

-Te lo diré pues te atañe más que a nadie si en verdad te quieres dirigir al norte, pero a cambio me dirás cuál es el objeto tan preciado de tu búsqueda.

-Sea –asintió Jhorim.

-Verás... Nosotros vivíamos cerca de Hurug-Madöh, como sabes. Hará unas tres lunas nuevas, nuestra aldea fue atacada por unas bestias nunca antes vistas por mí. Todos caímos presos y fuimos llevados a las minas Sallhrom. A nuestra madre la mataron esos canallas... –calló por un momento recordando y continuó con los ojos

vidriosos- ... y a nuestro padre le transformaron de alguna manera en uno ellos. No me preguntes cómo, pero ahora se ha convertido en una especie de importante general, esclavo de un poder oscuro superior que los maneja a todos. A nosotros nos tenían prisioneros apartados de los demás, creemos que para condicionar a nuestro padre, lo que nos hace pensar que aún tenga alguna posibilidad.

<Sabemos que atacarán de manera inminente Dur-Barak y que se valdrán de una extraña piedra negra que seca la voluntad para hacerlo. Cuando escapamos, habíamos sido destinados como esclavos del consejero del amo oscuro, quien siempre nos tenía vigilados pues no se fía de mi padre. Es por eso por lo que está siempre cerca de él y por lo que nos trasladamos a su lado y junto a un enorme ejército maligno de nuevo a Hurug-Madöh. En el camino conseguimos escapar, pero mandaron a muchos en nuestra busca y me vi obligada a cambiar mi apariencia. Así viajamos más seguros. Además, todas estas tierras están infestadas de espías al servicio del amo oscuro.>

-Ahora te toca a ti –dijo Valtor señalando muy interesado con las cejas a Jhorim.

-Bien, lo cierto es que no soy un cortesano. Soy un guardián del sagrado consejo, o mejor...

-¿Cómo? Ja, Ja ¿Un temible guardián negro? Mucho ha cambiado la guardia del sagrado consejo si eso es verdad –interrumpió Eonna, provocando con su burla el sonrojo de Jhorim, que se le quedó mirando por un momento en silencio.

-Bien, no tengo tiempo que perder. Os deseo buena suerte en vuestro camino –dijo preparando las cinchas de su montura.

-Espera... No te enfades... –comenzó a decir Eonna cuando un gran destello iluminó el cielo a sus espaldas.

Detrás de los árboles que cercaban el claro, pudieron ver la silueta de un hombre que irradiaba luz blanca batirse en terrible lucha, intentando zafarse de unos poderosos brazos que se dibujaban como una sombra sobre su pecho. Se acercaron con presteza blandiendo las armas, intrigados por ver qué extraño ser luchaba con semejante agonía por su libertad. Encontraron al encendido prisionero rodeado por una patrulla de excretores que le miraban mientras su jefe, un advento, le aprisionaba con sus grandes extremidades.

Jhorim saltó entre los entretenidos concurrentes y comenzó a cercenar miembros a diestro y siniestro. Su espada parecía moverse con una misteriosa armonía, al son de una música inaudible. Pronto quedó solo el advento, que viendo la extraordinaria capacidad de su oponente, huyó corriendo incapaz de desplegar sus alas entre la foresta.

Aquel luminoso ser miró a su libertador y se dispuso a huir también, pero en ese momento algo en las vestiduras de Jhorim captó

su atención. La reliquia sagrada resbaló por su pantalón y quedó colgando de la cadena balanceándose de un lado a otro. Entonces miró pensativamente a su alrededor, parecía mirar a los árboles o más allá, y les habló.

-Venid. El bosque está tomado por el mal.

-Mi camino está por el norte –dijo Jhorim, cubriéndose con la mano sus ojos deslumbrados.

-No podrás ir hacía allí. Hay cientos de patrullas que han sido enviadas como avanzadillas. El ejército maligno se acerca ligero.

-No insistas, es terco como una mula –dijo Eonna.

-Al que estás buscando no lo encontrarás en el norte –dijo el ser dirigiéndose a Jhorim.

-¿A quién estoy buscando?

-Al enviado por el señor de la luz y de la vida. Al paladín del creador de todos los mundos.

-¿Quién eres tú? –dijo Jhorim sobrecogido.

-Soy Tahra. Del pueblo de los ignitas. Pero seguidme, no hay tiempo que perder.

Tahra cogió una pesada túnica del suelo y se la puso con el capuchón por encima, pero aun así la luz que desprendía su cara podía verse desde lejos. Avanzaron a través del bosque hasta una gran cueva horadada en un montículo. Entraron andando, tirando del bocado de las monturas que no parecían muy dispuestas a adentrarse en aquella cálida oscuridad. Tahra se descubrió e iluminó un resorte que activó utilizando ambas manos. El orificio de la cueva quedó sepultado por una roca al caer lentamente entre el estridente chirrío de sus contrapesos, mientras otra compuerta se abría hacia el interior. Siguieron bajando por una inclinada cuesta hasta una gran explanada de techos altos iluminada por la luz desprendida de varios ignitas, que al ver a los extraños quedaron intimidados. La luz de la cueva, que era blanca intensa, se volvió amarillenta como el cuerpo de aquellos que les miraban. Pronto comenzaron a llegar más y más desde las grutas, hasta que uno de ellos que fulgía con extrema intensidad se acercó a Tahra.

-¿Qué has hecho insensato? –le dijo con voz atronadora.

-Majestad, he traído a estos hombres que salvaron mi cuerpo de las bestias.

-¿Cómo te atreves a contravenir la primera de las leyes y a poner a nuestro pueblo en peligro? –preguntó el iracundo ignita.

-Pero arriba, las huestes del maligno avanzan hacia el sur.

-Tengo muy presente hacia dónde va el amo oscuro, pero no es algo en lo que podamos intervenir.

-Mi señor, hay ya cientos de muertos. Allá por donde pasan, los pueblos son masacrados hasta la más horrible de las muertes.

-Creo que ya hemos hablado de esto. Nunca hemos intervenido en la vida de la superficie, y así debemos continuar. Y tú que has violado nuestra ley al traer a estos seres impuros, serás apartado de la luz de la vida hasta que tu energía se extinga.

-Pero mi señor, en verdad no son extraños. Él es el portador de un fragmento de la piedra de vida y como tal, su pureza es indiscutible. A ningún portador puedo negarle mi ayuda, también está escrito –dijo señalando a Jhorim provocando altisonantes comentarios de los presentes, que se iluminaron alborotados de nuevo radiantemente blancos.

-¿Qué os trae hasta aquí portador? –preguntó el rey ignita mirando el colgante de su cinturón.

Jhorim no sabía bien a qué se referían aunque supuso que hablaban de la reliquia a la que miraban con tanta atención.

-La búsqueda del enviado.

-Ya… ¿Y quién os ha dicho que le podáis encontrar aquí? Ni siquiera le encontraréis en este mundo. De haber venido ya, nosotros seríamos los primeros en saberlo –dijo el monarca con su resonante voz.

-Yo sé a quién estoy buscando. Quizá no sea el mismo que vosotros esperáis. Sé que aquel al que busco está entre los hombres, pues le he visto con mis ojos y sé que él aniquilará al enemigo de mi pueblo –dijo Jhorim sin vacilar.

-Los hombres siempre tan engreídos. Cuando llegue el enviado del señor de la luz, será para unir a todas las naciones. No hará distingos entre especies. Te aseguro que no vendrá para solucionar vuestros problemas domésticos.

-De no estar ya entre nosotros, quizá no quede mundo para salvar a su llegada. Según Tahra iba en rumbo equivocado cuando me dirigía al norte. ¿Cuál es pues la dirección correcta? -dijo Jhorim.

-No hagas mucho caso a Tahra. Es por todos conocido, que cuando el enviado nos honre con su presencia, sin duda se dirigirá al sur. A lo que conocéis vosotros como el abismo de Vandhur. Allí está la piedra madre de la vida –dijo el ignita.

-Bien, pues hacia allí me dirigiré. Te ruego nos indiques una salida para seguir nuestro camino al sur –le pidió Jhorim.

-No te puedo negar mi ayuda si llevas una piedra Edecán de la luz pues en efecto, está en los escritos. Podréis utilizar nuestro mundo para desplazaros y aprovisionaros cuanto deseéis, pero iréis siempre acompañados de Tahra.

-¿Y si como portador os pidiera ayuda para vencer al amo oscuro?

-No tientes tu suerte. No sé por qué habrá llegado hasta ti uno de los tres fragmentos que al principio de los tiempos se puso en

manos de vuestra especie, pero créeme, ni ese fragmento ni los otros dos son nada al lado de la piedra madre; la fuente de nuestra energía. Ahora retiraros. Tahra os dará lo que le pidáis.

Se dirigieron a un pasadizo entre las miradas curiosas de los ignitas. Tahra iba al frente abriendo camino entre sus congéneres. Algunos le palmeaban la espalda como señal de apoyo, pero otros, que igualmente buscaron con interés un buen lugar para ver a la comitiva, cuando llegaban a su paso le ignoraban girando la cabeza ostensiblemente.

Atravesaron el pasadizo y llegaron a una cueva donde no había nadie, y lo único que encontraron fueron unos fardos enganchados a los muros que parecían estar colocados como asientos. Un manantial brotaba del centro de la cueva y se perdía por debajo de una de las paredes.

-No podemos hacer noche aquí. Tenemos que llegar a Dur-Barak para dar la alarma –dijo Jhorim mirando la cueva a su alrededor.

-Podréis usar los pasadizos; llegaréis antes que si viajáis por la superficie. Pero ya esta noche por rápido que vayáis no llegaréis y las compuertas, que comunican nuestro mundo con el vuestro, no se pueden abrir durante el día de la superficie. Es una de nuestras leyes primigenias. Os aconsejo que descanséis ahora que podéis. Mañana tendremos todo el día para llegar a Dur-Barak –dijo el ignita señalando los fardos.

-¿Vamos a dormir aquí? –preguntó Asís.

-Perdonad, pero no estamos acostumbrados a recibir visitas.

-Nada hombre, esto está perfecto para echar un sueñecito –dijo Valtor.

-Tampoco usamos animales. Vuestros caballos se pueden quedar aquí, a un lado. Podrán beber cuanto deseen.

Todos se acomodaron y Tahra se puso una nueva capa con una extraña capucha de cuyo extremo se desprendió un velo con dos agujeros por donde mirar. La luz de la cueva disminuyó casi completamente quedando una acogedora penumbra iluminada por la vista del ignita.

-Por un momento ahí arriba, me has hecho pensar que realmente eres un guardián negro –le dijo Eonna a Jhorim que estaba a su lado.

-En realidad ya no lo soy. He sido expulsado de la orden –respondió con pesar.

-¿Sí? –preguntó extrañada- ¿Qué has hecho? ¿Has matado al rey?

-Algo peor –dijo Jhorim y calló pensativo.

-Bueno, yo creo que hay cosas que nunca se dejan de ser –dijo Eonna rompiendo el silencio-. Había oído hablar del baile asesino de los guardianes negros pero nunca antes lo había visto, y si ahora lo haces con una vestimenta más alegre, pues tanto mejor, ¿No?

-Realmente, también eso lo tengo prohibido. No debería usar ninguna de las habilidades aprendida en la orden para mi beneficio.

-Creo que pedirte algo así en estos tiempos, es como pedirte que dejes de respirar –dijo Ventor que se arrimó interesado.

-Por cierto, no te he agradecido lo que has hecho por mí -dijo Tahra.

-Creo que tú también has hecho bastante, a juzgar por la complicación que te has buscado con tu gente –le contestó Jhorim.

-No todos piensan como nuestro soberano. Somos muchos los que queremos ayudar a los humanos. Esta noche había salido para avisar a las poblaciones cercanas de la llegada del ejército invasor, cuando me sorprendió aquella patrulla.

-¿Qué habrá pasado con los inquilinos de la posada? –preguntó Asís.

-Los que hayan tenido suerte estarán muertos. El resto serán esclavos por el tiempo que les duren sus fuerzas, incluidos mujeres y niños. Si entre ellos había algún arconte, sin duda se habrá corrompido –le contestó Tahra.

-Vosotros sin embargo, aquí abajo aislados, no tendréis enemigo alguno –dijo Ventor.

-De vez en cuando, encontramos alguna lombriz gigante, pero no son enemigos de nuestra especie, solo defienden su terreno.

-¿Cómo podéis habitar aquí, ocultos de la luz del sol? Todo ser vivo necesita del aire puro y la naturaleza para vivir –dijo.

-Nuestra luz es la desprendida por la piedra de la vida de donde proviene nuestra energía. No necesitamos nada más. Ni comer, ni dormir, ni respirar. Cada estación exterior nos acercamos a ella, en el abismo de Vandhur para colmar de nuevo nuestro ser, pues con el paso del tiempo la energía se debilita –explicó el ignita.

-¿Y cómo sabéis tanto de nosotros, si siempre estáis aquí abajo? –le preguntó Jhorim.

-Porque nuestra energía interior siente vuestra fuerza de vida. Así sabemos exactamente el lugar donde se encuentran los ejércitos del señor oscuro, pues el mal es también fuerza de vida, pero corrupta. Nuestro mundo se extiende por debajo del vuestro en toda su dimensión y en cualquier sitio podemos sentir las fuentes de vitales.

En la penumbra se sintieron cálidamente confortados. La luz que desprendía aquel personaje por los ojos le hacía misteriosamente interesante, y las preguntas se sucedieron durante parte de la noche

hasta que cayeron en un profundo sueño, ajenos a la guerra de la superficie.

Pasadas unas horas, Tahra les despertó. Desayunaron frugalmente pan duro, carne curada y frutos secos. Cuando hubieron terminado salieron de la cueva abovedada en la que se hallaban y fueron guiados por el ignita a un gran corredor completamente recto, del que no se veía el fondo y por el que transitaban aquellos seres iluminados en ambos sentidos.

Los caballos estaban desorientados en el interior de aquel deslumbrante túnel y a media jornada los jinetes también se encontraban mareados, por la falta de aire fresco. El camino se tornó angustioso entre las miradas curiosas de los que les veían, hasta que dejaron la galería por un pasadizo que desembocaba en otra gran explanada.

-Bien hemos llegado. Ahora estamos cerca de Dur-Barak –dijo el ignita.

-¡Bendito sea el hacedor! –exclamó Valtor-. No veo el momento de salir a respirar.

-Aún debemos esperar, pero os llevaré cerca de la superficie. A la misma puerta que cierra el exterior.

-¿Desemboca dentro de la ciudad? –preguntó Jhorim.

-No. Debajo de la ciudad duerme algo que nunca debe despertar. Nadie debería perturbar su sueño –dijo.

-¿El qué? –preguntaron a la vez desconcertados.

-Nada de lo que vosotros os debáis preocupar.

Se miraron extrañados por aquellas palabras que parecían ocultar un horrible secreto, pero no insistieron pues vieron al ignita decido a preservar el misterio.

-¿Vendrás con nosotros? –le preguntó Eonna.

-No.

-Lo cierto es que sería de gran ayuda que alguien como tú hablara al consejo. Yo ni siquiera me podré acercar a ellos –dijo Jhorim-, pero seguro que de ti no dudarían.

-Somos de mundos diferentes. Antes me observarían con curiosidad que escuchar mis palabras, pues muy pocos hombres han visto a alguien de mi especie.

-Tendrías que ver la ciudad. Hay gentes de todas las razas.

-Sabed que estas puertas que comunican con la superficie, no se han utilizado apenas desde que yo tengo memoria. Si me arriesgué a usarlas fue para avisar a los vuestros del mal que os acecha, pero ahora ya estáis vosotros para dar la voz de alarma. Estoy seguro de que sabréis la manera de haceros oír –dijo el ignita.

-Sea pues. No voy a insistir más -dijo Jhorim.

-Escucha portador. Todos tenemos nuestro camino. Hasta el

más insignificante de los hombres tiene una misión en esta vida. A ti se te ha encomendado un fragmento de la piedra de la luz. No flaquees en tu propósito pues de ti quizá dependa el destino de muchos.

-Sí. Así lo creo yo también. Se me ha dado la oportunidad de arreglar lo que estropeé –dijo Jhorim esperanzado.

-Hay otra cosa... somos muchos los que pensamos que el enviado ya está en el mundo, pues cuando llegue hasta nosotros lo hará desde allá arriba, desde donde vosotros habéis venido. Quizá sea el que tú buscas. Si el amo oscuro llega a conquistar la superficie será cuestión de poco tiempo que llegue también hasta nosotros

-Sí, es probable. Haríais bien en convencer de eso a vuestro rey.

Subieron por una rampa a otra cueva en la que había un resorte parecido al del lugar por donde entraron. Tahra lo activó y la gran pared que cubría la entrada, giró sobre sí misma dejando paso a una bocanada de aire fresco con olor a jazmín.

Capítulo 6

La Mancha Negra

Radeon ahora pensaba que debía haberse implicado más en los asuntos del poblado. Siempre hablaba de la necesidad de organizarse para defenderse de las agresiones que tan a menudo sufrían y sin embargo, nunca quiso presentarse a la asamblea de su aldea para ser nombrado senescal de toda la comarca, tal y como le pedían sus vecinos.

Era un hombre tranquilo, cuya máxima preocupación consistía en recoger la siembra y atender a su escaso ganado para obtener el sustento familiar. Ahora recordaba aquellos cotidianos momentos con melancolía mientras apoyaba la cabeza entre los barrotes de su jaula. Creía llevar varios días encerrado en aquel mugriento lugar, aunque no lo podía asegurar, pues en aquellos subterráneos no se veía la luz del sol. De algo sí estaba seguro: le iban a matar. Había visto morir a su mujer a manos de aquellas bestias sin poder hacer nada para evitarlo. Una y otra vez veía el momento en que ese horrible ser arrancaba de un mordisco parte de su cuello. Los últimos sollozos de ella se repetían sin cesar. Con la vida de su amada esposa se fue también la suya; en la más absoluta desidia esperaba con indiferencia el momento de reunirse con ella. Pasarían apenas unos días desde aquello y se preguntaba por qué no le mataban todavía. Fueron muchos los que a su alrededor eran torturados hasta morir. El pegajoso hedor a sangre flotaba en el aire y se le introducía por la nariz para quedar alojado en su pensamiento. Se quedaba ido durante largas horas viendo el tintineo de las sombras bailar sobre la luz amarilla de las antorchas, y cuando despertaba lo hacía entre gran tumulto de gritos de sufrimiento y desesperación.

Aquella cueva en la que se encontraban era enorme. Habría sitio en todas las jaulas para el pueblo entero. Pensó en sus hijos, quizá hubieran escapado. Desde que llegó, recorrió con la vista varias veces todas las celdas que, en varias alturas, colgaban en la pared de enfrente. Aunque había muy poca luz creía estar seguro de no haberlos visto. Esa idea le rondaba la cabeza con la misma debilidad con la que se movían aquellas temblorosas sombras que le rodeaban, aun así, bastaba para sustentar el fino hilo de cordura que le mantenía en contacto con la realidad.

De entre todos los capturados de su comarca, pudo distinguir

a un grupo de desdichados pertenecientes a la raza de los arcontes, a quienes las repugnantes bestias habían contaminado. Su aspecto ya no era el mismo. Cualquier rastro de carne desapareció de sus cuerpos que ahora lucían sus osamentas a través de la piel. Libres de sus jaulas seguían a sus nuevos amos, y algunos pasaron a ser carceleros de su propio pueblo. Radeon pudo ver que casi todos los presos eran conducidos a algún sitio de donde volvían exhaustos al cabo de varias horas, llegando a formarse una tediosa rutina que apagaba sus vidas. Pero aquel día era diferente, a los guardias se les veía aparentemente nerviosos. Iban y venían en un continuo correteo. Ningún preso había salido a trabajar y a los pocos que no habían ido nunca, entre los que se contaba él, les lavaron tirándoles cubas de agua fría.

Llegó por fin un capitán alado acompañado de su escolta y los guardias se irguieron esperando órdenes.

-Me quedo con tres cebados- dijo.

-¡Sí señor! ¿Cómo los quiere...? ¿... los llevará andando o troceados? –preguntó el guardia con sorna acercando su pestilente mandíbula a la cara de Radeon.

-¡Imbécil! Más te vale que lleguen enteros o te arrancaré la cabeza –le respondió gritando el capitán-. Pónmelos en una cinta de mano.

-¡Sí señor! –respondió inclinando la cabeza, mientras sacaba una cuerda y varias cañas huecas pero robustas de un recoveco.

Los guardias pasaron los dos extremos de la cuerda por el interior de una caña y cerraron el lazo apretando el cuello de Radeon. Sin hacer ningún otro nudo colocaron al siguiente preso y pasaron otra caña para colocar después al tercero. En el extremo colocaron una última caña y le tendieron la cuerda ya anudada al capitán.

Ir atado de aquella manera obligaba a los presos a andar casi a la vez, impidiendo cualquier intento de fuga; si alguno quería quitarse la soga del cuello, tendría que tirar de la cuerda de los demás provocando su asfixia y lo mismo ocurría si alguno se detenía. Lo peor era avanzar por los recodos de los túneles, por los que el capitán les guiaba; en cada esquina la marcha aminoraba hasta casi detenerse, pues los prisioneros giraban dolorosamente la soga alrededor de sus escocidos pescuezos.

Así caminaron atravesando varios tramos de distintos niveles y, aunque no fue muy larga la distancia recorrida, a Radeon aquello se le hizo eterno.

Por fin llegaron a un gran arco socavado en la roca. Estaba flanqueado por dos guardias que al ver al capitán saludaron dejándole entrar. El arco dio paso a una gran cavidad natural. Radeon, aun ocupado en no tropezar, quedó impresionado al ver aquel sitio. Debía tener cincuenta metros de altura y el doble de largo. La tierra de las

paredes era roja por la parte más baja, pero cambiaba a un color verdoso a medida que se acercaba a la bóveda. En el centro de la sala había un agujero por el que se podía entrever un profundo abismo de donde salía calor y una fuerte luz amarilla que iluminaba la sala. Por encima del agujero, sustentado por cuatro robustas columnas de piedra, se levantaba algo parecido a un altar sobre el que reposaba un sobrecargado sillón de marfil. Enfrente, asomaba un mapa en relieve esculpido en el suelo; mostraba todo el mundo conocido, y lo observaban tres bestias que permanecían en silencio. Radeon pudo verlos detenidamente. Aunque sus cabezas estaban ocultas por una capucha oscura, en las caras relucía una rojiza costra que perfilaba la forma de sus calaveras. Los ojos se escondían en la sombra de sus cuencas y en el lugar de la nariz solo se veía un hueco oscuro.

De pronto, algo perturbó el lugar. Radeon dejó de escuchar por un momento cuando sintió una fuerza que le cerró los tímpanos. Entonces pudo ver la figura de un hombre de más de dos metros acercarse al altar. Su rostro estaba descubierto y, pese a ser el de un anciano, tenía el cuerpo de un joven musculoso, como si cabeza y cuerpo pertenecieran a personas distintas. Sin duda era una aberración de la naturaleza. Del cuero cabelludo le salían unos pocos pelos blancos, muy largos y desordenados. En el estómago, su túnica negra abierta hasta el ombligo, dejaba entrever el resplandor de una luz verde. Por alguna razón la imagen de aquel ser se veía temblorosa. Radeon buscó alguna hoguera entre ellos dos pensando que la perturbación de su vista era debida al calor, pero no encontró nada parecido.

Cuando subió al altar las tres bestias se arrodillaron con las cabezas inclinadas. El ser se sentó lentamente reposando las manos sobre el abdomen.

-Mi amo, vuestros ejércitos van creciendo cada día. Los nuevos escuadrones se están agrupando frente a los túneles de Hurug-Madöh, tal y como vos ordenasteis –dijo uno de los tres generales.

-Me agrada que se cumplan mis órdenes. ¿No tienes nada más que contarme? –preguntó sin mover la boca con una exhalación que parecía salir del mismo ombligo.

-No… No Señor – respondió titubeando.

-¿Qué ocurrió en Hurug-Madöh?

-¡Oh! Nada señor una pequeña escaramuza.

-¿Nada? Miserable escoria, ya deberías saber que veo lo que tú ves –dijo levantándose, y abriéndose la túnica por completo dejó al descubierto el torso.

-Amo, utilicé una pequeña piedra del mineral negro, tan pequeña como una judía, solo para probar su poder. ¡Perdonadme mi señor! –clamó arrodillándose de nuevo.

-¡Maldito imbécil! No ha llegado aún la hora oscura para la tierra de los hombres. No todavía –mientras hablaba la luz verde procedente de su barriga comenzó a crecer en intensidad. El general se movió arrastrado hacia ella, mientras gritaba y se agarraba a su vez el vientre. Cuando llegó a los pies de su amo, se alzó empujado por aquella fuerza y su pecho tropezó con la base del altar. Incapaz de avanzar más, quedó suspendido con las piernas por encima del abismo y una protuberancia surgió de su estómago. Por más que se cubría el general, el bulto seguía creciendo como si deseara salir a través de su carne. Cuando por fin la tripa del general se desgarró, su cuerpo se liberó de aquella fuerza cayendo por el abismo, y una piedra negra voló rodeando la plataforma hacia la mano del amo. Los alaridos del general resonaron alejándose en el hueco bajo el altar.

-Y bien, que noticias me traes tú –dijo el amo sombrío mirando al siguiente, como si nada hubiera pasado.

-Mi señor... aunque la extracción del mineral negro es lenta por lo difícil que es encontrarlo, tenemos ya varias carretas llenas –respondió sobrecogido mirando el cuerpo luminoso de su amo.

-¡No es difícil encontrarlo! ¡El mineral desea ser encontrado! En cualquier sitio que veas una tierra yerma, donde no crecen las plantas, donde no vuelan las aves, o donde sus gentes estén pálidas y enfermizas, allí deberás buscar.

-Mi amo, así lo hacemos. Cualquier valle o lugar sospechoso se levanta por entero, pero es mucho trabajo, necesitamos más esclavos.

-No hay tiempo para hacer más esclavos. Exprime hasta la última gota de sangre de tus prisioneros y recoge hasta el más pequeño guijarro. En cuanto tengas el mineral preparado se lo darás a mi nuevo general -dijo observando a los tres presos y mientras apretaba la piedra negra del general fallecido, dirigió la mirada al tercer mando.

-Mi señor, nuestros espías en Dur-Barak nos informan de que hay gran agitación en el seno de la orden. Desde hace años hemos investigado sobre el paradero del enviado y han muerto muchos de nuestros informadores descubiertos por sus Augur, pero ahora se mueven sin cuidado, sin ningún secretismo. Muchos jinetes negros han llegado de otras ciudades y hacen batidas desordenadas dentro y fuera de Dur-Barak. Lo que nos hace pensar que el enviado se ha desplazado de la ciudad y no está ya bajo su custodia.

-Manda a cualquiera que pueda volar a los alrededores de Dur-Barak. Ahora será fácil detectarle. Los jinetes negros no estarían tan nerviosos si el chico estuviera protegido por el talismán. Pronto podremos mandar también las tropas, cuando caiga Dur-Barak, pero aún habrá que esperar un poco más.

-Sí, mi señor –dijo el general.

-No me falles. Ya sabes cuál es el destino del que fracasa.

-Sí, mi señor.

El amo Sombrío bajó del templete y se dirigió hacia donde estaban Radeon y los otros prisioneros. Con un gesto de la mano apartó al capitán que llevaba la ristra, quien al momento abandonó la sala con la cabeza inclinada y sin darle la espalda. Con las manos arrancó el nudo de la última caña, y dejó libre al primer prisionero que postrándose gimoteó clemencia. Pero el engendro no se apiadó y extendió el brazo hacia él. Entonces Radeon pudo sentir de nuevo el vacío en sus oídos, pero esta vez con tanta fuerza que le dolieron. La cabeza de aquel desdichado estalló en mil pedazos. El ser agarró la otra caña y miró al siguiente, quien estaba salpicado por la sangre del primero. Este, presa del pánico, intentó librarse sin darse cuenta de que al hacerlo oprimía también la garganta de Radeon, quien permaneció firme esperando la muerte por asfixia. Aquella actitud no pasó desapercibida por el amo Sombrío que le dirigió la mirada observándole, mientras zarandeaba con fuerza al segundo. Pero Radeon no cedió. Ya estaba cansado de todo aquello, sin la luz de su mujer se encontraba vacío y sin ganas de vivir. Entonces escuchó otra vez un golpe hueco y su cara quedó salpicada de la sangre caliente de su compañero. La presión del cuello cesó, pero ahora sentía una fuerza todavía mayor que le obligaba a abrir la mandíbula. El engendro le agarró con una mano por el hombro mientras con la otra le metía la piedra negra por la boca hasta la garganta. Radeon era incapaz de hacer nada para librarse de aquella energía; sentía el ardor de la piedra en la garganta y los nudillos de la mano gélida en su paladar. Aún con los ojos teñidos de sangre podía ver el brazo de la bestia moverse lentamente buscando indiferente una mejor postura.

Cuando la piedra pasó por la garganta, los sentidos de Radeon se turbaron. Por fin supo que el extraño le dominaba por completo, y podía manejarle como quisiera. En un momento, todos sus recuerdos quedaron relegados, su familia, sus campos, su hogar; ahora no tenían importancia. La figura oscura se convirtió en su única prioridad en la vida. Algo le estaba cambiando desde lo más profundo de su interior. Su voluntad se quebró y pasó a ser de aquel que desde ese momento sería su amo y una única idea le dominó: cumplir sus deseos, complacerle. Y aquello se tornó en una profunda ira y odio por lo que no agradaba a su venerado señor. Entre fuertes convulsiones perdió el conocimiento, cayendo inerte a los pies de su malvado dueño.

Radeon despertó acostado en una confortable cama hecha con cuero de caballo. Había dormido durante dos días enteros y estaba hambriento. Se incorporó poniendo los pies sobre el suelo de madera y apoyando los codos sobre sus rodillas, se echó las manos a la cara. No reconoció las costras que palpaba, por lo que se levantó de un brinco profiriendo maldiciones.

-¡Por todas las lunas! ¡Qué es esto! –gritó.

-Mi general, ¿está bien? –se escuchó una voz detrás de la puerta.

-Sí... Sí... –contestó después de mirar alrededor y comprobar que estaba solo.

-Señor, soy su ayuda de cámara, ¿puedo entrar?

-Un momento... –dijo aún desorientado, sin saber dónde se encontraba.

-Mi general. Me envían para ayudarle.

-Adelante.

Una bestia con alas plegadas a la espalda y una envergadura de dos hombres apareció en la puerta. Mostrando una reverencia y sin levantar apenas los pies, caminó al interior de la habitación. Radeon se asustó al verlo e instintivamente retrocedió hacia la cama. Entonces sintió un calor intenso en su estómago que se extendió por todo su cuerpo. Aquella rara sacudida le hizo creerse invencible y miró a la bestia con desdén.

-Mi general, soy Turon. Me ha sido ordenado servirle en todo lo que necesite. Ahora es el momento de hacer revista a las tropas.

Radeon se quedó observando a la bestia y vio que esta le temía, pues no se atrevía a mirarle a la cara y desprendía un olor hasta ahora desconocido para él: miedo. Recordó la impotente sensación de sumisión hacia su amo, el señor oscuro. Ahora notaba algo parecido. De alguna manera esa bestia y él estaban también unidos, pero esta vez él era el más poderoso. Aquello le empezó a gustar. Sin saber bien lo que hacía, extendió la mano y deseó que se postrara a sus pies.

Turon cayó al suelo de rodillas con ambas zarpas en la cabeza y con un apagado hilo de voz, como si le faltara el aire, pidió clemencia.

-Perdón mi señor... Siento haberos molestado...

-Yo soy dueño de mi tiempo, ahora comeré algo –dijo liberándole.

-Sí, mi señor –respondió y se retiró arrastrándose de rodillas.

Radeon se frotó las manos admirándose del nuevo poder que había adquirido. Después miró la habitación de nuevo. Era muy modesta: una mesa, una cama y una silla sobre la que había una túnica negra. Llegó a la conclusión de que era una estancia muy

humilde para alguien tan poderoso como él. Extendió la mano y deseó mover la silla, pero no se movió. Se concentró intentándolo una y otra vez, pero no hubo ningún cambio. El poder solo parecía actuar sobre los seres vivos.

Una vez hubo terminado las viandas servidas por Turon, se puso la túnica y los dos salieron a campo abierto. Allí había esperando una legión de excretores: seres malolientes con forma humana, que rezumaban por su piel un líquido denso parecido a la manteca. De mirada atontada y pómulos marcados, eran muy desordenados y de apariencia indisciplinada. A Radeon le extrañó que fueran siquiera capaces de formar filas guardando la distancia, pero entonces sintió aquella rara sensación que le hacía creerse parte de ellos. Sentía un vínculo invisible uniéndole a ellos y colocándole por encima de todos. Cualquiera de sus órdenes se cumpliría al instante pues de no ser así, la misma esencia maligna que todos compartían y de la que todos dependían, les mataría.

El general continuó la revista por las llanuras de Sallhrom, y quedó impresionado al encontrar engendros, desconocidos por el hombre, que parecían ser el fruto de crueles transformaciones de animales salvajes.

En su antiguo poblado, más allá de la cordillera de Vandoria, también llegaron las escaseces de la guerra. Ni suministros, ni comerciantes viajaban entre las ciudades porque eran atacados y no se sabía muy bien por quién. Los que se aventuraban a hacer viaje lo hacían escoltados por las tropas reales o por mercenarios pagados. Mucho habían cambiado las cosas en los últimos tiempos, pero las autoridades culpaban de todo a bandas de asaltantes o a un desmandado ejército de un enemigo por determinar.

Ahora sabía que la guerra ni siquiera había empezado, que no había alianza en la tierra de los hombres capaz de detener las huestes del señor de la oscuridad. Y si todos vivían en la ignorancia como hasta ahora lo había hecho él, el golpe sería fulminante.

Radeon atravesó la llanura guiado por su ayudante y allá por donde pasaba, las tropas le mostraban su respeto fruto del miedo. Conforme avanzaba, los soldados callaban; solo se escuchaba el ruido de las ropas movidas por el viento y los jadeos de las bestias. La vertiginosa sensación de poder a la que todavía no se había acostumbrado le provocó escalofríos, aumentando su malestar por el desapacible tiempo invernal. En una tierra gris donde el sol no brillaba y el horizonte se difuminaba incapaz de separar el cielo del suelo rocoso, su único abrigo era una túnica con capucha. Se la ciñó un poco por ver si al menos podía protegerse del pertinaz viento y continuó con el ánimo en el corazón de satisfacer a su adorado señor.

Llegaron de nuevo a la falda de la montaña y se adentraron

por una gruta a un entramado de túneles. Una cálida ráfaga de aire caliente golpeó la cara del general que se relajó confortado. Los estrechos pasillos apuntalados por maderos dejaron paso a una cavidad de gran altura, en la que el general quedó deslumbrado al mirar dos grandes fraguas. El lugar rezumaba vida, los herreros se movían ocupados de un lado a otro, envueltos por el calor de la forja y el sonido de los yunques. Radeon pudo ver a contraluz dos figuras que permanecían inmóviles. Se acercó con curiosidad hasta su lado y tosió a propósito, pero estos permanecieron sin inmutarse. Extendió su mano deseando su postración como antes hiciera con su ayuda de cámara. Los extraños por fin se movieron y girándose mostraron sus caras sonrientes. De sus frentes sobresalían piedras pulidas colocadas en un dibujo simétrico. Eran más altos que él con cara ruda y arrugada.

-Este debe ser el nuevo cascarón –dijo uno a otro sin prestar atención al general.

-Sin duda. Y todavía guarda memoria de sí –respondió el otro.

-No te esfuerces general. No sabes con quién estás tratando.

-Mi nombre es Radeon y no, he de reconocer que estoy sorprendido.

-Somos maestros de la piedra. Aquello que te da fuerza para vivir y que pronto te dará nombre es la esencia con la que nosotros trabajamos –dijo uno.

-Tienes en tus entrañas una de las tres piedras Edecán del núcleo negro de Sallhrom –dijo el otro.

-Eres la cáscara que protege el fruto maldito –añadió el primero confundiendo a Radeon que no sabía a quién dirigirse.

-Y ya está floreciendo. Tu coraza pronto quedará destruida.

-Nuestro espectro está hecho del mismo polvo de la piedra. Nosotros moldeamos y trabajamos el mineral execrable que en estas montañas se extrae.

-Según su pureza le daremos su aplicación apropiada.

-Ven con nosotros y te mostraremos –dijo uno extendiendo la mano hacia la parte posterior de la cueva que se ensanchaba en otra bóveda.

-Estas bestias que vas a ver se forman influidas por el mineral –dijo el otro mientras caminaban hacia un grupo de jaulas.

En la primera jaula, algo parecido a una gran rata de pelaje oscuro giraba sobre sí misma en busca de su cola. Debía ser tan grande como un lobo, y sus colmillos sobresalían bajo su cabeza. Cuando llegaron, se calmó sumisa ante la presencia de los maestros de la piedra.

-Esta es una rata vulgar y corriente. No la hemos tratado. De

vivir aquí en la mina, en contacto con el mineral ha quedado en esto. Créeme, son muy útiles; se enfurecen en presencia de los hombres –dijo mientras acariciaba su cabeza.

En la siguiente jaula, Radeon vio lo que sin duda debía ser un caballo, aunque tenía en sus extremidades y en la grupa prominencias de hueso, y prolongaciones de las articulaciones verdaderas que sobresalían de la piel formando pequeños escudos óseos. Su tamaño era una cuarta más grande de lo normal y mostraba dos grandes colmillos fuera de su hocico, más propios de un animal carroñero que de un caballo.

-Estos son de los más difíciles de doblegar. Hay que alimentarlos durante días con una mezcla alta en polvo negro para que comiencen a verse los resultados. Su lealtad es tal que si su jinete se lo pidiera, moriría galopando sin parar a descansar. La raza equina es de las más orgullosas que conozco –dijo el maestro negando con la cabeza en un gesto de incredulidad.

La siguiente jaula estaba ocupada por un hombre de semblante pálido y aspecto enfermizo. Al verles llegar no hizo nada, se quedó sentado en el suelo.

-Y he aquí nuestro gran enemigo: el hombre. El espécimen más abundante de los rivales de nuestro amo. En estos seres la piedra actúa de diferentes maneras. Por lo general, mantienen su voluntad pero torcida de una u otra manera. Suelen quedar aislados de sus congéneres, ya sea de sus vecinos o familiares. Se vuelven avariciosos, codiciosos e irascibles, pero lo mejor es que pierden las ganas de vivir. La piedra les retrae a cada uno dentro de sí y, aunque es más difícil que se organicen para luchar contra nosotros, algo les impulsa día a día a aferrarse a la vida y sobrellevar su apatía. Es mejor utilizarlos como esclavos que desaprovechar en ellos el precioso polvo negro.

-Sí, es una raza muy peculiar y aunque no se les pueda contaminar por completo, en algunos casos resulta interesante utilizar su falta de lealtad en nuestro favor –dijo el otro maestro.

-Los Augur son caso aparte –dijo señalando la jaula siguiente donde había uno apretándose la cabeza con los antebrazos.

Estos mueren antes de ceder. Muy pocos prestan obediencia al poder oscuro, pero aquel que lo hace vale por cientos. El consejero Ávaron, mente asesina sin igual, es la mano derecha de nuestro amo. Ya le conocerás. Es una de nuestras mejores obras Augur –dijo el maestro orgulloso.

-A los excretores ya les has visto, no son más que arcontes. Esta raza desde que nace camina muy próxima al mal, solo hace falta empujarles con una ligera brisa. Respirando una simple emanación muestran su verdadera naturaleza.

Radeon se separó de las jaulas meditabundo, sin quitar la

vista del Augur a quien parecía que la cabeza le iba a reventar. Algo le decía que los maestros de la piedra no mentían, y él solo era un cascarón que pronto dejaría de existir para transformarse en otro ser. Ahora se miraba y no se reconocía, sentía cierto regocijo al ver sufrir al Augur. Pensaba que aquello le gustaría a su amo y eso le hacía percibir un cosquilleo muy agradable por todo su cuerpo que le erizaba el bello. No opuso resistencia al seguro devenir de su futuro. Apretó sus manos dirigiéndolas hacia aquel desdichado y le odió con todo su pensamiento, pero este no se alteró. Sin embargo, el arconte de la jaula contigua comenzó a gritar como si el general le estuviera torturando; golpeando su cabeza una y otra vez contra los barrotes como si quisiera apagar un cruel dolor insufrible. Al ver al arconte por fin tirado en el suelo exhausto, Radeon cesó su esfuerzo y completamente satisfecho se carcajeó gritando su exaltación.

-Bien, ya estás listo para ver otra vez al amo. Pronto tus únicos pensamientos serán los de la piedra Edecán, pero antes debo advertirte de tu nuevo poder. Solo es útil con aquellos que de alguna manera se han sometido al polvo negro. Recuérdalo, porque quien no comparte la esencia maligna no es controlado por ella –dijo el maestro de la piedra mientras hacía gestos al ayuda de cámara para que se acercara.

Turon continuó guiando al general por los túneles de la mina hasta llegar a la gran bóveda en la que Radeon conoció a su venerado amo. Allí estaba él charlando con el consejero Augur. Ambos parecían estar esperándole.

-Mi señor, es un honor presentarme ante vos –dijo poniéndose de rodillas frente al templete, sintiéndose realmente afortunado por volverle a ver.

-Levanta Radeon. Es hora de que te dé las órdenes que dirigirán mis ejércitos. Mi consejero me advierte de que es precipitado confiar en ti todavía. ¿Tú qué dices?

-Mi señor, mi voluntad es vuestra. Nada me complacería más que cumplir el más pequeño de vuestros deseos –dijo Radeon levantándose.

-Ya habéis oído mi fiel consejero Ávaron –dijo el amo oscuro dirigiéndose al Augur.

-Mi señor, en su estado la mayor parte del tiempo que habléis con él sin duda estaréis hablando con la piedra Edecán, pero mejor que nadie conocéis la volatilidad de la esencia humana. No hace falta que os recuerde que vuestro último general, aun después de tanto tiempo alojando a su huésped dentro de sí, os traicionó para experimentar con el poder del mineral. La raza humana es una incógnita, ni siquiera una de las tres piedras pudo dominarle

enteramente.

-Mi querido y desconfiado Ávaron, los hombres son los anfitriones perfectos porque en ellos el mal se confunde con su propia naturaleza. Una vez dentro dejan de ser lo que fueron y para ellos todo deja de existir. Todo salvo yo y ellos mismos. Es por eso por lo que la piedra aumenta su codicia, lo que me complace; ya tengo miles de excretores incapaces de pensar por sí mismos.

Ávaron calló inclinando su sobrio semblante.

-Yo os daré la victoria si me mandáis al frente de vuestras legiones. No os decepcionaré –dijo Radeon que emocionado por el apoyo recibido miraba la anciana cara de su señor con fervor.

-Todo pasará en su momento –contestó Ávaron extendiendo la mano para calmar al general-. Mis espías me informan de que los hombres están asustados después de haber conocido a algunos de nuestros hermanos. El rey pronto enviará el grueso de sus tropas a proteger la tierra de los arcontes, Páramos Cenagosos.

El consejero bajó del templete y señaló el mapa del suelo.

-Lo que ignoran ellos es que ya hemos terminado los túneles que comunican las minas Sallhrom con los páramos –continuó el consejero.

-¡Eso es magnífico! Serán millones de excretores más a nuestro servicio –dijo Radeon de nuevo entusiasmado viéndose ya al frente de todos ellos.

-Bueno, bueno... Pero debemos esperar, pues si entráramos ahora seríamos descubiertos por los halcones de la torre sagrada, y las tropas reales se fortificarían en Dur-Barak haciéndolo todo mucho más difícil –dijo el consejero.

Ávaron se reclinó sobre el mapa dispuesto a continuar con la explicación de sus planes. Disfrutaba dando los detalles de su creación. Le hacía sentirse indispensable para su señor.

-En el momento en que las tropas salgan de Dur-Barak iniciaremos un doble ataque. Un pequeño destacamento se adentrará en los páramos de Arcontia extendiendo tu poder, mi amado señor, por toda esa región. Al mismo tiempo, todas las legiones atravesarán la cordillera de Vandoria por los túneles de Hurug-Madöh. El ataque será devastador, desde el norte arrasaremos cada poblado, cada aldea; ningún humano sobrevivirá. Ya no necesitaremos esclavos, pues el mineral que ahora se extrae en las minas será usado en la inminente guerra.

-¿Y las tropas reales? –preguntó Radeon.

-Cuando lleguen a los páramos serán atacadas por los propios arcontes, que ya entonces serán excretores, ya que nuestro destacamento allí enviado extenderá la fuerza del mineral en unos días. No hace falta recordar que la raza arconte está predispuesta a

aceptar el mal.

<La resistencia de Dur-Barak quedará muy mermada, con la única defensa de unos pocos soldados. Además, nuestras legiones llevarán allá donde vayan carretas del mineral negro.

El miedo dominará el corazón de los hombres y sus ánimos desaparecerán. Ya hemos visto cómo funciona el polvo de la muerte; las bestias domesticadas por los humanos se volverán contra ellos, no podrán confiar en ningún ser vivo y de sus compañeros solo recibirán indiferencia, cuando no traición.>

-Si todo es como dices, no veo tan necesario esperar a que salga el ejército de Dur-Barak. Entremos en los Páramos por el oeste, iniciemos el ataque por el norte y caigamos a la vez sobre la capital– dijo Radeon.

-Dur-Barak está muy bien protegida. Tiene dos castillos que deberán caer intactos en nuestro poder. El de la orden sagrada, que será donde mi señor se instalará y desde el que gobernará sobre toda criatura, y el de marfil, desde donde yo cumpliré sus designios –dijo el consejero mirando al amo oscuro con un destello de desconfianza en sus ojos.

-Como ves, mi inexperto general, Ávaron lo ha pensado todo –intervino el amo oscuro-. Apenas tendréis que dirigir a los excretores en un paseo triunfal.

-Será un honor para mí rendiros las ciudades, mi señor –insistía Radeon.

-Todos estáis deseando servirme; incluso los excretores quieren atacar a los hombres ansiosos de comer algo que no sean las ratas de por aquí, pero sabed que no consentiré el más mínimo error. Tu predecesor cometió una estupidez que estuvo cerca de desbaratar mi estrategia. Aquí nadie es imprescindible, solo yo –dijo mirando a Ávaron.

Los dos callaron, temerosos por el tono en que había dicho algo que para ellos era completamente evidente. El amo oscuro no solía hablar por dar conversación.

-General, saldrás con las legiones hacia el este, a los túneles de Hurug-Madöh –continuó el amo oscuro-. Esperad allí mis órdenes que enviaré con un advento. Cuando llegue la hora, la marcha será rápida, los excretores deben ir ligeros.

-Sí, mi señor.

-Ahora iros, no quiero veros más hasta que Dur-Barak haya caído.

Los dos salieron mostrando su respeto con una reverencia de cabeza. Radeon se fue triste pues ansiaba la presencia de su amo. Cuando estuvieron fuera Ávaron le detuvo.

-Te estaré vigilando. No consentiré que tu parte humana

traicione a mi señor –le dijo.

-Yo estoy seguro de mi lealtad, ¿lo estás tú de contar con su favor? Yo no llevaría mucho equipaje al castillo de marfil.

-Te estaré vigilando –repitió enojado señalándole con el dedo índice sobre el pecho.

A la entrada de la bóveda le esperaba Turon.

-Vámonos –le dijo-. Salimos con las tropas. Da tú las órdenes.

-¿Ahora mismo? –preguntó Turon extrañado.

-Sí. La hora de los hombres está próxima.

Capítulo 7

Pasaban los días y Etham no mostraba mejoría. Aunque podían alimentarlo y aparentemente se encontraba bien, él no respondía, permanecía ausente sin reaccionar a la presencia de sus amigos. Ningún miembro de la expedición abandonó la colina. Esperaban con preocupación su recuperación y aunque confiaban en los cuidados que el eremita le dispensaba, el desánimo se impuso en ellos. Las horas se alargaban hasta el hastío y se entretenían entrenando. Murghos les enseñaba técnicas de combate de la guardia sagrada. Leratham trataba de adiestrar ineficazmente a Bentor en el lanzamiento de dagas y Erick les instruía en la preparación de emplastos medicinales. Aprovechaban cualquier momento para entrar a visitar a Etham y darle ánimos.

-Mozalbete, tendrás que espabilar si quieres mostrar tu valía –le dijo Murghos.

-Es inútil, el mal ha calado profundamente. Yo ya lo he intentado todo, pero de nada sirve; está completamente encerrado –dijo Erick.

-Si tú te rindes estamos perdidos, viejo hechicero.

-No temas, soy terco como una mula. Etham saldrá adelante o yo caeré al pozo con él.

Murghos se sentó en el arcón mientras apretaba un buen pellizco de tabaco en la pipa del anciano. Al encenderla pensó que alguien capaz de preparar una picadura tan formidable, sin duda dominaría todos los secretos de la herbología.

-No sé qué voy a hacer cuando no tenga este tabaco tuyo al que tanto me he aficionado –dijo echando el humo por la nariz.

-Bueno, más me habría valido enseñarte la manera de hacerlo y así no habría visto tan mermada mi bolsa –le contestó el anciano riendo complacido.

-¡Viejo tacaño! Enséñame el secreto y te haré diez bolsas como estas –contestó el guardia sagrado riendo sorprendido.

Se levantó y después de comprobar que no había nadie cerca de la puerta, la cerró para dirigirse a Erick con preocupación.

-Ayer bajé por la colina y llegué al camino de Dur-Barak. Allí pude ver muchos carros llevados por gentes pertrechadas con equipaje, pero no ropas y apaños, sino enseres y muebles. Me acerqué a un jinete para interesarme por la razón de su viaje, y este me

respondió con miedo en sus ojos que las hordas del mal acechan desde el norte. Me gritó que no había tiempo para charlar mientras espoleaba su caballo y huía galopando –dijo Murghos preocupado.

-Ese camino es muy poco transitado. La capital es la población más cercana, pero muy mal tendrían que estar las cosas para que la gente huya de allí. ¿Tú qué crees? –preguntó el anciano.

-No he querido decir nada antes de consultar contigo. No quiero asustar a los demás, pero pienso que deberíamos adelantar el viaje aun con Etham en su estado.

Erick le cogió la pipa a Murghos y aspiró una profunda calada.

-Mmmm… Sea pues, yo me iré con vosotros.

-Es mucho trote para tus viejos huesos. ¿Estás seguro?

-Nunca he estado más seguro de algo. Me voy con el motivo que aquí me trajo –dijo el anciano plantándose frente a Murghos.

-Bien... Bien... No tendrás que echarme ninguno de tus hechizos para convencerme –le dijo Murghos riendo contento de poder disfrutar de la compañía de Erick.

Leratham y Bentor se tomaron la noticia casi con agrado, estaban aburridos de ver pasar los días en aquel lugar. Quedaron en realizar los preparativos de la marcha después de comer e hicieron todo tipo de conjeturas sobre lo que podía estar pasando. Comieron en el exterior en compañía de Etham, como lo hacían todos los días. Erick insistía en que todos debían hablar con él como si este les estuviera escuchando.

-Desde hace mucho tiempo hay salteadores de caminos, esto no es nuevo, por eso cada vez hay menos viajeros. No. Algo muy grave debe estar pasando en el norte si están dejando la protección de sus hogares –dijo el eremita.

-Tendríamos que conseguir más información –dijo Leratham dirigiéndose a Murghos.

-De cualquier forma, todos huyen al sur que es hacia donde nos dirigimos. No perdemos nada en ir con ellos –señaló él pensando que efectivamente debería haber indagado más entre aquellos viajeros.

-Con Etham como está deberíamos llevar un carro...

-¡Callad! –gritó el hechicero interrumpiendo a Bentor mientras le cogía del brazo.

-¿Qué? –susurró Leratham

-Tsss... ¿No lo oís?

-Es cierto. No se oye nada. No se oyen los pájaros y el bosque está en silencio. ¡Coged vuestras armas! –exclamó Murghos.

Bentor echó mano de la daga que llevaba en el cinto, y entró a la cueva a por la espada de Etham. Leratham buscó su ballesta en las

alforjas de su caballo y se sujetó el carcaj en la espalda, el anciano apretó con fuerza el báculo con el que se ayudaba para caminar y Murghos desenvainó su espadón.

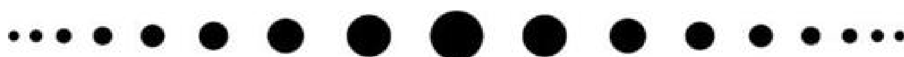
A Etham, que permanecía indiferente, Bentor lo agarró por el pecho y arrastrando sus pies, lo llevó hasta el interior de la cabaña. Soltándolo en el suelo lo apoyó en el arcón y, como quiera que las piernas le sobresalían al exterior y no podía cerrar la puerta, decidió dejarlo de aquella guisa no fuera que en adentrarlo más le atacaran por la retaguardia. Los demás formaron un semicírculo protegiendo los flancos entre ellos y quedaron a la espera con los sentidos alerta.

Por más que escudriñaban entre los árboles no veían nada extraño. Leratham, con sus rodillas cansadas de mantener postura de combate, estiró las piernas convencida de no recibir ataque alguno. Hinchó el pecho relajada en el momento en que una leve brisa se levantó del oeste extendiendo un olor nauseabundo. Asqueada, miró a sus compañeros que no parecieron olfatear aquella pestilencia. Alzó la vista y pudo ver un grupo de figuras aladas que caían desde el cielo apuntando sus lanzas hacia ellos. Con la ballesta alcanzó al más cercano mientras daba la voz de alarma. El advento cayó malherido a los pies del eremita quien de un brinco se separó para agarrar su cayado con ambas manos, levantarlo por encima de su cabeza y descargarlo con una furia inusitada en las costillas de la desventurada bestia. Los demás viendo que el ataque procedía de los aires, replegaron sus posiciones ciñendo espalda con pared, y aun Murghos tuvo que arrastrar de la manga a Erick que parecía empeñado en no dejar un hueso entero a su postrado enemigo.

Los adventos viendo que la ventaja de su posición se había esfumado, pues no podían atacar desde arriba a la resguardada expedición, pusieron pie en tierra y les rodearon. Uno de ellos, seguro de hacer blanco, arrojó su lanza a Murghos, quién por fortuna la vio llegar y en un resuelto movimiento del espadón pudo desviarla cuando alcanzaba a rozarle el bigote. Entonces pensó en reducir la distancia de lucha, pues sabía que las lanzas eran más peligrosas a lo lejos que en liza corta donde era más útil una buena espada, y ante el pasmo de todos saltó hacia los adventos sin darles tiempo a efectuar más lances. Quedó en medio de los primeros siete que de un mandoble restaron en dos, pero la mayoría era abrumadora y, aun con los que despachaba Murghos todavía tocaban a tres por cabeza. Los adventos entonces dejaron sus lanzas y utilizaron espadas cortas que guardaban en la cintura, y se echaron sobre la expedición. Leratham tiró su ballesta descargada y usó su puñal que apenas le daba para cubrirse de los golpes. El anciano levantó el báculo y con el extremo arremetía la cara de aquel que se le acercara. Bentor detuvo la acometida de su oponente con su espada corta que llevaba en la izquierda y con la de

Etham, que sostenía en la derecha, intentó penetrar el jubón de la bestia, pero la hoja se dobló como una vara verde y no arañó siquiera la defensa. Sin creer en su mala suerte aflojó la empuñadura y la espada salió despedida yendo a clavarse en tierra, entre las piernas de Etham que seguía ausente.

Bentor y Leratham apenas podían sostener los embates enemigos y viéndose en las últimas trataron de meterse en la cueva, pero quedaron rodeados por otros dos adventos que se acercaron por el costado derecho. Los hermanos, que ya se veían muertos, apoyaron sus hombros mientras aún rechazaban las embestidas desesperadamente. En ese momento una luz deslumbrante azul salió por la puerta de la cabaña, procedente de la empuñadura de la espada roma. Aquello captó la atención de todos.



-Etham, ¡despierta, despierta! –le decía el amable anciano sosteniendo una radiante lámpara de aceite junto a la cara del chico.

-¡Oh! Déjame dormir. Es pronto todavía; mira no ha amanecido aún.

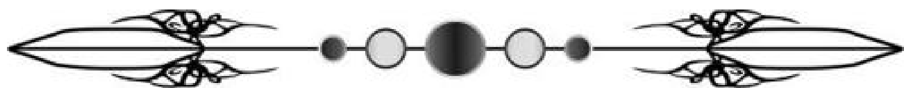
-Te equivocas Etham. Despierta presto. Llevas demasiado tiempo durmiendo.

-Estoy agotado anciano, déjame solo hasta la luz del alba.

-Etham óyeme. Esta luz que en la mano tengo te sacará de las tinieblas. Tómala y ayuda ahora a los que te quieren.

Aunque su brazo parecía seguir dormido y se negaba a responder, con un esfuerzo que le pesó en lo más profundo de su ser, por fin consiguió extenderlo. Cogió la deslumbrante luz que el anciano le ofrecía y la oscuridad de la noche desapareció junto con el viejo.





-Andrés ¿estás bien? –le preguntó Tomás a su hermano viendo que estaba tan rígido como una estatua.

Pero él no contestó. Tomás le pasó la mano por delante de los ojos que permanecían mirando al libro, pero aun así no se inmutó.

-¡Andrés! –le gritó zarandeándole.

-¿Qué pasa? –contestó por fin.

-Me has asustado ¿es que no me has oído? ¿No has visto mi mano?

-Perdona, ahora mismo te estoy viendo sobre una luz blanca. Es por la leuce, bueno por la medicación que me dan.

-¿Y tampoco me has sentido cogerte del brazo?

-Pues no… la verdad es que lo tengo como dormido… -contestó dubitativo.

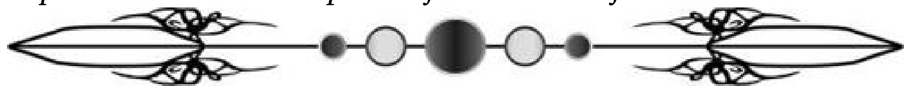
-Ya, deslumbrado… el brazo dormido… Como el del libro ¿No sería mejor dejar de leerlo? Vi en la tele que uno se puede sugestionar tanto como para llegar a morir –le dijo Tomás preocupado.

-¿Qué es sugestionar? –preguntó Andrés.

-Creer de tal manera que te pasa algo, que al final te pasa aunque realmente no te esté ocurriendo nada.

-Bueno, de ser así solo adelantaría lo inevitable. Anda, déjate de rollos y vamos a seguir. Ahora más que nunca, quiero leerlo… A ver por dónde íbamos… -dijo Andrés retomando la lectura.

…Aunque su brazo parecía seguir dormido y se negaba a responder… la noche desapareció junto con el viejo…



En su lugar, se encontró sentado en el suelo rodeado de gran confusión y con su espada en la mano. Tardó solo un momento en reaccionar. Como quiera que sus piernas estaban entumecidas, se levantó con dificultad y avanzó hacia los hermanos como si al mover cada uno de sus pies estuviera moviendo el peso de un tonel. Los adventos, al ver aquella figura acercarse de esas maneras y empuñando una espada cuya luz proyectaba su gigantesca sombra sobre la pared de la cueva, optaron por dejar a sus rivales menores y encarar la nueva amenaza. El que parecía ser el cabecilla hizo acopio de valor y se enfrentó sable en alto con Etham que, al verlo, alzó su espada cubriéndose la cabeza. Para espanto del advento y sorpresa del propio Etham, el arma de la bestia se partió en dos cuando chocó con la espada de Etham, y como un trozo de mantequilla cayó al suelo.

Batiendo las alas se elevó impotente con la empuñadura en la mano y los que eran capaces todavía de volar, le siguieron; los demás huyeron por el bosque. En el suelo quedaron siete de ellos, casi todos muertos a manos de Murghos.

Etham se sentó en el suelo incapaz de dar un paso más.

-Por mis barbas que esos no volverán por aquí –dijo Erick

-Solos no, pero puede que sí lo hagan con refuerzos. Deberíamos partir de inmediato –dijo Murghos mientras inspeccionaba los malolientes cuerpos de los caídos.

-Etham ¿cómo estás? ¿Podrás montar a caballo? –le preguntó Leratham.

-Creo que sí, pero… ¿qué ha pasado? ¿De dónde han salido esas cosas? Y ¿qué hacemos aquí? –preguntó todavía desconcertado.

-Perdona, yo soy Erick aunque casi todos me llaman solamente curandero. En verdad que es un honor para mí haberte podido servir. No sabemos por qué razón caíste en un profundo letargo. Tus amigos en buena hora encontraron mi puerta, pues ayudándoos estoy seguro de haber cumplido mi destino en la vida.

-Os doy las gracias curandero Erick. ¿Cuánto tiempo he dormido? –le preguntó Etham.

-¡Demasiado! Y creo que habrías seguido dormido si no fuera por lo ocurrido hoy. Ignoro qué os ha sacado del trance, pero sospecho que esa extraña arma tiene algo que ver –le dijo el viejo mientras le tocaba la frente.

-¡Diantres Etham! ¿Qué clase de espada es esa que no es capaz de cortar el cuero y sí el hierro? –interrumpió Bentor.

-No lo sé. Era de mi padre. Según él, procedía de una estirpe de reyes. Siempre me contaba que tenía un poder ilimitado, pero este se perdió cuando, por una traición, se extinguió la línea sucesoria de aquella monarquía. Yo pensaba que era uno de esos cuentos que le gustaba narrar frente a la chimenea los días de lluvia –dijo Etham entristecido al recordar la figura de su padre.

-Sea como sea nos ha salvado el pellejo. Ahora os ruego que dejemos la charla para más tarde y nos vayamos de aquí –dijo Murghos.

-Sí, debemos salir cuanto antes –dijo Erick rápidamente por si a alguien se le había olvidado que él iría con ellos.

Después de preparar los caballos, alimentos para el viaje y algunas hierbas que el curandero insistió en recoger, salieron apresuradamente colina abajo. El camino lo encontraron muy transitado, tal y como dijo Murghos. Los emigrantes resultaron ser pobladores de las regiones septentrionales e incluso de Dur-Barak. Al parecer, el norte había quedado arrasado y se decía que aun la

mismísima capital del reino no resistiría el cerco de tan sanguinario enemigo, pues no quedaban apenas tropas allí para protegerla. La expedición siguió al sur con un profundo desasosiego en sus corazones pues la mayoría procedía de Dur-Barak; tenían familiares o amigos allí. El pesar hizo el viaje triste y silencioso. Andaban cavilando en el motivo que les llevaba por aquellos caminos; todos pensaban en Etham y él mismo se encontraba confundido en una maraña de pensamientos.

-¿No te gustaría hablar? –le dijo Leratham tras acercar su caballo al suyo.

-¿Hablar de qué? ¿De este maravilloso día? ¿O del colorido paisaje que nos rodea? ¿O a lo mejor quieres hablar de por qué me miráis como a un desconocido? –preguntó Etham en voz tan alta que hasta los más rezagados escucharon.

-Mira, hay cosas de ti que no llego a comprender. Esas profecías, los jinetes negros, tus extraños ojos, y ahora lo de esa espada tuya. Y como yo, supongo que estarán los demás, pero no les confundas porque ellos te siguen por amistad y yo... yo también. Mira a Erick –dijo dirigiéndose al curandero que arrimó su caballo al escuchar los gritos del chico-. Él considera su destino cumplido solo por haberte ayudado. Yo me sentiría honrada si alguien pensara algo así de mí.

-No lo entiendes. No quiero honras de nadie. Habláis de mi vida como si fuera parte de la vuestra –le contestó.

-¿Sabes? Un dicho drudio dice que la amistad es compartir un poco de la vida –intervino el viejo Erick.

-Yo decido qué les doy a mis amigos, vosotros queréis manejar mi destino.

-Por supuesto, solo tú puedes decidir sobre tu futuro. Nadie te va a obligar a hacer algo que no quieras. Solo piensa que las consecuencias de aquello que uno decide suelen muchas veces afectar a los demás –dijo el anciano.

Pero él no contestó, apretó los talones y aceleró el paso de Tizón.

-¡Espera! –gritó el curandero siguiendo a Etham- Haz un último favor a este viejo loco. Ve al templo de los cenobitas. Habla con ellos.

Etham miró al anciano de reojo sin darle respuesta y este aminoró la marcha.

Continuaron por el camino junto a aquellos desplazados. Pudieron ver gentes de toda condición. Entre suntuosas carrozas con distinguidos séquitos escoltados por mercenarios, se encontraban familias enteras que apenas contaban con alguna mula; incluso había

quienes hacían viaje a pie, cargando azarosamente con sus bártulos recogidos y empacados apresuradamente.

Hicieron noche a la vera del camino, donde pudieron escuchar relatos escalofriantes de sus nuevos compañeros de viaje. Aun en las peores condiciones, sin comida y después de perder sus posesiones, se consideraban afortunados por conservar todavía la vida. Los que procedían de las zonas más septentrionales se encontraban en peor situación por llevar más jornadas de travesía. Estos eran los que más ayuda necesitaban, y la encontraban en las pequeñas dádivas que los demás les ofrecían.

La peculiar expedición de Etham pronto se hizo famosa. Bentor en un alarde de confraternidad con un grupo de emigrantes, habló de la naturaleza de la misión que le traía por aquellos derroteros y de lo orgulloso que se sentía de la amistad que le unía al enviado. Aquello contado entre gentes desesperanzadas que arrastraban sus penurias con cansancio y sin más perspectiva de futuro que la comida del día siguiente, supuso más que la vida misma.

La noticia se extendió como un único pensamiento y de todos los puntos de la enorme caravana venían para conocer a su salvador. Cuando llegaban desde atrás lo hacían forzando sus ya extenuadas monturas, en ocasiones si no disponían de caballos suficientes se adelantaba un solo miembro de una familia o comunidad para saber más. En todos los casos se presentaban con ilusión en la cara, preguntando con brillo en los ojos sobre el enviado. Dada la actitud de Etham, a estos se les trataba de despedir con buenas maneras asegurándoles que la profecía se cumpliría punto por punto; que era mejor dejar al enviado en su estado de meditación. Pero no siempre accedían a irse con tan poco. Querían saber… Saber más.

El grupo pronto se vio acompañado de jinetes que permanecían expectantes y dispuestos a ayudar en lo que fuera. Erick aprovechó esta circunstancia e instruyó a unos cuantos voluntarios en la búsqueda de hierbas y setas comestibles, para que cada día prepararan una gran marmita de la que todo el que quisiera pudiera comer. Aquello no hizo más que aumentar el interés de los que se acercaban. Por fin encontraban un atisbo de orden en la situación caótica en la que se encontraban, pero todo esto no hizo sino aumentar la tribulación de Etham. No creía ser aquel del que hablaban las profecías, no imaginaba ser capaz de salvar a nadie y mucho menos a un mundo entero. Y no podía aceptar los elogios y satisfacer a los que con ansias buscaban en él una respuesta. No estaba dispuesto a engañar a nadie, por no decepcionarlos después.

Aquella tarde acamparon en lo alto de una loma desde la que se podía ver un inmenso valle con grandes superficies sembradas

de trigo verde. El río Therios lo atravesaba haciéndolo especialmente fértil. Etham se quedó disfrutando de la tranquilidad de la noche; la leve brisa le traía el lejano ruido del río envuelto en olor de hierba y tierra húmeda. De su espalda le llegaban los murmullos del campamento: risas, gritos de niños, el ladrido de algún perro e incluso música de un bandolín o algo parecido. Desde que sabían que el enviado les acompañaba, los ánimos habían cambiado, y allá donde acampaba su expedición lo hacían cientos de viajeros.

Respiró profundamente preguntándose si aquella paz sería también destruida. Se dirigió al fuego en el que Erick, ayudado por Bentor, preparaba una cazuela con algún tipo de caldo y se sentó en silencio sobre un tronco caído que utilizaban como asiento.

-Hola –le dijo una niña que jugaba por allí.

-Hola.

-¿Es verdad que vas a llevarnos a casa?

-No, será tu padre quien lo hará.

-A mi papá lo mataron los bichos.

-Lo siento... Te llevará tu mamá entonces.

-Dice mi mamá que matarás a todos esos *bastaldos*.

Etham calló. Leratham que estaba escuchando se acercó y cogió a la niña de la mano.

-Oye, ¿cómo te llamas? –le preguntó.

-Miriam.

-Miriam, acabaremos con ellos entre todos. Ahora ven, vamos con tu mamá que estará preocupada –le dijo ella.

Leratham se llevó a la niña de la mano en busca de su madre y Etham se quedó pensando de nuevo en lo que le pasaba. No llegaba a entender quién era aquel anciano que se le aparecía tantas veces y que ya le había sacado de más de un apuro. Desde luego no era algo habitual, no creía que eso le ocurriera a ninguna otra persona. Quizá todos tenían razón. A lo mejor la espada solo le respondía a él y no era simplemente un arma que se iluminaba cuando ella disponía. Quizá el futuro no dependía de él y como todo estaba escrito, se cumpliría hiciera lo que hiciera. Sí. Deseó profundamente que la vida de tantas personas no dependiera de que él pudiera cometer algún error. Decidió dejarse llevar, no torturarse más con aquella responsabilidad, y si los demás querían llamarle enviado que lo hicieran. Él no les animaría a hacerlo, pero tampoco les desmentiría. Se tendría que acostumbrar otra vez a las reverencias de los que le veían y a los besos que las ancianas le daban en las manos cuando se arrimaban con entusiasmo a su caballo.

Con la fresca del día, tomaron un tentempié y levantaron el campamento. Avanzaron a través del valle dejando pasar a los lados

los trigales, que resultaron pertenecer a la comarca de Tirhum. Pronto llegarían a su ciudad amurallada. Aquella mañana transcurrió rápida. Todos anhelaban encontrar refugio para dejar las fatigas del viaje y conforme más se acercaban a su destino, más ligeros sentían los pies y más aceleraban la marcha. La misma tarde llegaron a las afueras de la ciudad.

Tirhum se construyó en una península en el cañón Vandhur. Como casi todas las fortalezas amuralladas, utilizaba las ventajas del propio terreno para aumentar su defensa. En este caso, el barranco que rodeaba la ciudad la hacía prácticamente inexpugnable, pues el cañón en el que estaba se formó por la erosión del río Therios en la caída al abismo de Vandhur, cuya profundidad se perdía en lo desconocido. La caudalosa cascada se difuminaba cayendo en una bruma impenetrable que se extendía por el cañón. La magnífica fortificación quedaba unida al valle únicamente por un delgado paso de no más de dos metros de ancho y unos veinte de largo, a partir de los cuales se extendía la amplia llanura por la que llegó la expedición.

Encontraron las puertas de la ciudad cerradas. En la explanada, frente al pasillo de entrada, se amontonaban miles de desplazados; todos los que por el camino de Dur-Barak llegaban en busca de protección. La situación era allí espantosa. Familias enteras se morían de hambre e intentaban sobrevivir robando el sustento de los demás. Las bestias de carga eran sacrificadas y devoradas, lo que en gran parte impedía la escapatoria hacia otros destinos. Los menos encontraron manutención de los campos colindantes. La mayoría se dejó arrastrar por aquellas condiciones caóticas y rompieron las leyes en favor de la supervivencia. Al reguero constante de viajeros que llegaban por el camino, les recibía la muchedumbre despojándoles de lo poco que tenían, incluyendo sus caballos para utilizarlos como alimento. La muerte era la compañera cotidiana del campamento que se dejaba ver en casi todas las reyertas.

Pero quizá fue porque la fama del enviado se había extendido también en la llanura o quizá porque su llegada fue acompañada de cientos de seguidores que entraron como una sola comunidad, que a ellos les respetaron. La violencia cesó y quedaron a la expectativa. Se abrió un paso a través del gentío por el que la columna avanzó. Entre los rostros sucios Etham vio miradas de súplica, otras de culpabilidad y las más de agradecimiento pero todas ansiaban esperanza.

Se plantaron por fin frente al portón y Erick comenzó a gritar escandalosamente.

-¡Dejad paso al enviado pues su poder destruirá naciones! –dijo, provocando que Etham se avergonzara.

-¿Quién vive? –preguntaron desde una aspillera por la que

asomaba la punta de una flecha.

-Abrid al salvador del que hablan las profecías.

-¡Marchad! No hay nada para vosotros tras estos muros.

-Si en verdad valoras tu vida, informarás a tu señor de que el ojo del hacedor está ante su puerta y le exige audiencia -insistió Erick.

Se escucharon murmullos procedentes de la saetera y luego silencio. La expedición esperó con paciencia hasta que abrieron un portillo de la puerta principal.

-Seréis recibidos por el conde, pero solo podéis entrar dos de vosotros –gritó un soldado.

-Yo iré contigo –dijo el anciano a Etham quien no parecía tener muchas ganas de entrar allí.

-Mi señor, por lo que más queráis, no nos abandonéis –suplicó uno de los ayudantes de Erick al muchacho.

-Descuida –le respondió con una sonrisa que más parecía una mueca.

Entraron andando en el fuerte y dejaron atrás sus gruesos muros. Pasaron una gran explanada en la que había catapultas colocadas entre amplias zonas de cultivos y llegaron a un segundo muro que cerraba una ciudadela. Allá donde miraban veían soldados con un uniforme igual al del ejército real, con la única diferencia de un fajín añadido con entorchados rojos y bordados con hilo de oro.

Los ciudadanos de Tirhum vestían con ropas lujosas, parecían gentes distinguidas a las que les molestara la visita de extranjeros. Etham y Erick fueron tratados como mendigos y, de no ser por la escolta que les abría paso, nunca podrían haberse adentrado por las callejuelas.

Atravesaron la ciudadela y subieron por una elegante escalinata de mármol que hacía pareja de otra simétrica, luego otra y otra más, hasta que llegaron a un majestuoso salón. Allí, al fondo de la estancia, pudieron distinguir a un hombre sentado en un trono ataviado con un peluquín de rizos blancos, y a otros dos acompañantes que de pie mostraban aires pomposos.

-Mi señor, aquí están los extranjeros –anunció el militar.

-Ah, sí, sí. ¿Quién de vosotros dice ser el enviado? –preguntó suscitando risas entre sus acompañantes.

Erick golpeó con el codo al chico.

-Eh... Si... Bueno... Soy yo –respondió él titubeando.

-Perdonad que no me arrodille ante su excelencia, pero veréis nunca he creído mucho en eso de las profecías –dijo el cortesano.

-Da igual, olvidad las profecías, pero, por favor, escuchad mi ruego –pidió Etham.

-No sigas muchacho. Si vas a interceder por los de fuera pierdes el tiempo.

-¿No es esta una ciudad de la corona? ¿Cómo podéis negar cobijo a los súbditos del rey? –interrumpió Erick.

-La corona se desmorona anciano. Dur-Barak está inmerso en una oscura lucha de poder entre las altas jerarquías que acabará con la ciudad antes de que lo hagan esas horripilantes bestias; las noticias llegan con la velocidad del halcón.

-Pero vos debéis lealtad al rey. Si cae Dur-Barak, antes o después caerá también esta fortaleza –dijo Erick alterado.

-De nuevo te equivocas anciano. Estos muros son inexpugnables. Aunque atacara un ejército cien veces superior al nuestro, solo lo podrían hacer en pequeños grupos por el pasaje y acabaríamos con ellos. Si nos sometieran a asedio resistiríamos igualmente, pues esta ciudad es autosuficiente.

-Sí, ya he visto los cultivos pero ¿y el agua? Porque no creo que tengáis acuíferos y aunque los tuvierais los pozos también acaban por secarse.

El conde se levantó y les invitó con un gesto a que se acercaran a un mirador detrás del trono. Desde allí se divisaba el cañón e incluso se llegaba a ver el grandioso abismo de Vandhur. Etham quedó admirado de ver aquel espectáculo. Las aves volaban por debajo de ellos, entre nubes que casi se podían tocar.

-¿Veis deshacerse el río Therios cayendo en su cascada? Si os asomáis podréis sentir su humedad y si esperáis aquí, pronto os caerán chorros por vuestras mejillas. El agua se puede recoger como si fuera rocío mañanero. Tenemos varios recolectores dedicados a este fin. Es la ventaja de vivir en un constante remojo que penetra hasta los huesos –dijo el noble ciñendo su chaquetón de armiño.

-Y ¿por qué no compartís vuestro buen destino con toda esa gente de fuera? –preguntó Etham

-Nuestros recursos son limitados; los cultivos no alimentarán tantas bocas. Y la caza del ave no siempre se muestra propicia -dijo el noble.

-Yo os puedo ayudar en eso. Conozco hierbas comestibles de crecimiento mucho más rápido que vuestro trigo y con ciclos diez veces más cortos –dijo el eremita.

-No insistáis. Nunca nos mezclaremos con esa chusma. Y si os he permitido entrar aquí no ha sido para daros explicaciones.

-¿Por qué entonces? –preguntó Etham.

-Digamos que tengo cierta curiosidad por conocer a aquel que puede condenar naciones –dijo con tono burlón entre las risas de sus acompañantes-. ¿Por qué no me muestras tu poder?

Un largo silencio solo roto por las mofas de los nobles,

inquietó al hechicero que no veía respuesta alguna de Etham. Dispuesto a interceder por él, por fin comenzó a hablar.

-Hay algo que me enseñaron mis maestros Augur –dijo el chico-. Ellos me hicieron ver que aquello que aportas al mundo, antes o después, lo acabarás recogiendo.

-¿Y eso me vas a enseñar tú a mí? ¿Un proverbio? ¡Qué decepción! Me imaginaba que eras un engaño, pero esperaba algo más divertido.

-Si me habéis llamado para reíros de mí, estoy perdiendo el tiempo –dijo Etham que dándole la espalda se dirigió hacia la puerta.

-¡Quieto insolente! ¿Quién te ha dicho que puedes irte? Después de todo, tu farsa te ha servido para encontrar refugio. No quiero disturbios en la puerta, te quedarás aquí. ¡Guardias! –gritó.

-¡Esperad! Hay otra cosa que me enseñaron los Augur –dijo el chico apresuradamente viendo llegar a los soldados.

Se acercó al noble y se arrodilló cogiéndole la mano. Este, con un gesto de beneplácito, retuvo a los guardias.

Ambos se quedaron mirando a los ojos durante unos momentos. Etham, como ya hiciera con la bestia alada, trató de infundir en su víctima el sentimiento de abandono y necesidad que poco antes había visto tan cerca en la llanura. No estaba seguro de conseguirlo pues anteriormente solo lo había intentado con un pajarillo y con aquella bestia, pero no tenía nada que perder. El noble entonces trató de zafarse de la aprehensión, pero el chico apretó más aún los dedos y continuó con su control mental. Siguió concentrado en la misma idea y, por fin, el orgulloso noble comenzó a gimotear tratando de retirarse pero no pudo, cuando dejó de luchar apoyó su cabeza en el hombro de Etham.

-Perdón, perdón… –dijo el noble ante la estupefacción de los presentes.

-¿Daréis órdenes de abrir el portón? –dijo Etham levantándose.

-Sí claro –dijo corriendo hacia la puerta perseguido por los nobles.

-¡Por mis barbas que nunca vi nada parecido! Ni siquiera en la corte donde vivían los Augur más poderosos –le dijo el anciano.

-Erick, ¿qué tardarás en enseñarles eso que has dicho de los cultivos?

-Un par de días para buscar semillas. Tengo conmigo unas cuantas, pero no creo que sean suficientes –le respondió.

-Voy a ir al templo de los cenobitas. Necesito saber quién soy realmente. Ya hay demasiado sufrimiento; demasiadas muertes. Tengo que saber si en verdad está en mi mano detener todo esto. ¿Me acompañarás hasta allí cuando termines?

-¡Bien dicho! Que tiemblen las huestes de Vandoria pues su exterminador ahora despertará. Nada me hará más feliz que acompañarte –gritó jubiloso el anciano.

-A veces tu seguridad me anima. Ya me gustaría estar tan convencido como tú –le dijo el chico con una sonrisa en la boca.

La acomodada población de Tirhum recibió a los refugiados con desconfianza. Se encerraron en sus casas, temerosos de una muchedumbre que poco antes se mataba en las puertas de su ciudad. Pero el conde, por sugerencia de Etham, ordenó que se les prestara toda la ayuda posible y que toda casa recibiera al menos a uno de ellos, aunque si era posible se acomodara a familias enteras para no separarlos.

La compañía pasó aquellos dos días muy atareada colaborando en lo que podían. Bentor, de naturaleza campechana y al que gustaba ir desarrapado, se sentía incómodo cuando era examinado por los cortesanos, así que era frecuente verle mascullar reniegos mientras andaba con la cabeza ostensiblemente metida entre los hombros. Sin embargo, Leratham, aun siendo su hermana, había sido educada en las costumbres de la nobleza y se movía con soltura entre aquellas gentes. Allá por donde iba recibía atenciones de los jóvenes que cautivados por su belleza, dejaban sus quehaceres para mirarla embelesados.

Cuando llegó el momento de partir, la compañía fue despedida con entusiasmo por toda la población. Las diferencias pronto desaparecieron para hacer frente común al temido enemigo.

De nuevo saludaron el polvo del camino y dejaron atrás el breve pero confortable descanso en la magnífica fortaleza de Tirhum.

Capítulo 8

Dur-Barak

Una agradable temperatura invitaba a disfrutar de la noche bajo las estrellas. La capital parecía tranquila al refugio de sus sólidos portones de recia madera de roble remachada con tachones de hierro. Se acercaron envueltos por el embriagador olor a jazmín y el distante sonido de los grillos, pero nadie les pidió el santo y seña. Quizá, después de todo, la ciudad estaba demasiado tranquila, pensó Jhorim antes de golpear ruidosamente la puerta.

-¿Quién vive? –preguntó una voz del otro lado.

-Somos moradores de las tierras del norte y traemos un mensaje urgente para su majestad el rey –dijo Eonna sin dar tiempo a hablar a Jhorim.

-Tendréis que esperar al alba. Las puertas no se abren por la noche.

-Es un mensaje urgente.

-Ya... ya...

-¡Maldito imbécil! La ciudad va a ser atacada –gritó Eonna.

Una ventanilla en una pequeña portezuela se abrió, y asomó una cara con los ojos legañosos y sin afeitar que la miró de arriba abajo.

-Mira moza, si es ese el mensaje llegáis tarde. Ya estamos sobre aviso –dijo el soldado con tono cansado.

-Pues no diría yo que estéis muy alerta. ¿Vais a dejar que el enemigo se acerque a llamar a la puerta? –preguntó Jhorim.

-¡Por todas las lunas! ¡Un halcón! –exclamó el guardia sorprendido cuando vio el ave descansando en el hombro de Jhorim.

Las silenciosas calles de la ciudad devolvieron el eco del pesado cerrojo antes de abrirse la chirriante portezuela.

-Pasad, pasad.

-Veo que no ha perdido el juicio después de todo –dijo Eonna satisfecha.

-¿De dónde habéis sacado ese halcón?

-Es una larga historia –dijo Jhorim.

-Da igual... da igual... Tenéis que ir rápido al castillo real –dijo el ahora inquieto soldado.

-Bueno, yo tendría que pasar por el castillo de la Orden Sagrada –dijo Jhorim.

-¡No! ¡No! Por lo que más queráis no vayáis allí. Id al castillo

real; allí os explicarán... Mejor os iréis con mi compañero. Él os llevará hasta el palacio –dijo el soldado en voz baja con miedo en su semblante.

-¿Solo sois dos haciendo la guardia? –preguntó Jhorim.

-Sí. Solamente dos.

-¿Por qué? El retén de la puerta es de doce soldados.

-Ya. Es una larga historia –contestó el soldado con una amarga sonrisa en los labios.

Como el militar no quiso abrir el gran portón, tuvieron que desmontar las sillas para pasar los caballos por la portezuela. Una vez ensilladas de nuevo, fueron caminando por la calzada rompiendo a cada paso el inquietante silencio que les envolvía. Las calles aparecían lúgubres sin sus lámparas encendidas. Se guiaban únicamente por la tenue luz de la luna. El soldado que les acompañaba se encontraba cerrando la fila, apretando con fuerza su lanza y mirando temeroso a su alrededor. Aunque tampoco había luces en las ventanas de las casas, Jhorim sentía la presencia de los que desde sus profundidades les miraban. Por fin llegaron al palacio y fue solamente entonces cuando el militar se relajó.

-Rápido. Llamad al capitán –dijo el soldado a la guardia mientras se adentraban en los pórticos.

-¿Para qué? ¿Qué quieres de él? –dijo un cabo.

-Hay un halcón –respondió mirando a Jhorim.

El cabo salió corriendo sin decir palabra, sujetándose el casco con una mano y el sable con la otra. Sus pisadas se perdieron por los pasillos y hubo que esperar un rato para escucharlas de nuevo; esta vez acompañadas por otras igualmente apresuradas, que correspondían a un hombre sin guerrera con manifiesta somnolencia.

-¿De dónde ha sacado ese halcón? -preguntó el capitán dirigiéndose a Jhorim e ignorando a los demás...

-Es de un amigo.

-¿Está adiestrado?

-Bueno, me hace algún caso. Caza para mí, pero debe fidelidad a su verdadero dueño: el Augur Antaris –respondió Jhorim.

-¿Conoce a un Augur?

-Sí. Yo mismo fui un guardián negro hasta que recientemente me expulsaron –contestó Jhorim orgulloso de su pasado.

-Quizá tengamos una esperanza. Venid conmigo, vamos a ver al rey.

Dejaron las monturas en el patio de armas y subieron con el emocionado capitán por las curvadas escalinatas de marfil. Pasaron varios salones grandiosos que se separaban entre sí únicamente por una puerta. Jhorim, aunque estaba acostumbrado a los oscuros

pasillos de la torre sagrada, miraba toda aquella ostentación con indiferencia. Por fin llegaron a otra puerta en la que hacían guardia dos soldados con uniforme blanco. El capitán se paró.

-Esperad. Ahora hablaremos con su majestad, pero escuchad: el rey está muy abatido desde que ordenó la partida de las tropas. Se culpa a sí mismo por lo que está pasando. Les ruego discreción; no está en su mejor momento.

-No tenga cuidado.

-Primero entraré yo y luego le haré llamar solo a usted –dijo el capitán dirigiéndose a Jhorim.

-Mis amigos deben entrar también. Tienen información sobre el enemigo que el rey debe escuchar – dijo Jhorim.

El capitán les miró, suspiró, agarró el picaporte con la mano y gesticulando lo giró con cuidado. Entró de puntillas y la puerta se cerró tras él en silencio. Un momento después, desde el dormitorio comenzaron a llegar vagamente los gritos del rey.

-... ¿Qué? ¿Quién anda ahí?...

-...

-... maldito imbécil... a ahorcar...

-...

-... ¿qué?...

-...

-... dicho antes...

El capitán salió limpiando su cara sudorosa con un pañuelo.

-Su majestad os recibirá ahora.

Entraron y encontraron al rey levantado con un batín de color burdeos. Su pelo, rubio canoso, era largo y le caía desaliñado por los lados hasta tocar su barba. Se restregó las legañas de sus ojos azules y con un gesto de la mano les invitó pasar. Jhorim, conocedor de las costumbres cortesanas, mostró su respeto inclinando la cabeza, los otros se arrodillaron al ver al rey.

-¡Loado sea el creador! ¡Levantaos! ¿De dónde salís vosotros?

-Venimos del norte mi señor, y traemos graves noticias.

-Un gran ejército se dirige hacia aquí. ¿Sí?

-Sí, majestad –dijo Jhorim extrañado-, pero no es un ejército cualquiera. Está formado por bestias sanguinarias y tardarán dos días a lo sumo en llegar. Tenéis que alertar a los acuartelamientos y a la sagrada orden para que unan sus fuerzas a las vuestras.

-Es demasiado tarde para eso.

-No. Todavía hay tiempo, mi señor. Hay que organizar cuanto antes las defensas de la ciudad –dijo Jhorim.

-Sí, hijo, es demasiado tarde. Las tropas ya están fuera. Yo mismo ordené que se fueran lejos –dijo el rey apoyándose en el

alféizar de la ventana del dormitorio, mientras perdía su mirada en la profundidad del cristal-. Me dejé embaucar por las palabras de ese maldito hechicero y ahora he condenado a todos a la perdición. Apenas queda un pequeño retén aquí. Ni siquiera hay guardianes de la orden con los que defender las murallas de ningún ataque. Y ese Daltus se ha hecho el dueño de todo. Anda por ahí disponiendo de la vida de mis súbditos; doblegándolos con un poder que yo no entiendo. No sé cómo pude estar tan ciego.

-Majestad, –dijo Eonna- no os culpéis. Mi hermano y yo venimos de más allá de la ciudad de Hurug-Madöh y hemos visto cómo allá por donde pasa el ejército de las tinieblas, la voluntad de los hombres más formidables se quiebra como la paja. Se valen de unas extrañas piedras negras para conseguir sin esfuerzo todo lo que desean. No hay lucha posible contra eso, y lo que es peor: traen inmensas carrozas hacia aquí cargadas de esa horrible perversión.

El rey se giró y con los ojos iluminados miró a Eonna.

-Bendita seas mujer. Sí. Daltus juega siempre con una extraña piedra, especialmente cuando hace alguno de sus sortilegios.

-Majestad –dijo Jhorim-, algo debemos hacer. Daltus es el consejero supremo, pero hay muchos más miembros en el consejo y además están los poderosos Augur, quizá nos puedan ayudar a luchar contra ese mal.

-He mandado a los mejores hombres de mi guardia personal a la torre sagrada para intentar utilizar a uno de los halcones Augur, pero ninguno ha regresado. He enviado mensajeros a lomos de mis mejores caballos para hacer volver a las tropas, pero han fracasado. Solo hemos recuperado algunas de las monturas que han vuelto sin su jinete. Aunque no ha llegado todavía el grueso del ejército enemigo, estamos sitiados. Desconozco porqué os han dejado entrar en la ciudad.

-Hemos venido por un lugar por el que no podríamos regresar –dijo Jhorim pensativo-. Mi señor, dejadme ir a la torre. El halcón que poseo no podrá ser controlado más que por Antaris o por otro Augur y sea como sea cualquier resistencia debe contar con el apoyo de la orden.

-Como desees, pero has de tener cuidado. Daltus ha renegado abiertamente de la ley. Lo que antes hacía engañosamente ahora lo hace a cara descubierta. Ya ha matado a muchos inocentes que se han cruzado en su camino.

-Le conozco. Fue él quien me expulsó de la orden.

-Esperarás entonces hasta mañana. Hay un pasadizo que une los dos castillos, pero llega justo hasta el dormitorio de Daltus. Has de saber que también he mandado a dos oficiales por allí, pero no han regresado -dijo.

-Me arriesgaré. Nunca me dejarían entrar por los portones.

Un rayo de sol atravesó la ventana para reflejarse en los ojos de Jhorim que observaba la ciudad bañada por las luces del alba. No había dormido aquella noche pensando en sus años de infancia y de juventud que tan intensamente vivió en aquella maravillosa ciudad.

Abajo, todavía la penumbra daba un tono grisáceo a las calles, pero ya había algunas siluetas de acá para allá. Sintió unas irrefrenables ganas de caminar por allí consciente de que quizá no podría volver a hacerlo si la ciudad era conquistada. Abrió las ventanas y respiró una profunda bocanada de aire fresco matutino con inconfundible olor a pan recién hecho. Allí se quedó embelesado, mientras escuchaba los cantos de las aves saludando el nuevo día, hasta que alguien llamó ruidosamente a la puerta.

-Adelante –dijo.

-¿Quieres desayunar? –preguntó Eonna.

-No. Voy al pasadizo sin tiempo que perder.

-Te advierto que aquí tienen de todo –le dijo enseñándole un trozo de bizcocho.

-Gracias Eonna, me conformo con esto –le contestó quitándoselo de la mano.

Jhorim se acercó a un soldado que le llevó con el capitán. Enseguida estuvieron todos, incluido el rey, en el despacho del consejero real, lugar de donde partía el largo pasadizo hacia la torre de la orden sagrada. En la habitación había un montón de muebles apilados en una de las paredes. Entre varios soldados fueron apartándolos sin mayor dificultad, salvo dos grandes armarios, que enganchados a la pared, fueron los últimos en ser movidos.

-Ahí dentro hay un laberinto. Este es el mapa que han trazado los exploradores. Tendrás que ir contando las esquinas y pasillos que dejes atrás.

-No me será difícil –dijo Jhorim observando el pergamino.

-Por lo que más quieras hijo, ten cuidado –le dijo el rey dándole una antorcha encendida y activando el mecanismo de apertura que había quedado descubierto tras los muebles.

-Más me vale –dijo Jhorim guiñando un ojo mientras miraba a Eonna.

El rey vio cómo la luz se perdió por el fondo del pasadizo y activó de nuevo el resorte para cerrarlo.

Jhorim se sintió repentinamente desamparado cuando escuchó el ruido de la compuerta. Recordó las enseñanzas de sus tutores Augur y no quiso imaginar qué podría ocultar aquella impenetrable oscuridad que se extendía más allá del alcance de la antorcha.

Continuó lentamente apoyándose en las suaves paredes de piedra, siguiendo el mapa lentamente hasta que horas después dio por fin con el mecanismo que abría la habitación de Daltus. Pensó que quizá la habría bloqueado tal y como hicieran en el otro lado. Tiró de la palanca con cuidado y la puerta apenas cedió un palmo.

Por la rendija entraba la luz del cuarto y viéndose ya descubierto empujó con fuerza para abrirla, pero la puerta estaba obstruida y tuvo que cargar todo su peso para abrirla con dificultad. Cuando a duras penas consiguió pasar el cuerpo, vio a sus pies el cadáver de un corpulento oficial del ejército al que apartó para dejar libre la huida. Después de comprobar que la habitación estaba vacía, salió con cautela al pasillo donde tampoco había nadie. La torre estaba en completo silencio. Sus moradores, los guardianes y consejeros de la orden nunca fueron muy ruidosos, pero aquella quietud no era habitual.

Comenzó a subir las escaleras con sigilo, tendría que llegar a la tercera planta para acceder a la sala Augur. Le empujaba el deseo de volver a ver a su maestro, aunque sospechaba que algo le habría pasado, pues desde hacía varios días que había perdido todo contacto con él y su halcón no daba signos de regirse por su consciencia.

Los pasos de Jhorim eran lentos y medidos, procuraba llegar suavemente con la punta del pie a cada escalón pues aquellos techos tan altos ampliaban los sonidos en ecos escandalosos. Giró el primer tramo de la escalera y cuando iba a llegar a la primera planta escuchó pasos acercarse. Se quedó petrificado con la mano en su espada, escuchando de donde procedían aquellas pisadas, pero el eco le engañaba: no sabía si subían o bajaban. Entonces comprendió que quienquiera que estuviera haciendo ese ruido bajaba, pues no arrastraba el pie contra el escalón sino que lo dejaba caer. Miró hacia arriba y pudo ver casi a su lado una mano con el anillo del consejero supremo deslizarse por la barandilla, llegando al primer piso desde el segundo. Sin tiempo de disimulos bajó alborotadamente los escalones de dos en dos, y llegando abajo se encontró de bruces con un guardián negro. Se miraron un momento fijamente, pero Jhorim no pudo reconocerle pues la capucha de su capa le tapaba la cara. Durante esos segundos, que a él le parecieron minutos, escuchó como Daltus bajaba ahora más rápido que antes. Entonces, cuando ya se sentía perdido el guardián negro le empujó hacia un lado impidiendo que Daltus le viera al encarar el último tramo de la escalera.

-¿Quién ha subido por aquí? –preguntó Daltus gritando.

-Mi señor he sido yo –dijo el guardián

-Mis órdenes son claras: no subir a la primera planta. Dame una buena razón para no matarte ahora mismo.

-Mi señor subía para informaros de que han entrado extraños

en la ciudad.

-¿Quiénes? ¿Cuántos?

-Han sido cuatro y se han dirigido al palacio real, según ha dicho el consejero del rey que está en el portón y ha preguntado por su excelencia –dijo el guardián.

-Hazlo pasar aquí... No. Ya voy yo –dijo y se fue.

El guardián se acercó al hueco de la escalera donde se había escondido Jhorim y se descubrió la capucha.

-Maestro ya puedes salir –le dijo Lorthim, su antiguo discípulo.

-Por todas las lunas. ¡Eres tú amigo mío! –exclamó Jhorim con alegría dándole un fuerte abrazo.

-Sí, sí... Yo mismo –contestó el guardián sorprendido por tan efusivo recibimiento-. ¿Qué haces aquí?

-Dímelo tú. ¿Qué está pasando con Daltus?

-Creo que se ha vuelto loco. Está muy raro: no nos deja subir al consejo ni a la sala Augur –dijo Lorthim.

-¿Y nadie ha subido para nada?

-Ya sabes cómo es Daltus. Más vale no ponerse en su camino. Y hemos quedado cuatro guardianes para todo el castillo, además de los doce guardianes rojos de su guardia personal que no hacen nada. Ya tenemos bastante trabajo para buscarle las cosquillas.

-Es un traidor. Ven acompáñame arriba –dijo Jhorim y sin esperar respuesta subió las escaleras.

Su discípulo le siguió mascullando algo sobre la dolorosa muerte que le iba a infringir el consejero supremo. Llegaron a la primera planta y Jhorim se situó frente a la puerta del sagrado consejo esperando que esta se abriera sola como acostumbraba a hacerlo, pero no lo hizo. No tenía cerradura ni ranuras entre sus dos hojas. Palpó el quicio intentando encontrar la manera de abrirla, pero no hubo manera. La embistió con su hombro varias veces pero era tan recia como un muro y no cedió. Lo dieron por inútil así que subieron a la planta tercera en donde se encontraba la sala Augur.

-¿Estás seguro de lo que vas a hacer? –le preguntó Lorthim.

-Sí. No hay más remedio.

-Has sido apartado de la orden. Cualquiera que te encuentre en el castillo debe matarte, si no recibirá juicio por traición.

-Dur-Barak puede ser conquistado por las artimañas de Daltus el traidor. Preferiría estar equivocado y poner inútilmente en riesgo mi vida, pero así es.

-Espera. Entraré yo y quizá me gane un dolor de cabeza por molestar a los Augur sin haber sido llamado, pero conservaré la vida –le dijo su discípulo.

Lorthim se enderezó, abrió la puerta con decisión y se adentró para cerrarla tras de sí. Apenas pasó un momento y la puerta se volvió a abrir lentamente. Su semblante, pálido y desencajado asomó para llamar a Jhorim.

La habitación olía a putrefacción. No había ninguna lámpara encendida y no podían ver la sala, pero los dos pensaron en lo peor. Cogieron una antorcha de la escalera y la acercaron a los sillones. Allí vieron los cuerpos descompuestos de los Augur. Horrorizado, Jhorim fue caminando a través de la herradura que formaban los sillones, iluminando los deformados semblantes tratando de reconocer a Antaris. En cada cuerpo se detenía un momento para descartar con seguridad que era el de su amigo. Cuando llegó al último sillón lo encontró vacío, lo que le llenó de esperanza.

-¿Quién ha podido masacrarlos de esta manera?

-¿Todavía lo preguntas? Daltus.

-Daltus no podría ni con un solo Augur.

-Tiene una misteriosa arma que le transmite poder. Pero falta uno: Antaris. Quizá él haya podido salvarse.

-Ningún Augur ha salido de la torre. Estará arriba en sus aposentos –dijo señalando las escalerillas.

Subieron a la última planta. En la balconada encontraron varios halcones muertos dentro de sus halconeras, el resto de las jaulas estaban abiertas y vacías. Jhorim corrió hacia las habitaciones y encontró la de Antaris cerrada por una puerta endeble. Embistió con el hombro y salió despedido hacia atrás, arrojado por aquella delgada madera que quedó sin ningún rasguño. Los dos a una lo intentaron de nuevo, pero la puerta seguía indemne. Jhorim lo intentó una y otra vez, hasta que agotado se sentó en el suelo apoyando la espalda en la puerta. La reliquia sagrada comenzó a brillar con luz propia.

-¿Qué oscuro maleficio tienes ahí que destella sin prender? –le preguntó Lorthim.

-¿Esto? –preguntó mirando extrañado la reliquia.

La descolgó de su cinturón y sin apartar la vista de ella la acercó lentamente a la puerta que se abrió como si alguien hubiera girado una llave. Entraron precipitadamente y encontraron a Antaris tendido inerte sobre su camastro. Jhorim se acercó a él y puso el oído en su pecho.

-¿Está... muerto? –le preguntó Lorthim

-No sé. No oigo nada.

Le abofeteó y le zarandeó de los hombros varias veces, pero el cuerpo de Antaris no reaccionó. Jhorim abatido se sentó en el camastro y permaneció inmóvil mirando al suelo. Su discípulo guardó un respetuoso silencio. De pronto, a Jhorim se le encendió la mirada, sacó de nuevo la reliquia y la puso en contacto con Antaris. Esperó,

pero este no reaccionó. Se levantó enfurecido y la tiró enojado contra la pared.

-¡Estamos perdidos! Pronto invadirán la ciudad. La búsqueda ha terminado y no quedarán hombres que protejan al enviado.

-¡Respira Jhorim! ¡Huele!

-¿Qué?

-Si está muerto, ¿por qué no ha empezado a descomponerse como los demás? –le preguntó Lorthim entusiasmado.

-Quizá le haya matado después –le contestó acercando la mejilla a los labios de Antaris.

-¿Qué? ¿Nada?

-No

-La reliquia sagrada se ha roto maestro –le dijo Lorthim desanimado mientras se agachaba a recoger lo que quedaba de ella.

-Sí. Lo siento, no sé qué me ha pasado. Déjamela, quizá se pueda arreglar.

Jhorim observó la reliquia. Era como una pequeña tetera de plata, pero en el centro tenía algo parecido a un cornetín que giraba sobre sí mismo envolviendo toda la pieza. La parte superior estaba casi desprendida y se sostenía apenas por un hilillo de metal. Jhorim la terminó de abrir con curiosidad por ver lo que había dentro y allí encontró una piedra azulada del tamaño de un puño. La sacó y observó sus débiles destellos maravillado. Luego la colocó lentamente en la enorme frente del Augur que repentinamente convulsionó en un brinco, tal y como lo hiciera Jhorim que saltó sorprendido sobre su discípulo, dejándose atrás la piedra.

-Jhorim, ¿dónde estás?

-Estoy aquí maestro.

-¡Oh Jhorim! He tenido una horrible pesadilla de la que no podía salir por más que lo deseaba –dijo Antaris.

-Ya ha pasado maestro –dijo Jhorim.

-Pero, ¿qué haces aquí? Corres peligro.

-Sí. Todos corremos peligro.

-Espera… ¡Daltus! ¡Ese maldito! Ahora recuerdo. Tenemos que impedir que salgan las tropas –dijo angustiado Antaris.

-Es demasiado tarde. Salieron hace días.

-Mandaré un halcón entonces.

-Están todos muertos. Daltus los ha ido matando uno a uno, conforme venían. A todos menos al tuyo.

-Canalla… Bueno, solo necesitamos uno y es el mejor de todos.

-Está en el palacio real, no me podía arriesgar a que me delatara; pero maestro, hay algo más que debes saber: los demás Augur han sido asesinados. Solo quedas tú y todavía tenemos que salir

de la torre con ese loco vagando por ahí.

Antaris se sujetó al hombro de su discípulo y se sentó.

-Que sea cien veces maldito –dijo cerrando sus ojos apesadumbrado.

-Señor…, tendríamos que irnos cuanto antes –interrumpió Lorthim.

-Un momento. ¿Cómo rompisteis el hechizo que me tenía paralizado? –preguntó Antaris con curiosidad.

-Utilizamos esto que escondía la reliquia sagrada en su interior–respondió Jhorim enseñándole la piedra azulada.

-Esta debe ser la rival de la que él tiene... –dijo observándola atónito-... Solo que esta es más grande. La piedra de Daltus es negra como la más oscura de sus entrañas; no desprende brillo alguno, y cuando la miras parece absorberte hasta los pensamientos.

<Esta, sin embargo, es benéfica. Solo el tocarla me reconforta. Todo el mecanismo de la vida se mueve así: por el movimiento entre opuestos; y cuando muere el día, surge la noche.

¿Me dejas llevarla por un tiempo Jhorim?>

-Claro maestro. Tú me diste la reliquia.

-Creo que con esta piedra, podría enfrentarme a él. Lo que no sé es como usarla –dijo el Augur.

-Quizá si se la tiraras a la cabeza sería más efectiva –le contestó Jhorim.

-¡Ja! No lo descarto. Haría lo que fuera antes de permitir que me vuelva a hechizar esa traicionera alimaña –respondió riendo.

Bajaron a la segunda planta, donde Antaris se despidió uno a uno de los Augur asesinados acercando su enorme frente a la cabeza de cada uno de ellos. Visiblemente emocionados descendieron a la planta del consejo y el Augur se detuvo frente a la puerta atascada.

-No hemos podido abrirla. ¿Lo intentamos con la piedra? –le preguntó Jhorim.

-No. No es necesario. Están todos muertos –dijo el Augur con los ojos cerrados y los dedos apoyados en la puerta.

Siguieron hasta el dormitorio de Daltus y cuando ya estaban entrando en el pasadizo, Lorthim se detuvo.

-Yo me quedo. Voy a avisar a los demás guardianes para huir al palacio real.

-Te esperamos –dijo Jhorim.

-No. De mí no sospecha Daltus. Les iré llamando uno a uno y huiremos todos por aquí –dijo Lorthim.

-¿Confías en ellos? –le preguntó Antaris.

-Sí, pero no avisaré a los que forman la guardia personal de Daltus. Son guardianes de capa roja y cuando tienen una misión por

delante es difícil razonar con ellos.

-Ten pues el mapa.

-No es necesario, lo puedo memorizar –dijo Lorthim.

-Quédatelo. Yo ya me lo sé –dijo Antaris.

Jhorim y el Augur atravesaron el intrincado pasadizo y cuando llegaron al final, tuvieron que avisar a gritos a los del otro lado porque la compuerta de nuevo estaba bloqueada. Los soldados que lo guardaban abrieron rápidamente y les recibieron con verdadero entusiasmo, pues de todos los que habían visto marchar a ninguno vieron regresar.

Se organizó una audiencia con el rey y toda la oficialidad que quedaba en palacio. Como todos comían a esa hora, se decidió posponerla el tiempo suficiente para que nadie faltara a la reunión. Durante la espera, llegaron Lorthim y tres guardias negros más que tuvieron problemas para entrar, pues Jhorim olvidó advertir a los soldados de su llegada.

El discípulo del mental traía bajo el brazo un paquete oscuro.

-Maestro, ya que se ha demostrado la traición del consejo que te expulsó y no queda ningún miembro que mantenga acusación alguna contra ti, no hay razón para que no lleves tu uniforme –le dijo Lorthim al darle el paquete.

Jhorim cogió el paquete emocionado y abrazó a su aprendiz.

-Estoy orgulloso de ti. Cuando me expulsaron dudé de mí mismo, de mi capacidad como mental, pero luego vi en ti mis enseñanzas y supe que mi labor fue acertada. Sabía que serías el mejor de mis discípulos.

Capítulo 9

La Huida

Se reunieron en la solemne sala de gobierno. Una enorme mesa ovalada con sitio para más de treinta participantes, se preparó para recibir también a los invitados.

Valtor, Asís, Eonna, Jhorim, Lorthim y Antaris se sentaron juntos, cerca del rey que presidía la asamblea. El resto de los asientos los ocuparon militares con los más vistosos uniformes, casi todos diferentes entre ellos, pues pertenecían a disciplinas distintas. El rey mandó callar con un golpe en la mesa.

-Señores, silencio…

<… Hoy tenemos el honor, pues así lo considero para mí también, de contar entre nosotros con el Augur Antaris y cinco miembros de la orden sagrada.

No hace falta que les explique cuan grave es la situación. Nuestros visitantes del norte nos han traído nueva y valiosísima información que quiero escuchen todos. Eonna… –llamó a la joven, invitándola a hablar-.>

-Bueno, -expuso poniéndose de pie- yo solo puedo decirles lo que hemos visto allí de dónde venimos:

<El ejército enemigo es tan numeroso como árboles tiene el más frondoso de los bosques. Quizá serán dos mil veces mil o más. Allá por donde pasan, lo arrasan todo. Los caminos se quedan estrechos para todas esas bestias y a su paso se hacen más anchos, pues derriban lo que les molesta. Y lo peor no es su número; con ellos van unas carrozas gigantescas con piedras malignas que tienen la propiedad de romper la moral de los hombres y esclavizar su voluntad para cumplir los designios dictados por el mal. Ahora estarán a día y medio de camino.>

Un murmullo apagado se escuchó entre los oficiales y Eonna pudo ver el temor en los ojos de algunos de ellos.

-Como ya sabéis, hemos sido traicionados por la más alta instancia de la orden sagrada, causa de que ahora nos encontremos en nuestra situación. No quiero negar mi responsabilidad, pues la orden última de la salida de las tropas fue solamente mía. Y ya que es el destino de muchos súbditos el que aquí vamos a decidir, quiero que todos aportéis ideas que puedan ayudarnos en este difícil momento –dijo el rey.

-Mi señor, ahora mismo no resistiríamos un asedio contra un

ejército que lleve simples escalas. Más difícil veo aún luchar contra un arma misteriosa de la que no conocemos más que sus efectos, siempre, claro, que consideremos esta información fidedigna -dijo un grueso comandante de infantería.

-El testimonio de nuestros invitados está fuera de toda duda. Yo mismo he sentido el poder de esa piedra maldita. Tal y como dicen Asís y Eonna de Hurug-Madöh, quiebra la voluntad de los hombres.

-Puedo deciros además que su influjo se extiende a sus cercanías. Cuantas más piedras hay, mayor es la zona dominada. He visto valles enteros marchitar en cuestión de horas después de entrar una de esas carrozas –dijo Eonna.

Los militares murmuraron entre sí.

-Yo solo quería preguntar: ¿cuánto tiempo tardaría el halcón en llevar el mensaje y cuánto las tropas en regresar? –dijo Asís con voz temblorosa.

-El halcón tardará uno o dos días en llegar –dijo Antaris.

-Y las tropas catorce días en regresar, pues hace doce que salieron –dijo el orondo comandante de infantería.

-Lo que nos deja trece días de resistir asedio.

-Y eso en el caso de que nuestros hombres, cuando lleguen, puedan luchar contra esa cosa, sea lo que sea –dijo otro militar provocando murmullos de aprobación entre otros oficiales.

Por fin, Jhorim habló.

-Mi señor, dadas las circunstancias, creo que deberíamos plantearnos huir y dejar la ciudad hasta que nos agrupemos y conozcamos mejor a nuestro enemigo –dijo.

Un escalofriante silencio inundó lentamente la sala. Aquella posibilidad se hizo realidad en la mente de todos conforme Jhorim la terminó de exponer.

-Veo que han llegado a la misma conclusión a la que ya había llegado yo –dijo el rey-. Tenía la esperanza de estar equivocado, de encontrar una maravillosa solución que se hubiera ocultado a mi entendimiento, pero no es así. Desde que reconquistamos Merintia a los drudios, hace ya más de quinientos años, mi estirpe ha guiado a la nación desde esta ciudad y ahora la dejaremos sin ofrecer resistencia.

-Mi señor será solo una retirada –dijo un oficial.

-Bien vámonos, pero ¿cómo? Y ¿adónde? Hay que evacuar a toda la población civil. Mujeres, niños, ancianos... Todos.

-Majestad, me atrevo a deciros esto porque creo que el embrujo al que habéis estado sometido ha dejado de influiros –dijo un coronel de pelo cano y muchas condecoraciones en su uniforme–

<Poco después de dejarnos nuestras tropas, comenzaron a llegar viajeros que traían noticias aterradoras desde el norte. Como Eonna y Asís de Hurug-Madöh, antes vinieron otros muchos que

abandonaron sus hogares huyendo de un enemigo que atacaba desde la cordillera de Vandoria. Al no encontrar aquí protección militar, continuaron su huida hacia el sur; pero antes de irse dejaron entre la población los más escalofriantes relatos sobre la tiranía y crueldad que el sanguinario ejército enemigo utilizaba contra los humanos. Aunque se hicieron llegar estos alarmantes informes a su majestad, nunca se actuó en consecuencia.

No sé si recuerda que yo he hablado una vez personalmente con su excelencia y he intentado hablar otros cientos más, pero me he topado con vuestro consejero que, por cierto, no veo hoy aquí.

Gran parte de la población huyó durante estos días, antes de haber sido cercados. Y fue entonces cuando yo, mi señor, sin haber recibido órdenes de vuestra majestad, encendí las almenaras pidiendo ayuda a la ciudad de Tirhum; bastión más importante del sur. No sé si fue esta la razón que terminó de desquiciar a Daltus, o acaso fue el cerco al que justo entonces nos sometieron, pero dejó de guardar sus cínicas apariencias: una noche entró en palacio, aniquiló a toda la guardia y destruyó la almenara de la torre. Lo cierto, mi señor, es que la ciudad de Tirhum nos ha negado su auxilio pues, si no, ya estarían aquí. Es posible que conocieran nuestra situación real por el halcón de algún Augur o por algún desplazado, y hayan decidido fortificarse para resistir. Si esto fuera así, puede que ni tan siquiera abran las puertas a los viajeros que piden refugio.

Creo, mi señor, que en la misma situación de Tirhum encontraremos a las demás ciudades del sur, pues Dur-Barak era el centro que unía y daba cuerpo a los condados que forman nuestra nación. El norte, ya lo doy por perdido.

En cuanto a mi actitud, debéis saber que nunca quebranté mi lealtad hacia su majestad, y realmente me regocijo al encontraros restablecido y sabed que el motivo de vuestra flaqueza fue haberos convertido en la primera víctima de nuestro enemigo.

Ahora aceptaré con honor cualquier castigo que me sea impuesto. >

-No coronel, no dudo de su lealtad, yo habría hecho lo mismo. No puedo arreglar lo que hice y no es tiempo de lamentaciones. La historia me juzgará como el peor soberano de Merintia, de eso estoy seguro. Vamos a hacer lo posible porque no sea el último.

<Si nuestra propia gente nos da la espalda, buscaremos ayuda en tierras extranjeras. Utilizaremos todos los botes y construiremos más para huir por el río hasta la tierra drudia, donde pediremos refugio.>

-Los drudios, mi señor, son seguidores de la religión damniana. Según esta, el infiel, el que no abraza su fe, debe morir –

dijo un militar.

-Creo que ha llegado el momento de que todos los hombres unamos nuestros esfuerzos contra esta terrible amenaza –dijo el rey-. Porque después de nuestras ciudades, irán las suyas y eso lo sabrán ver ellos también.

-Mi señor, no creo que podáis razonar con un pueblo que mira al nuestro como a una aberración de la naturaleza a la que habría que destruir.

-Reconozco que nuestras relaciones nunca fueron fluidas, pero es algo de lo que no se puede culpar solo a ellos –contestó.

-Majestad, iremos hacia la muerte, nunca nos abrirán las puertas de Irdham, su magnífica ciudad –dijo el oficial.

-Pues nos reagruparemos y desde allí mismo plantaremos batalla a las hordas del enemigo –dijo-. Cuanto más al sur huyamos, más tiempo tendremos para organizarnos; además, necesitamos ayuda. Necesitamos saber más sobre esa arma. Quizá su cultura conozca algo de la piedra negra, quizá sepan la manera de combatirla.

-¿Y cómo sacaremos a toda la gente de aquí? –preguntó otro militar.

-Siendo usted de intendencia, quizá me lo pueda decir.

-La única manera de hacer una retirada más o menos ordenada en día y medio, sería efectivamente por el río, pero no tenemos tantos barcos.

-Pues se hacen.

-Pero no tenemos madera.

-Señor mío si algo nos sobra es madera. Este palacio está lleno de retablos, los techos de cualquier casa están sostenidos por vigas y traviesas. Estoy seguro de que algún día volveremos, pero no tengáis ahora reparo en destruir para conseguir los materiales.

-Majestad, y ¿qué hay de Daltus? No permanecerá quieto. En su locura, saboteará cualquier intento de huida.

-Dejádmelo a mí –dijo Antaris que tenía su mano bajo la túnica acariciando la piedra azulada-, conozco sus malas artes porque ya las he sufrido. Además, es miembro de la orden y justo es que nos ocupemos nosotros.

-Sea como deseas, Antaris. Te acompañarán diez hombres de mi guardia personal que estarán a tus órdenes.

-Os lo agradezco, mi señor. Me atrevería a pediros también que liberarais de cualquier obligación a los guardianes de la orden aquí presentes y me acompañen también.

El rey asintió con un gesto y se levantó.

-Pregonad entonces este decreto real:

<La ciudad será abandonada mañana por la noche.

A aquel súbdito al que se le requiera su propiedad deberá

cederla inmediatamente, so pena de muerte.

Al que se le demande colaboración en la construcción de las balsas deberá prestarla, so pena de muerte.

Al que se niegue a abandonar la ciudad cuando el ejército haga la evacuación, se le aplicará igualmente la pena de muerte.

Antaris, creo que debéis adelantaros para que podamos llevar a cabo nuestros planes sin la obstrucción de Daltus. >

-Sí, mi señor. Le esperaré en la puerta del castillo; sé que cuando sale a la ciudad lo hace solo, pues ningún guardián rojo sería cómplice de los crímenes que comete contra la población.

El edicto se hizo público a gritos por todas las calles y los ciudadanos salieron en tropel alarmados por unas noticias que, aunque ya habían oído en rumores, no las querían creer. Pronto el margen del río hervía en un bullicio de gentes con cuerdas y herramientas. Los tejados de las casas más cercanas al cauce se desmontaron para utilizar sus vigas. Sin ningún cuidado en conservar las viviendas, las traviesas se desarmaban con gran rapidez. Con ellas se construían enormes balsas, cada una pensada para unas cien personas.

Antaris esperó y esperó, pero Daltus no dio señales de vida. Él lo prefería así. No le agradaba la idea de enfrentarse a él y, si no aparecía para impedir los trabajos de construcción, no le iría a buscar. Aunque se mereciera el peor de los castigos por todas las intrigas que había tramado y aunque fuera él el asesino de sus compañeros y de todo el sagrado consejo, no sentía sed de venganza. De alguna forma acariciar aquella piedra le tranquilizaba y templaba su ánimo.

Estaba recordando a sus difuntos compañeros, cuando el gran portón del castillo se abrió y Daltus asomó hablando con el consejero del rey. Parecía indignado pues no dejaba de hacer aspavientos, moviendo los brazos señalando a un lado y a otro. Miró al centro de la plaza donde le esperaba pacientemente Antaris apoyado en un pozo raramente ornamentado junto a los guardias negros. Daltus cesó inmediatamente su conversación apartando con el brazo al consejero, pero no se amilanó y siguió con paso firme hacia ellos.

-Creía que descansabas en tus aposentos –dijo Daltus con una cínica sonrisa en sus amoratados labios.

-Basta de tanta locura, Daltus.

-¿Piensas que estoy loco? Tengo a todos a mis pies: a la corona, al populacho, a la orden y ¿crees que estoy loco?

-Has matado a los miembros del consejo y a todos los Augur que nunca hicieron nada contra ti –le contestó.

-El problema de vosotros, los Augur, es que sois muy

entrometidos. El día que tú y yo tuvimos la última conversación, todos aquellos fisgones espiaban mi mente. Supieron lo que te hice, así que no me quedó más remedio que eliminarlos y con ellos al consejo.

-Pero ¿por qué? ¿Qué necesidad tenías? Ya eras el consejero supremo, ¿a qué más querías aspirar? –preguntó.

-Ya te lo dije: la orden siempre ha estado por debajo de la corona y eso se terminó. Y si quieres ser el más fuerte solo debes deshacerte de aquellos que te puedan perjudicar.

-Nunca pensé que tu voluntad fuera tan débil. Esa piedra te maneja a su antojo. No estás cumpliendo tus deseos, sino los suyos.

-La piedra solo me da poder. Un poder ilimitado que me hace muy superior a los demás, que me permite aplastar tu mente privilegiada con solo darle voz a mi pensamiento.

-Casi hubiera preferido que fueras un traidor, pero eres un pobre iluso sin escrúpulos. Has puesto en manos del enemigo la ciudad embaucado por esa maldita piedra. Dámela y sométete al juicio de los hombres o muere aquí y ahora.

-Ja, Ja, Ja. Muérete tú, cabezón –dijo y comenzó a susurrar palabras a su piedra.

Un aura del color de la sangre surgió de la nada y empujó al Augur y a todos sus acompañantes al suelo. Daltus avanzó andando sin callar sus susurros que acompañaba con movimientos de sus pálidas manos. Señaló a un guardia real y este siguió lanzado la dirección de su mano, y fue a incrustarse contra el muro del castillo. Señaló a otro y lo estampó contra un carromato rompiendo ruidosamente sus maderas.

Con el estruendo salieron seis guardianes rojos que inmediatamente se pusieron delante de Daltus, su protegido. Moviendo sus espadas en mortal armonía avanzaban hacia los postrados atacantes. El consejero supremo, detrás de ellos, cesó en su actividad y observó a su guardia sonriendo, deleitándose con la aterradora danza.

Jhorim, Lorthim y sus dos compañeros de la orden se incorporaron y se adelantaron a Antaris para enfrentarles con sus espadas. Comenzó una formidable lucha entre los maestros y varios guardias reales que también se unieron al combate. Las espadas enfrentadas, hermanadas por la misma fragua de la orden, parecían protestar al chocar con ruido ensordecedor envuelto en racimos de chispas incandescentes. Pronto la lucha se decantó a favor de los guardianes rojos, que infligieron heridas en dos de capa negra y ensartaron a dos más del ejército real. No en vano, eran los más diestros en el manejo de las armas dentro de la orden, pues no estudiaban ninguna otra disciplina durante su formación. Consciente de eso, el Augur y sus dos discípulos intentaron confundirles

mentalmente, lo que les dio una oportunidad, pues sus movimientos comenzaron a hacerse más torpes.

Cayó uno de los escoltas y todos los demás comenzaron a retroceder llegando a tropezar con el propio Daltus, que ya no lucía su insolente sonrisa. Harto, quiso acabar con aquella batalla que para él no era más que un entretenimiento, y comenzó con sus fatídicos susurros. De nuevo, una ráfaga de viento rojo salió desde su mano empujando a todos los que había por delante de él, incluidos sus propios hombres. Cayeron al suelo, y él pasó por encima de los orgullosos guardianes rojos pisoteándolos para llegar a Jhorim y a Lorthim. Entonces les señaló con su mano y siguió susurrando. Los dos fueron empujados hacia el suelo y aunque intentaron defenderse con sus espadas, se vieron incapaces de mover un solo brazo. La presión aumentaba y las caras tornaron poco a poco a un difuminado color amoratado.

Dos guardias reales tiraron sus lanzas en ayuda de los mentales, pero Daltus con su otra mano hizo un gesto y salieron desviadas por su izquierda.

Antaris tocaba impulsivamente su piedra sin saber qué hacer. Sus compañeros se asfixiaban lentamente y él no conocía el funcionamiento de aquella magia. Él solo quería que Daltus se detuviera, que dejara unos segundos respirar a sus amigos. La calma que hasta ahora había mantenido se estaba esfumando en un ansioso pensamiento: ¡Detente! ¡Detente, maldito! Pensaba una y otra vez… Y pronto se encontró gritando desesperadamente sin darse cuenta mientras estrujaba la piedra.

-¡Detente! ¡Detente! ¡Detente!

Un deslumbrante rayo de color azulado, tan intenso que dañaba la vista, salió de la piedra e impactó en Daltus paralizándolo por completo. Jhorim y Lorthim respiraron agitadamente y arrastrándose se alejaron huyendo de la amenaza. Fue entonces cuando otro guardia real tiró su lanza que se introdujo en el pecho del espantado consejero sagrado.

Daltus exhaló su último aliento y la piedra negra cayó rodando de su mano. Cuando Antaris se acercó y la cogió, la observó detenidamente y un raudal de pensamientos encontrados surgió en su cabeza al mismo tiempo confundiéndolo, sin dejarle razonar. Casi instintivamente unió las dos piedras y la negra desapareció con un trozo del mismo tamaño de la azul. Una nubecilla de humo se desvaneció junto a la confusión del Augur.

-Desdichado iluso. Cuanto mal has causado y en qué poca cosa te has quedado –dijo Antaris mientras cerraba los ojos al cadáver de Daltus.

-¡Oh, mi señor! Os merecéis todas las dichas por haber

destruido a este monstruo que prisionero me tenía –dijo el consejero real arrodillado frente a Antaris.

-Quita miserable. Tu traición es mayor que la suya, pues el veneno de la piedra no te tocaba a ti como a él –dijo el Augur.

-¡No, mi señor! ¡Misericordia! Él era el dueño de la ciudad. Solo podía servirle o enfrentarme a su poder.

-Elegiste mal y ahora recibirás el juicio que te corresponde –le dijo, e hizo un gesto a los soldados para que se lo llevaran.

Los escoltas de Daltus estaban desconcertados pues no vieron como se había iniciado la pelea y, aunque no tenían ningún aprecio a su protegido, su misión, que por primera vez habían fallado, era salvaguardar la vida del consejero supremo por todos los medios. Se dirigieron lentamente hacia el Augur todavía con las espadas en la mano.

-Habéis asesinado al consejero supremo. Debéis responder con vuestra vida.

-No. Hemos matado a un traidor y en realidad nos estábamos defendiendo de sus ataques –dijo Antaris.

-Eso, en cualquier caso, tendrá que juzgarlo el consejo de la orden. Deponed vuestras armas y seguidnos.

-Hijo, no creo que el consejo vaya a juzgar ya nada, pues ellos y todos los Augur salvo yo han sido muertos por Daltus el traidor. O ¿por qué crees que él no os dejaba subir a la torre?

El guardián rojo, visiblemente contrariado, habló al oído a otro que inmediatamente entró corriendo al castillo.

-Vamos a esperar a que vuelva mi compañero. Hasta entonces nadie se va a mover de aquí –dijo mirando a los soldados que se iban a llevar al consejero real.

-Como desees, pero solo vas a conseguir que perdamos un tiempo precioso –dijo Antaris.

Esperaron y esperaron, hasta que regresó el guardián rojo seguido de otros seis más. Se acercó al primero, y le susurró al oído.

-Parece que dices la verdad, los Augur yacen muertos y nadie responde en la sala del consejo.

-Sí y dentro de poco la traición alcanzará el corazón de esta ciudad. Así que, ordena a tus hombres que vengan con nosotros a ayudar en la evacuación.

-Señor, nosotros no recibimos órdenes del ejército –dijo mirando a los militares-. Siendo usted el único Augur superviviente de la torre, solo podemos ponernos a vuestro servicio. Como guardia para su protección.

-Venid como queráis, pero venid.

Ayudaron a los heridos y se llevaron a los muertos en un

carro hacia la orilla del río, donde gran parte de la población trabajaba afanosamente en la construcción de las balsas.

Cantaban los gallos anunciando el nuevo día y todavía había carpinteros dirigiendo los grupos de voluntarios. Amarrados en la orilla del Therios, flotaban ya muchas embarcaciones hechas con las grandes vigas de madera. En las calles, todavía iluminadas por las lámparas de aceite, dormitaban muchos habitantes con sus pertenencias amontonadas fuera de sus casas. Los que vivían cerca del río, obedeciendo el edicto real, cedieron sus techos que se utilizaron en las barcas. Entre los que trabajaban, los que dormían y los trastos de estos, apenas quedaba sitio para caminar junto a la orilla.

Un jinete negro pasó galopando sorteando a los que allí estaban. Se dirigía río arriba hasta el palacio real y llevaba un mensaje urgente para el rey del mismísimo Antaris, ahora máxima autoridad de la Orden Sagrada en la ciudad. A lomos de su montura negra saltaba aquí y allí los obstáculos del camino y pronto llegó al palacio, frente al monarca.

-Majestad, el Augur Antaris ha explorado los alrededores con su halcón y ha podido ver al ejército enemigo aproximándose a la ciudad. Os ruega bajéis con vuestros hombres para iniciar la evacuación.

-¡Diantres! ¡Mucho antes de lo esperado! ¿Dónde está él? –preguntó el rey.

-Se encuentra cerca del cementerio de las ánimas perdidas.

-Decidle que nos reuniremos en la orilla más cercana al cementerio.

-Sí, majestad.

-Que toquen los cuernos y ocho jinetes anuncien por las calles el inicio inmediato de la evacuación. Llama a formación a las tropas que queden en el castillo. Nos dirigimos al encuentro de Antaris –dijo el rey a uno de sus oficiales.

La ciudad terminó de despertar entre las acuciantes llamadas de los cuernos. Los jinetes reales galopaban por las calles encogiendo el corazón de quienes los escuchaban. Un chiquillo cerca estuvo de ser arroyado por uno de ellos. Su madre, llorando, le abrazó entre su regazo protegiendo la propiedad más valiosa que tenía; sin casa ni seguridad que darle a su niño, ya solo podía ofrecerse a sí misma. El momento había llegado: una última mirada al hogar, cargar con los pocos enseres que podían llevar andando y dar la espalda al pasado. Se echó un gran saco a la espalda y se fue con la mirada perdida, hacia el río de la mano del niño. Aquí y allí se sucedían trágicas escenas de dolor entre las gentes que aún se resistían a dejar sus

hogares.

Antaris se encontraba junto a Jhorim, ya en la margen del río. Con su guardia roja, el resto de jinetes negros y los soldados reales que el rey le cedió para acabar con Daltus, a duras penas organizaba aquella caótica situación. De vez en cuando, se le podía ver abstraído, como perdido; parecía estar en otro lugar, muy lejos de allí. Comenzaron a embarcar los primeros ciudadanos, sobre las barcas amarradas. Y por fin llegó el rey.

-¿Dónde estabas Antaris?

-... –el Augur no contestó.

-¿Antaris?

-... Daba sepultura a los muertos –dijo distraído.

-¿Qué ha sido de Daltus?

-Él era uno de los muertos.

-¡Ja! Sabía que lo conseguirías.

-Majestad, ahora no hay tiempo que perder. Debemos organizar las tropas para proteger las barcas –dijo.

-Sí, traigo el resto de mis hombres. Dime ¿qué ves, Antaris? –le dijo el rey escudriñando los ojos del Augur, intentando adivinar lo que estos veían.

-Veo el mal. Las tinieblas más oscuras llegan a la ciudad. Veo bestias sin pensamiento sedientas de sangre y veo las grandes carrozas de hierro con horribles figuras representadas en sus costados avanzar sin estorbos, matando toda vida a su paso.

-¿Cuántos son?

-No alcanzo a ver el final del ejército desde esta altura.

-¿Y cómo escapamos?

-Pronto envolverán la ciudad. Hay que salir inmediatamente. Pero cuando se den cuenta de nuestra huida mandarán a sus bestias voladoras, por lo que debéis poner al menos un arquero en cada barca. Y es preciso distraer a las tropas que ya están cercando la ciudad el tiempo suficiente para que salgan río abajo todas las embarcaciones. Hacen falta voluntarios dispuestos a dar su vida, si fuera preciso, para conseguirlo.

-Yo hablaré con mis mejores jinetes –dijo el rey.

-Majestad, deberíamos hacerlo nosotros –dijo Jhorim-. Sería preferible utilizar a sus hombres en las barcazas dada su destreza con el arco.

El monarca, de mermada autoridad, miró a Antaris esperando confirmación.

-Sea como quieres, Jhorim. Te acompañará la guardia roja. Solo con ellos tendrás alguna posibilidad –dijo el Augur-. Cuando hagamos sonar el cuerno, iniciaréis la maniobra de distracción.

Todo se dispuso como Antaris ordenó. Cada barcaza llevaba

a unas cien personas, algunos cajones con provisiones, al menos dos arqueros, y tres o cuatro caballos. Las gruesas traviesas que formaban el suelo estaban firmemente unidas por cuerdas y embadurnadas de brea húmeda. Sumaban un total de veinte y estaban todas amarradas. Los cajones se colocaron alrededor, delimitando la embarcación para dar más seguridad a los que en ella viajaban. Aun así, la fuerza con la que el río bajaba producía un inestable movimiento que a todos angustiaba, recordándoles la precaria situación en la que se encontraban.

Los cuatro jinetes negros y diez de la guardia roja esperaban en solemne silencio sobre sus monturas, alrededor del pórtico de la entrada oriental. Evitaban mirarse a los ojos, pendiente cada uno de sus pensamientos, cuando el impaciente sonido de un cuerno llegó para reclamar su encargo. Un jinete rojo abrió despacio el portón, y todos los demás salieron en fila lentamente hacia el sur. Así recorrieron un buen tramo cuando a lo lejos se escuchó un grito de odio. Como no habían llegado aún al punto acordado, iniciaron un precipitado galope.

El ruido de unos tambores se extendió por la llanura, y las bestias que rodeaban la parte oriental de la ciudad se pusieron en movimiento. Jhorim iba al frente y, aunque a tanta velocidad apenas veía por delante, pudo fijarse en que el cerco se estaba cerrando. Si seguían pronto les cortarían la retirada. Dudó un momento en dar media vuelta, pero más adelante vio tropas enemigas que aún no se habían movilizado. Si no les perseguían se quedarían muy cerca de la esclusa por donde debían huir las barcazas y luego las podrían atacar. Decidió separarse de la muralla e ir directamente hacia ellos, de manera que los otros perseguidores se alejaran también de la muralla y dejaran libre un paso para volver al portón.

Próximos a caer sobre las bestias, los guardias rojos adelantaron en formación a Jhorim; como si estuvieran realizando un medido ejercicio, galopaban separados por la misma distancia. Cargaron al mismo tiempo hincando sus lanzas con fuerza en los aterrados excretores que se disgregaron desordenadamente. La letal habilidad de los jinetes rojos les permitía recuperar el arma en cada lance, de manera que en muy raras ocasiones quedaba rota en el cuerpo de su enemigo. Su peculiar lanza, terminada en espada curva, podía cortar o penetrar según el movimiento que le dieran. Pronto las huidizas tropas se reagruparon y plantaron batalla, pero lejos del curso del río; el objetivo ya estaba cumplido y Jhorim replegó a sus hombres hacia la muralla, de vuelta al portón Oriental.

Los excretores enfurecidos corrían hacia los muros de la

ciudad para cerrarles el paso. Ellos solo podían galopar forzando sus monturas que, mostrando su casta, daban todo de sí. Cuando apenas quedaban cien metros, el pasillo se cerró por completo, pero como quiera que los únicos que podían atacarles eran los más cercanos, consiguieron avanzar lentamente cercenando miembros aquí y allá. Uno de los caballos cayó entre los gritos desgarradores de su jinete que, como si perdiera media vida, rompió el vínculo que le unía a su montura. Y allí quiso quedarse, junto al animal mortalmente herido por un hacha incrustada en el costillar. Lleno de rabiosa ira, blandió su lanza sin piedad por encima de la cabeza y pronto se hizo un hueco entre los cuerpos mutilados de aquellas bestias que, empujadas por sus compañeros de atrás, se veían enfrentadas al afilado hierro del guardián. Aquel acto de inútil lealtad permitió a los demás llegar al portón, en donde acabaron con los pocos que no fueron atraídos por el tumulto organizado en torno al heroico jinete. Cuando el cuerpo del guardián cayó atravesado por las flechas sobre su caballo, las bestias se abalanzaron sobre él para despedazarlo entre sus garras.

La expedición se adentró por las callejuelas empedradas de la ciudad hacia el embarcadero. Los cascos de los caballos resbalaban con los adoquines pero no disminuían la marcha. Cuando llegaron, su barcaza les esperaba y las demás ya navegaban río abajo. Antaris complacido, hizo un gesto de aprobación, y dirigió ensimismado la mirada al cielo donde el halcón planeaba vigilando los alrededores.

Una a una, las barcazas pasaron las esclusas dejando atrás la protección de las murallas. Todas navegaron junto al margen este del río, que ahora parecía estar sin vigilancia. Los tambores sonaban desde varios sitios distintos como advertencia a los navegantes, quienes estremecidos vigilaban el margen desde el que eran más vulnerables.

Repentinamente un agudo silbido rompió aquel monótono golpear y cientos de flechas comenzaron a caer en el agua, junto a las embarcaciones. Tal y como predijo Antaris, el ataque desde la orilla occidental no llegó hasta ellos, aunque alguna que otra saeta alcanzaba a clavarse en los cajones. Los timoneles se arrimaban más y más al margen contrario hasta que la barca del Augur tropezó con una de sus esquinas en la gruesa raíz de un árbol sumergida bajo las aguas. La embarcación giró sobre sí misma, acercando la popa a los arqueros enemigos. El miedo a sus flechas provocó que la mayoría de los pasajeros huyera hacia la proa, causando que la balsa volcara irremisiblemente. Entre gritos de terror todos acabaron en las aguas, agarrándose con desesperación a los restos de los cajones que flotaban alrededor. Como la de Antaris fue la última en zarpar con los habitantes que faltaban, solo quedó la embarcación de los guardias

sagrados para recoger a los náufragos. Por fortuna esta estaba casi vacía, y pudo cargar con los supervivientes que rescataron, entre los que se encontraba el propio Antaris y los hermanos del norte.

-¡Parad por lo que más queráis! ¡Hay que recogerlos a todos! –dijo Antaris ya en la cubierta totalmente empapado.

-No podemos. La corriente es muy fuerte –contestó Jhorim mientras ayudaba a una madre que luchaba por subir a su hijo.

-¡Echad una cuerda, o me saldrán ancas como a las ranas! –dijo Valtor chillando.

Eonna le arrojó la soga de una amarra que fue a darle en la cabeza y pudo cogerla sin mayor esfuerzo.

-¡Cuidado! –gritó un soldado señalando al cielo.

Un aluvión de flechas cayó sobre los náufragos que aún estaban en el río. Las tropas enemigas viendo la oportunidad de alcanzarles centraron sus esfuerzos en ellos. Algunos se sumergieron para volver a emerger, pero otros se quedaron en las profundidades. La cuerda se deslizó flotando arrastrada por el barco, pero Valtor no apareció.

-¡Valtor! ¡Valtor! –gritó llorando Eonna.

-¡Valtor! –le llamó Jhorim.

La embarcación se alejó rápidamente de las hordas enemigas, rodeada por la sangre de los caídos que teñía la corriente de rojo intenso. Los supervivientes se quedaron mirando atrás en silencio, sin poder hacer nada.

Una profunda sensación de impotencia invadió a Antaris y luego, de pesar y resquemor hacia el timonel que llevaba la barca. El odio que no sintió frente a Daltus, ahora surgía en forma de remordimientos.

-Maldito seas, ¿es que no has visto el árbol? –le preguntó al joven timonel que de puntillas miraba hacia la proa.

-No... Yo...

-¡Cualquiera con ojos en la cara lo habría visto!

-Pero... no sé cómo ha podido...

-¡Sí no sabes navegar, no haberte ofrecido a manejar el timón! –le gritó zarandeándole de los hombros.

-¡Lo siento! –dijo lloriqueando.

-¿Qué te pasa Antaris? -preguntó Jhorim colocándose entre el joven y el airado Augur- ¿No ves que ha sido un accidente?

-¡Díselo a los que han perdido la vida!

Antaris sabía que el timonel no tenía la culpa, pero sentía un gran vacío en su interior y, aunque era consciente de lo injusta que era cada una de las palabras que salían por su boca, era incapaz de parar de atormentar al joven. Y así, encontró en su sufrimiento la descarga de culpa que él necesitaba para sentirse mejor.

La barcaza siguió río abajo, y el Augur se tranquilizó. Rebuscó entre sus ropas para acariciar la piedra mágica, pero no la encontró. Se le cayó en el naufragio.

-He perdido la piedra y con ella la vida, pues lo tenía todo y no necesitaba nada –le dijo a Jhorim abatido.

Capítulo 10

La expedición del enviado se alejó de Tirhum por el sendero del acantilado. Aunque por aquella senda bien se podía cabalgar sin peligro de precipitarse por el barranco, ninguno se quería arriesgar a montar asustados de ver a su derecha la caída del impresionante cañón Vandhur. Fueron caminando con las riendas de sus monturas en una mano mientras con la otra acariciaban la pared vertical. La fila era encabezada por el eremita, al que seguía Murghos, después Leratham, Bentor y al final Etham. Andaban concentrados en donde ponían los pies, de manera que la marcha transcurría lenta y silenciosa. Conforme avanzaban, el sendero se ocultaba entre la vegetación cada vez más abundante. El suelo, que en un principio era de arena sólida, estaba ahora sembrado de matojos de malas hierbas y allá donde pisaban habían de cuidar en no torcerse un tobillo.

Aquel camino que empezaron con tanto ánimo, pasada la mañana, se les hizo angustioso y peligroso. La creciente ansiedad se adueñaba de sus mentes y alguno se planteó si valía la pena el esfuerzo o quizá sería mejor volver a Tirhum. Bentor se miró a sí mismo y se vio alejado del lugar en donde debería estar: junto a su padre. Meditaba sobre esto cuando se dio cuenta de que Etham era la única razón por la que se encontraba allí y de esa manera. Se preguntó si debía compartir las calamidades de su vida. Después de todo, su amigo era un chico introvertido que siempre estaba preocupado en sus problemas. Bentor se sentía cansado de estar siempre ahí, en su sombra. Él también tenía sus propios quebraderos de cabeza, no en vano, dejó a su padre en Dur-Barak. Sí. La culpa de estar en ese angosto precipicio era solo de Etham.

-Este camino es imposible ¿Por qué no volvemos a Tirhum? –dijo Bentor.

Etham calló extrañado por la pregunta de su amigo esperando que fuera reprendido por algún otro, pero todos callaron.

-¿Bentor realmente quieres volver? –le preguntó Etham

-Sí

-¿Y alguien más quiere volver? –preguntó a los demás que se habían detenido.

Ninguno más contestó, pero sus caras mostraban el deseo imperioso de regresar. Solo les faltó valor para decirlo.

-¿Después de todo lo andado, no preferís seguir?

-¡No! –gritó Bentor.

-Pues lo siento, yo no voy a dar la vuelta –dijo decidido.

Un profundo y desconocido sentimiento de odio invadió a Bentor. El corazón le latía violentamente y solo deseaba empujar a su caballo al abismo y después a Etham, junto con Tizón, para alejarse de allí por donde habían venido.

Etham se quedó perplejo viendo la aversión en los ojos de Bentor, que asomando la cabeza sobre su caballo parecía estar valorando la posibilidad de tirarlo para atacarle a él directamente. Echó mano a la empuñadura de la espada y se dio cuenta de que estaba vibrando. La miró y vio que brillaba dentro de su funda.

-Me estás asustando. ¿Qué vas a hacer? –le preguntó.

-Voy a pasar.

-Escucha Bentor, podemos avanzar un poco más y en cuanto lleguemos a un ensanche del camino podrás regresar –le dijo amablemente consciente de que algo extraño le estaba pasando.

Bentor reflexionó por un momento; miró a su caballo, se secó el sudor de la frente con el antebrazo y asintió.

Continuaron y tras el siguiente recodo llegaron a una gran hendidura en la pared que parecía ser el hueco de un gran peñasco desprendido. La gruta abierta era de gran tamaño y en el centro había una misteriosa roca negra. Pasaron todos y Bentor cansado, se apoyó en la roca. De pronto ya no le parecía suficiente volver, quería algo más. Ahora pensaba que todos debían pagar por lo mal que lo había pasado en el sendero. Todos se merecían morir por poner su vida en peligro.

-¡Por mis barbas! Nunca pensé que fuera a agradecer tanto pisar tierra firme –dijo el anciano.

-Sí, es horrible. ¿Es que no hay otro camino para llegar a ese monasterio? –preguntó Leratham.

-Bueno... Hace muchos, muchos años que nadie ha ido al monasterio –dijo Erick.

-¿Por qué dices eso anciano? ¿Cómo lo sabes? –preguntó Murghos intrigado.

-Veréis, lo cierto es que encontré una vaga referencia sobre los cenobitas en la gran biblioteca de Dur-Barak. Esta se encontraba en un pergamino casi ilegible y hablaba de un templo en el abismo de Vandhur, al que se llegaba por el propio cañón Vandhur. Cuando dejé morir al niño de aquella familia miserable, busqué un lugar donde expiar mis faltas y aquel sitio me pareció el mejor. Quería desaparecer, irme lejos de la ciudad, ocultarme de los ojos de los hombres. Y empecé el camino, pero antes de llegar encontré el lugar que había visto en mi visión y aquello se me olvidó.

-¿Y lo dices ahora? ¿Después de jugarnos la vida? Viejo loco. Merecías haberte despeñado como una rata por el precipicio –dijo Bentor mirándole con desprecio, mientras acariciaba compulsivamente la roca con los dedos.

-Joven, siento que pienses eso; hace solo unos días Etham no sabía qué hacer con su vida. En aquel momento me pareció lo mejor encaminarle hacia aquí pues, aun en el caso de no encontrar a los cenobitas, habrá merecido la pena mantenerle la mente ocupada en lo que debe, al menos durante estos días –dijo el anciano levantando sensiblemente la voz.

-Él, siempre él. El maravilloso profetizado al que todos desean acercarse. El salvador del mundo que solo piensa en huir a la tierra Augur –siguió Bentor.

-¡Basta ya! ¡No sigas por ahí o tendré que hacerte callar! –gritó Murghos imponiéndose a las quejas de todos los demás.

-Es un engaño y os lo voy a mostrar –dijo abalanzándose sobre Etham.

Los dos rodaron por el suelo y quedaron en el borde del precipicio.

Bentor, mucho más fuerte, acabó sobre el chico cogiéndole del cuello. Los demás horrorizados se acercaron para separarlos, pero la mitad del cuerpo de Etham estaba ya suspendida por los aires y solo se mantenía por sus piernas, que estaban aprisionadas bajo el peso de Bentor.

-¿Qué... haces? ¡Suéltame! –le pidió Etham con dificultad.

-Dime... ¡Oh, mi señor Etham! ¿Cómo es posible que seáis el profetizado si vais a morir ahora? –le preguntó mordazmente con las comisuras de los labios rebosando saliva.

-¿Bentor qué te pasa? Soy yo.

-Sé muy bien quién eres, pero ellos todavía no –dijo mientras trataba de liberar el cuerpo de Etham para dejarlo caer.

-¡Espera! Si vas a matarme, hazlo con la espada. Es lo único que te pido en recuerdo de nuestra amistad –dijo el chico con la cara amoratada.

-Como quieras. El resultado será el mismo –contestó mientras rebuscaba con su mano izquierda en la cintura de Etham.

Bentor agarró la empuñadura y desenvainó. Entonces, un repentino cambio se reflejó en su cara. Sorprendido, se quedó quieto, boquiabierto, mirando la cegadora luz de la espada. Aflojó el cuello de Etham y relajó las piernas, como si todo lo que le rodeaba no tuviera nada que ver con él. A punto estuvieron de caer los dos al cañón, pero fueron arrastrados por Murghos hacia el interior.

Etham respiró extenuado, cogió la espada de la guarnición y de un tirón se la quitó a Bentor. Con ella en la mano se fue detrás de

la roca negra, lo más lejos que pudo colocarse de su amigo. En cuclillas recuperó allí el resuello.

Bentor seguía mirando la nada y Etham le observaba. Cuando estuvo más recuperado, se levantó con la espada en la mano y con paso decidido se dirigió hacia Bentor, pero se detuvo frente a la roca, alzó el arma y descargó un golpe que, entre gran estruendo, la hizo añicos. Saltaron minúsculos fragmentos hacia todas las direcciones y aunque todos recibieron algún impacto, ninguno se quejó, pues de pronto sintieron gran sensación de alivio. El pesar que les acompañaba desde hacía horas y que se había alojado furtivamente en sus corazones, desapareció sin más. Bentor rompió a llorar desconsoladamente.

-¿Qué acaba de ocurrir? –preguntó el viejo- ¿Qué era lo que aplastaba mis sentidos?

-Era esa cosa –dijo Etham-. Lo supe cuando me acerqué a ella. Mi espada vibró como nunca antes lo había hecho.

-Quizá sea eso lo que haya trastornado a Bentor –dijo Leratham.

-Sin duda –dijo el anciano-. Él debe ser más sensible al influjo de esa piedra. En los viejos pergaminos de la biblioteca de Dur-Barak encontré referencias a misteriosos objetos que traían desgracias y mala suerte durante siglos a pueblos enteros, y eran utilizados entre clanes rivales como regalos malditos.

-Vámonos cuanto antes, no me encuentro bien aquí –dijo Etham.

-Bueno, la piedra está destruida, pero ahora hay miles de chinas; quizá su efecto todavía perdure –dijo Erick.

Bentor siguió gimoteando como un chiquillo apoyado en el hombro del anciano, que se acercó para consolarle. Etham pasó delante sin mirarle, de nuevo hacia el camino y todos le siguieron. Conforme se alejaban de la gruta, la expedición fue acelerando la marcha; pese a no haber descansado, a cada paso que daban se sentían más y más livianos. Bentor, sin embargo, seguía embotado con un profundo hipo que resonaba en sus grandes pulmones como un indeseable acompañante.

Las finas gotas procedentes de la imponente cascada, refrescaban el camino y enturbiaban la visión, formando una gran nube que desapareció cuando dejaron el cañón para adentrarse en el abismo de Vandhur. Entonces la vista se despejó. El precipicio de roca grisácea caía casi verticalmente, salpicado de frondosos árboles y matorrales que, haciendo equilibrios, aprovechaban los pequeños resquicios para arredrar en la tierra. El abismo era tan grande que en su interior cabrían varias ciudades como Dur-Barak, pero era tan profundo que ningún ser humano había llegado abajo.

Siguieron el camino, con los ojos puestos en el vertiginoso paisaje, hasta que llegaron a otra hendidura. Esta era mucho mayor que la anterior. En una de sus rocosas paredes había tallada una puerta, tan alta como dos gigantes, con una inscripción:

Solo el poseedor
de la
Verdad
llamará
al pasador
de la puerta.

Murghos se quedó perplejo plantado frente al umbral, mientras los demás aligeraban la carga de los caballos.

-¡Abrid la puerta! –gritó golpeándola con el brazo- ¡Abrid monjes! Venimos desde muy lejos para veros.

-Parece que no eres el poseedor de la verdad -le dijo el viejo mostrándole una mueca a su amigo.

-¡Diantres! Prueba tú, anciano. Veremos cuánto de verdad hay en lo que dices –le respondió Murghos sonriendo.

-Creo que debería intentarlo el chico. Si hay alguien aquí al que respondan los cenobitas será a él –dijo señalando a Etham.

Pero él no creía que su llamada fuera a ser escuchada y llamó con desgana, mostrando a los demás su falta de interés.

-¡Yo invoco al que ha de abrir la puerta! –dijo.

Y la puerta, no se abrió.

-Es inútil. Si hace tantos años que nadie ha visto a ninguno de esos monjes, será porque están muertos o han abandonado el monasterio –dijo Leratham.

-He podido estudiar libros de épocas muy distantes en los que se habla de ellos. Creo que son algo más que unos monjes cualesquiera –contestó Erick.

-Sea por lo que sea, no nos abren. Así que, poco hacemos ya aquí –dijo Murghos.

-Va a anochecer ya. Acampemos y quizá el tiempo nos dé la solución –dijo el anciano deseoso de entrar en el monasterio.

Todos colaboraron en preparar el campamento. Bentor, especialmente servicial, recogió pajas y ramas secas para hacer una pequeña hoguera y calentar la cena. No sabía bien lo que había pasado, pero ahora se sentía observado por los demás. Incluso su hermana parecía mirarle con recelo y, aunque todos culpaban a aquella piedra, se preguntaba si en realidad no fue él el responsable, pues se acordaba perfectamente de las intenciones que casi le llevaron

a matar a su amigo. ¿Estaría loco? ¿Sería un peligro para los demás? Cavilaba en esos pensamientos mientras volteaba las piezas de carne de ave en el puchero.

-No -se dijo Bentor en voz alta, indignado porque no había sido él. Había sido manejado por algo o por alguien.

Solo el hechicero Erick le escuchó, pero prefirió ignorarle.

-¿Cómo habrán traído estas puertas hasta aquí? ¿Las habrán descendido con poleas desde allá arriba? –dijo Murghos dirigiendo su mirada al cielo, por encima de la cima del abismo.

-No creo. Hemos descendido mucho desde que iniciamos la marcha. Es más fácil que hayan tallado la piedra en la propia roca –respondió el hechicero.

-¿Y a quién se le ocurriría venirse a este recóndito escondite para agujerear la montaña y construir un monasterio?

-Por lo poco que sé de los cenobitas, más que monjes son algo parecido a una sociedad secreta. En el pasado tenían gran poder y eran la representación de una religión o algo parecido. Grandes reyes les rindieron pleitesía hasta que en un momento de la historia, esta relación se perdió y los monjes se enclaustraron. Muchos años han pasado ya de esto; puede que ya ni siquiera existan pero, en aquel entonces, este era un sitio de peregrinación.

-Hasta que pusieron estas puertas, seguro. Ni siquiera tienen picaporte para llamar –dijo Leratham sonriendo.

-Ja, Ja. Sí, no habría estado mal unas aldabas o algo así para despertarles –dijo Etham riendo abiertamente.

Pero según hablaba se le cambió la cara y echó mano a su espada para mirarla con atención, como si estuviera esperando a que le diera una respuesta.

-Solo el poseedor de la verdad... –dijo recitando.

Se acercó a la puerta y arrimó la espada, pero no ocurrió nada. Con el oído pegado paseó la espada muy cerca de la superficie. De pronto, la empuñadura golpeó ruidosamente la roca atraída por el interior. Etham sorprendido la soltó y se apartó, pero esta no cayó. Permanecía allí quieta con un suave brillo latente.

-¡Lo sabía! Es el profetizado –dijo el hechicero.

Etham le observó calladamente pero enseguida volvió a la espada. La sujetó y tiró de ella con fuerza. El arma se soltó y la puerta no se abrió. Volvió a colocarla en el mismo sitio y esta vez la arrastró con gran esfuerzo por la superficie. Un pesado ruido procedente del interior acompañaba sus movimientos hasta que una de las hojas de la puerta se abrió con un enérgico crujido, provocando que Etham cayera empujado hacia atrás. Alrededor de la explanada se extendió una nube de polvo con un rancio olor a cerrado.

Leratham tosió ruidosamente.

-No esperaréis entrar ahí dentro –dijo.

-Para eso hemos venido –respondió Erick.

-Pero está totalmente oscuro.

-Eso se puede arreglar –dijo Murghos cogiendo unas ramas.

-¿Y si cenamos antes, pasamos la noche aquí fuera, y descansamos? Tantos años que lleva cerrado podrá esperar un día más –dijo Bentor rompiendo su silencio.

-¿Con estas puertas abiertas? ¿Quieres que salga alguien durante la noche y nos degüelle? Preferiría entrar y comprobar si hay algún peligro –dijo Murghos.

-Si os parece podemos cenar como dice Bentor y pasar la noche con turnos de guardias –dijo el hechicero-. Quizá por la mañana entre algo más de luz.

-Bueno, pero yo haré la primera guardia –dijo Murghos gruñendo.

-Tú mejor descansa y deja a la juventud la tarea. La primera guardia la harán Etham y Bentor –dijo Erick.

-¡Ah! Viejo hechicero es inútil discutir contigo –dijo.

-Mis razones tengo. Tú por si acaso, vigila a Bentor durante su guardia –le dijo Erick una vez estuvieron retirados.

La noche era despejada y la luna alumbraba débilmente la entrada realzando el contorno de la puerta. Pendientes de aquella oscuridad que parecía tan profunda, nadie prestaba apenas atención a la comida. Cuando terminó Etham se asomó al desfiladero. Observando el fondo del abismo podía ver el reflejo del cielo estrellado sobrevolado por extrañas aves nocturnas. Se sentó dejando balancear sus piernas por el abismo y pensó que aquella inmensidad parecía menguar aplastantemente el campamento. Cuando el resto acabó de cenar, Bentor dejó que se acostaran, echó unas ramas al fuego y se sentó junto a Etham.

-¿Estás pensando arrojarme de nuevo? –le preguntó Etham.

-Oye perdona. No sé qué me ha pasado. Sabes que te aprecio mucho.

-No me lo parecía hace un rato.

-Ya. Algo me impulsó a hacerlo. Algo me decía que tú eras el culpable de todo lo que está pasando y cuando quise darme cuenta...

-Bentor, valoro mucho tu amistad. Siempre me he sentido solo: rodeado de jinetes negros y visto por todos como alguien del que es mejor alejarse. Como sabes, mi padre y tú sois los únicos en quienes he podido confiar durante mi vida y él ya no está. Cuando era niño, a tu familia y a tu casa los tomé como míos, lo que me ayudó mucho durante aquellos años tan difíciles para mí. Pero lo que me decías mientras me atacabas...

-Ese no era yo –le interrumpió Bentor.

-No… Prefiero que me digas lo que piensas. No se puede mantener una amistad con mentiras, pero si para ti voy buscando la atención de todos estás muy equivocado. Daría lo que fuera por llevar una vida normal.

-Lo sé, es lo peor de todo. En aquel momento de locura no hablaba yo. Llegué a pensar que si te mataba acabaría con todos los males de este mundo. Ya sé que es una locura pero lo creía, estaba plenamente convencido.

-No eres el único que piensa eso.

-No entiendo nada de la profecía, ni de lo que te enseñaron los maestros de la orden, ni tampoco de tu espada rara, pero hoy sí he conocido una fuerza maligna muy poderosa que desea verte muerto a toda costa. Yo he sido dominado por ella y tú, después de abrir la puerta con eso, deberías saber que es cierto –dijo señalando el arma.

-Sí, también lo noto. Hay fuerzas que yo tampoco entiendo a mi alrededor cambiando mi vida –dijo Etham.

-Siento haberme dejado manejar por una de ellas. Te aseguro que no volverá a pasar porque desde ahora ya sabré reconocerlas.

Allí perdidos en el recóndito recoveco del despeñadero estuvieron charlando por varias horas hasta llamar a Murghos, que ya vigilaba despierto e hizo turno doble.

A la mañana siguiente el ancestral monasterio les seguía esperando mostrando su oscuridad enigmática. Ni siquiera los rayos del sol dejaban ver parte de su interior. Desayunaron y Murghos arregló unas antorchas con varios palos atados entre sí por largos tallos verdes. Las encendieron y entraron uno detrás de otro.

La habitación efectivamente estaba tallada en la roca. Con su mismo color grisáceo, tenía las paredes cubiertas de hendiduras hechas por alguna herramienta y erosionadas por el tiempo. Aún se veían a través de ellas las vetas de la piedra, pero sobre ellas, en algunos sitios, se distinguían claramente varios dibujos. El mayor de todos ellos estaba formado por tres lunas: una blanca, una negra y otra azul. Las tres alrededor del mundo que parecía mostrar fielmente todas las regiones, salvo el abismo de Vandhur y la cordillera de Vandoria.

La entrada era casi del mismo ancho que la puerta, pero mucho más alargada dándole el aspecto de un pasadizo. Unos viejos y roídos cortinones azules colgados en un arco, daban paso a otra habitación. Allí había otro dibujo de medidas parecidas al primero, pero esta vez solo había una luna blanca alrededor del mundo, en el que ahora sí estaba la cordillera de Vandoria y el abismo de Vandhur.

Siguieron avanzando y llegaron a otra sala separada de la anterior por grandes cortinones de color rojo. La escasa luz de las

improvisadas antorchas no llegaba a alumbrar las paredes de esta, por lo que caminaron buscando la siguiente puerta; pero por más que andaban no alcanzaban a ver el fin de la sala.

-¡Esto debe ser enorme! –dijo Murghos preocupado.

-Sí, creo que debemos dar la vuelta o nos perderemos –respondió Erick.

-¿Y cómo vamos a dar la vuelta en medio de la nada? –Dijo Bentor-. Yo ya no sé por dónde hemos venido.

Una de las tres antorchas, la que llevaba Bentor, se deshizo entre pavesas incandescentes esparciendo sus restos por el suelo.

-¡No! ¡Si nos quedamos sin luz no podremos salir nunca! –dijo Leratham, gritando visiblemente nerviosa.

-¡Vamos! Esta madera se consume muy rápido –dijo Murghos.

Todos aligeraron el paso. Seguían al veterano guardián rojo, guiados por su antorcha, pero por más que caminaban no encontraban la puerta de entrada. Aquello terminó de perturbar a Leratham cuya jadeante respiración era cada vez más pronunciada. A ella nunca le gustaron los sitios cerrados y aquello era peor que las minas Sallhrom. Necesitaba aire, ver la luz del día, cabalgar y sentir el viento bajo su pelo.

-Ya teníamos que haber llegado. No estuvimos tanto tiempo andando –dijo con un aliento casi inaudible.

-Estamos dando vueltas y no queda casi antorcha. Yo apagaré la mía y seguiremos con la tuya Murghos, hasta que se acabe –dijo Erick.

-Juraría que he ido en línea recta –se defendió el guardián.

-No es culpa tuya; es por esta maldita oscuridad –dijo Erick-. Etham, saca tu espada.

Etham la sacó esperando verla vibrar o lucir como antes lo había hecho, pero descansaba sobre su mano más tranquila que nunca.

-Nada, no hace nada –dijo.

-Deberíamos haber quitado esas horribles cortinas y ahora veríamos la luz de la entrada –dijo Leratham.

-Está bien, ¿alguien tiene piedras, monedas o algo que se pueda lanzar? –preguntó el hechicero buscándose entre las ropas.

-Yo tengo mis dagas –respondió Leratham.

-Eso servirá.

La cogió de los hombros y la colocó de espaldas a él.

-Poneros todos detrás de nosotros –les dijo a los demás-. Leratham ahora tendrás que tirar una de tus dagas con todas tus fuerzas.

Ella lo hizo y escucharon como el arma cortaba el aire hasta que a lo lejos cayó al suelo deslizándose por la roca.

-Bueno, coge otra -le dijo girando su cuerpo un cuarto de vuelta- y vuelve a lanzarla lo más fuerte que puedas.

La lanzó y el resultado fue el mismo, pero el vuelo de la tercera daga fue más corto. Cuando estaba todavía por los aires chocó entre un racimo de chispas y cayó al suelo.

-¡Eso es! No olvidéis ese destello o volveremos a dar vueltas como antes –dijo el hechicero poniéndose al frente.

Continuaron en la dirección donde apuntaba Leratham. Casi sin cerrar los ojos, con la mirada puesta en donde vieron las chispas, caminaban ahora con más calma. Por fin llegaron a la pared. Como las salas anteriores era de piedra rugosa, aunque presentaba extraños grabados y oquedades esculpidas en la roca en forma de bancos y estanterías que parecían estar en desuso.

Palpando el muro con la mano avanzaron en busca de la entrada hasta que dieron con el busto de una figura colocada junto a una puerta cerrada. Erick alumbró la estatua con curiosidad. Tenía la forma de un hombre de estatura baja con pelo abundante que parecía estar pegado sobre la cabeza. El rostro, con los ojos cerrados, representaba a alguien de mediana edad carente de expresión. Acercó la antorcha a la cara para verla con detalle, cuando los párpados se abrieron.

-¡Uuuaaah! -gritó el hechicero retrocediendo de un brinco.

-Oh... No... No... No... Por la luna azul... No... No... No... –dijo el hombrecillo hablando delirantemente rápido mientras correteaba entre el grupo- ¿Cómo...? ¿Cómo...?

Cuando se fue, su voz se perdió poco a poco en la oscuridad. Ellos se quedaron perplejos, sin saber bien lo que había pasado. Murghos reaccionó y apartó al anciano Erick de encima, que había quedado sobre sus pies y aún trataba de recobrar el aliento.

-¿Ese es un monje? –preguntó.

-No sé qué es, pero te aseguro que hace un momento era una estatua –respondió el hechicero arreglando su compostura.

-¿Y ahora qué?

-Bueno al menos no parecía peligroso. Aunque no estaba muy contento de vernos –dijo Leratham mirando al suelo en busca de su daga.

-De todas formas creo que debemos seguir buscando... –decía Murghos cuando fue interrumpido por un extraño sonido.

Tras el suave repiqueteo de piedrecitas de arena cayendo, se comenzaron a escuchar ruidos procedentes de resortes de mecanismos, hasta que un enorme estruendo irrumpió en la sala. Instintivamente todos se agacharon y la antorcha cayó al suelo apagándose. El hechicero palpaba la roca tratando de recuperarla, cuando un haz de luz iluminó la sala. El insoportable estrépito continuó mientras unas

compuertas en lo alto de la estancia se movían, dando paso a la luz del día.

Los ojos de Etham trataban de adaptarse a aquella luminosidad cuando descubrió el grandioso templo en el que se encontraba. La montaña resultó estar hueca y el monasterio ocupaba todo su interior. En el centro colgaba una gran esfera azul en la que se reflejaba la luz, dando un extraño aspecto al polvo que se veía flotar por todas partes. Las paredes mostraron completamente sus dibujos dejando ver su extraordinaria belleza.

Varios hombrecillos correteaban de aquí para allá llevando cosas de un sitio a otro. Algunos se acercaron al grupo con sillas de roída madera, alfombras agujereadas y cojines andrajosos. En un momento acomodaron a la expedición sin darles tiempo a entablar conversación con ninguno de ellos.

-Parece que nos invitan a sentarnos –dijo Erick, tomando un asiento.

-No sé si estas sillas aguantarán mi peso –dijo Bentor sentándose con cuidado.

-Más vale. No creo conveniente romperles nada ahora –dijo Erick.

Otro monje se acercó hasta ellos con un gran libro polvoriento en la mano, y lo depositó en un atril en el centro de la asamblea. Comenzó a hablar haciendo pausas deliberadas en las que parecía estar sufriendo impacientemente. Se movía sin parar, frente al texto.

Desde hace siglos,
nosotros los cenobitas,
hemos esperado al enviado del señor de la luz.
Nuestro saber ha sido preservado en el tiempo,
para ahora poderos servir.
De todos es sabido que...
cuando la luna negra se encuentre,
llegará el enviado para con su poder,
prender la luna azul.

Ahora escuchad y se os revelará el secreto de la vida.

Es importante que veáis detrás de las palabras, pues de todo este libro… –dijo levantando el polvoriento manuscrito… -esto es lo más importante…

En las praderas de Solbelia, habita una colonia de luciérnagas nubontrópicas. Extraña especie cuya tonalidad de luz varía según la reina de la colmena a la que rinden lealtad, y que se caracteriza porque sus ejemplares lucen continuamente ya desde

larvas; y porque viven en colmenas en lo alto de ramas.

Tras minuciosos estudios se descubrió que poco después de nacer, la tonalidad de las larvas cambia ligeramente. Todas menos la de una, la cual comparte luz y tonalidad con la reina, hasta tal punto, que es difícil diferenciarlas.

Se observó además, que el grado de lealtad y sumisión de las luciérnagas hacia su reina, se ve reflejado en los distintos cambios de tono de su interior; comprobándose que, más se separan de ella conforme más difiere el tono de estas. Al separarse demasiado llega un momento en que se vacían de luz, quedan como huecas mostrando un exoesqueleto trasparente.

De alguna manera, en ese momento, la luciérnaga vacía se ve expulsada de la colmena. Aunque no se conoce la forma en la que esto ocurre, se cree que la luz que desprende la reina solo acepta su propia tonalidad pura, y otras luces o tonalidades no pueden mezclarse con esta. El proceso es algo complejo, pero por lo que parece, es la propia luciérnaga vacía la que se aleja al verse incapaz de convivir rodeada por esa tonalidad. Y más se aleja cuánto mayor es la diferencia de su tono.

También se descubrió que cuando alguno de los miembros del nido desea traicionar a la reina para ocupar su lugar o el de su larva igualada, su luz cambia de color, no solo de tono, a un rojo intenso y su exoesqueleto contenedor de la luz desaparece quemado por la intensidad de aquello que produzca ese color. Entonces sufre una dolorosa metamorfosis y se convierte en un raro insecto deforme, parecido a un cruce entre araña, cucaracha y ciempiés. En este estado no vuelan, por los espasmódicos movimientos de las articulaciones que parecen producirle gran dolor.

Pero lo más revelador del estudio fue descubrir que la reina madre produce una fina capa de cera que es colocada por su larva igualada, a una considerable distancia por debajo del nido. Esta capa impide que aquellos miembros que cambian de tono, pero mantienen su exoesqueleto, caigan más abajo, allí donde se encuentran los traidores a la reina. Cuando los recién caídos entran en contacto con la capa, forman un capullo del que poco después salen en forma de orugas.

En este estado no deberían lucir, ni aunque recuperaran la lealtad a su reina, y no lo hacen hasta que ocurre un hecho nunca antes visto en ninguna otra especie. La larva igualada en tono a la reina, desciende hasta ponerse en contacto con la capa de cera, al mismo tiempo que el halo de luz de la reina y la larva se intensifica entre ambos. Es entonces cuando la larva igualada se convierte en oruga lúcida, y no solo ella; muchas de las otras orugas en contacto con el halo de luz que ahora llega a la capa de cera, vuelven a tomar

tonalidad.

Y así, tras un periodo arrastrándose en este estado se desprenden en una última etapa de su cuerpo de oruga, para volver a salir el exoesqueleto de la luciérnaga primigenia. Si ahora conservan una tonalidad parecida a la de la reina, podrán volar y acercarse a ella, de lo contrario, la capa de cera ya no las retiene y caen.

La finalidad de la capa de cera parece pues, que es retener por un tiempo a los miembros vacíos de luz para que estos comiencen a lucir al recuperar su lealtad y así puedan volver a volar y acercarse hasta su reina. Lo que aún no llegamos a entender, es porqué los ejemplares traidores, aquellos que deformados, quemaron su exoesqueleto, no son retenidos por la capa de cera. A simple vista, da la sensación de que hubieran perdido consistencia corporal, pues la atraviesan y caen. Pero aún desde lejos, intentan acercarse con fuertes saltos hasta la colmena, pues su único interés ahora va dirigido exclusivamente a apagar la luz de la reina y de las luciérnagas y orugas que consigan lucir, ya que les molesta ardorosamente. Aunque nunca pueden acercarse a la colmena lo suficiente, puesto que tanta luz les daña, si pueden llegar hasta la zona en la que se acumulan los insectos vacíos de tonalidad.

Cuando los exoesqueletos vacíos salen de su oruga, la capa ya no los sujeta y caen donde los traidores. Allí, aún vivos, son rellenados y vaciados por ellos una y otra vez en lo que parece una tortura sin fin para el insecto.

El monje terminó de leer, cerró el libro y mirando a los oyentes permaneció allí frente al atril, balanceándose sobre sus talones, como esperando a que alguien le hiciera una pregunta.

-¿El secreto de la vida, es el comportamiento de unas luciérnagas? –preguntó por fin Etham.

El monje tras leer el escrito, parecía ahora más relajado, de habla más sosegada.

-Es el legado que el señor de la luz nos mandó guardar a los cenobitas para desvelar a los hombres en un momento de la historia de este mundo. La transmisión ya se ha cumplido en ti, enviado.

<Muchos años hemos estudiado este escrito y esto es lo que pensamos:

Todos nosotros, hemos sido alguna vez traidores al Señor de la luz, aunque sea de pensamiento, lo que ha cambiado el color de nuestra esencia y es aquí, en este mundo, donde nos mantenemos alejados de él.

De alguna manera aquí podemos volver a cambiar la ‘tonalidad’ para unirla de nuevo a él. Y mientras en este mundo estemos seremos atacados por los seres oscuros, esencias ya perdidas

que alguna vez también le pertenecieron y que ahora no soportan la tonalidad del Señor de la Luz. Estos ataques siempre se han dado en nuestro ser, cuya puerta es el pensamiento. Aunque ahora algo ha cambiado…

Pero ya no sabemos más… hay acontecimientos que no llegamos a entender –dijo meditabundo.

Bien, es ahora cuando conocéis la naturaleza de la vida:

Nuestros cuerpos son como las orugas; mantienen un recipiente o vaina que se ha de llenar de la magia del Señor de la luz para regresar a la colmena. Aunque mi cuerpo es más pequeño, quizá la capacidad de mi vaina interior sea como la vuestra o superior. Quiero deciros, que todos, incluso los arcontes pueden llenarse de la esencia. Debéis tener esto en cuenta si vais a luchar contra ellos en su nombre, pues también de él han salido.

-Yo tengo una pregunta: ¿Qué es la luna azul y la luna negra? –dijo Erick.

Cuando los recipientes, nuestros cuerpos, se rompen, los contenedores de la esencia se desprenden, pero quedan presos dentro de la gran esfera y sometida al tiempo, al gran péndulo. Dependiendo de la cantidad de sustancia que posean quedan más o menos lejos del Señor de la Luz, al cual lo suponemos más allá, mucho más allá, de las nubes. Esto es así porque, según creemos, la propia magia, su esencia es atraída por él. Y aun siendo esto así, las vainas tienen cierta libertad de movimiento, más allá de la atracción que tienen o no al Señor de la luz; la suficiente para unirse a otros de parecida tonalidad. Durante siglos la energía corrompida desapareció cayendo bajo nuestros pies, pues no es atraída por él pero ya hay escritos desde antes de que se fundara nuestra orden, que observan la formación y progresivo aumento de la luna negra por encima de nuestras cabezas.

Poco después de aparecer la negra, apareció otra azul que suponemos está formada por esencia no corrompida.

Nada habría pasado si ambas se hubieran quedado donde estaban, pero la luna negra, se precipitó sobre nuestro mundo creando la hendidura de la cordillera de Vandoria y corrompiendo todo lo que tocaba…

Entonces, la luna azul cayó creando el abismo de Vandhur, donde estamos para equilibrar su poder corrupto…

-¿Y qué he de hacer yo? ¿Por qué soy yo el enviado si no conozco al Señor de la luz? –preguntó Etham.

-Eso lo tendrás que hablar con él –dijo el monje y rebuscándose entre sus ropas, sacó una llave del tamaño de su antebrazo.

Se colocó frente a Etham, extendió sus brazos y se la ofreció.

-Esta llave te llevará hasta él. Tómala y sígueme –dijo.

El monje y él avanzaron hacia el centro del templo y Leratham corrió para seguirles, pero el cenobita le indicó que se mantuviera en su lugar junto a los demás. A Etham le costaba mucho seguir el apresurado paso del hombrecillo, y este tenía que avanzar parando a trompicones.

En el centro, dentro de un círculo, había un jergón que apenas levantaba un palmo del suelo. A su lado, una gran cerradura miraba hacia arriba incrustada en la roca.

-Ahora, deberás girar la llave y viajar en el sueño de la luz. Nosotros ya hemos concluido nuestra misión –dijo ahora más descansadamente.

Como si se hubiera quitado una carga que llevara desde el principio de los tiempos, el monje relajó su expresión. Sus movimientos pasaron a ser pausados y su lenguaje más comprensible. Sonrió a Etham con cariño.

-No tengas miedo. Si él te ha elegido para realizar esta misión, es porque lo puedes hacer –dijo dándose la vuelta.

-¡Espera! ¿Cómo es? ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo debo tratar a alguien tan poderoso? –le preguntó Etham nervioso.

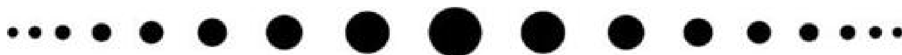
-No te preocupes. Recuerda el manuscrito: aceptando su luz se restituye la lealtad –dijo.

El monje definitivamente se fue, perdiéndose lentamente entre el velo de polvo flotante. Etham miró a su alrededor y no vio a ninguno más de ellos. Se dio cuenta de que hacía ya tiempo que no se les veía. De pronto se sintió solo. Sus amigos aparecían a lo lejos, como vagos relieves de la pared. Miró a la llave y al jergón sin creer del todo lo que el hombrecillo le había contado. Por fin, colocó la espada a un lado y se recostó. Metió la llave y la giró.

Se escuchó primero el repiqueteo de algunos granos caer sobre el suelo y luego el de raudales de arena. La plataforma circular en la que descansaba el camastro se empezó a elevar hacia la esfera azul que colgaba del techo.

Etham, paralizado, se agarraba con fuerza mientras veía que se acercaba irremediablemente al techo. Cuando estuvo bastante cerca pudo ver que la esfera estaba hueca. La plataforma se encajó dentro de ella y quedó en el interior de una habitación azulada. Desde arriba, la cálida luz del cielo llegaba por una trampilla.

Se amodorró y cayó en un dulce sueño.



Capítulo 11

Etham caminaba en medio de la nada y rodeado de luz, hacia un anciano que miraba un gran orbe de cristal. Aquella situación recordaba haberla vivido ya, pero cuando iba a hablar con el anciano siempre despertaba. Avanzó despacio esperando que en cualquier momento este se esfumara, pero esta vez se giró y le habló.

-Etham, te he estado esperando.

-Debí imaginarme que tenías algo que ver con todo esto –dijo él.

-Ja, Ja, Ja. Ven, acércate impetuoso jovenzuelo.

Cuando estuvo a su lado, el hombre puso la mano sobre la gran esfera de cristal.

-Dime Etham ¿sabes qué es el infinito?

Etham se quedó extrañado pero respondió.

-¿Lo que no se puede contar? Como los granos de arena de una playa.

-Bueno, algo así. Entonces, ¿tú sabes contar?

-Sí.

-¿Dirías que los números son pues infinitos?

-¿Qué tiene que ver esto con las lunas y lo que nos ha contado el monje?

-Contéstame.

-Sí.

-Imagínate el número mayor que quieras.

-Ya.

-¿Cuál has pensado?

-Doscientas docenas de docenas de docenas.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Estás seguro? ¿No me podrías decir otro mayor?

-... Sí... supongo...

-Acaba de pasar un momento de tu tiempo y ahora te puedes imaginar un número mayor al anterior. ¿Verdad? –dijo.

-Sí.

-Quiero que veas que nada sometido al tiempo puede ser infinito; cuando pienses en el mayor de todos, un instante después imaginarás otro aún mayor.

-Ya. ¿Y qué?

-Ja, Ja. Espera, dame ahora tú un poco de tiempo.

<Dime, si coges un cacito de arena de la playa. ¿Tú podrías contar sus granos? –le preguntó el anciano sonriendo.>

-Supongo que sí. Me costaría algún trabajo, pero creo que sí.

-Porque has cogido una parte más pequeña de algo que para ti es infinito. Bien, pues el tiempo tiene un efecto parecido sobre el infinito. Lo trocea haciéndolo real solo en el presente.

-Veo lo que dices, pero yo no soy monje ni sabio. ¿Para qué me cuentas todo esto? –preguntó Etham.

-Joven, debes conocerme si quieres controlar el poder de la luna azul. O para que lo entiendas mejor: debes conocer el poder que quieres controlar.

<Yo, soy infinito. De mi esencia… o de mi magia para que me entiendas, sale la vida de tu interior. Tú tienes una ínfima parte de mí y, como tal, tú serías parecido a mí, si no estuvieras limitado por el tiempo.

Esta esfera de aquí –dijo señalándola- es el tiempo, la frontera. Tú con el resto de los seres, y todos los mundos estáis aquí dentro. Como el vaso que separa el agua del aire, esto me separa a mí, infinito de lo que es finito.

Para que me entiendas entonces, quiero que me veas como a un mago, porque ellos, parece que creen las cosas de un simple pensamiento o deseo. Bien, pues así es.

Al principio, nadie habitaba en mi reino, solo yo. Lo cierto es que vivía orondo y feliz, pero quise compañía. Creé animales para jugar con ellos, pero pronto me cansé. Llegué a realizar muñecos con forma de hombre, pero solo hacían lo que yo quería y no tenían voluntad propia. Así que me dije: si realmente quiero acompañarme deberé crear a alguien que no tenga miedo de mí, que sea libre y como yo. Así que decidí tomar algo de mi magia, de mi propia esencia, de mí mismo y la rodeé de libertad. Así surgió alguien como yo, pero con su propia personalidad, que tomaba sus propias decisiones.

Antes de crearlo tenía miedo de que en su libertad quisiera usar la esencia que compartí contra mí, que cambiara mi propia esencia que ahora envolvía, pero eso no ocurrió. Se mantuvo inalterada aun contenida en su libertad, de manera que me hizo dichosamente feliz. Por fin tenía alguien con quien compartirlo todo y no uno cualquiera sino mi hijo, pues de mi esencia estaba hecho y una esencia sin alterar.

Tan dichoso estaba que en virtud de este, tuve nuevos deseos, realice otras criaturas con su propia libertad, pero todos cambiaron la esencia que les di nada más hacer uso de su libertad –dijo señalándole con el dedo.>

-¿Por qué me miras así? –preguntó Etham-. ¿Fui uno de esos

deseos? Te equivocas, yo soy hijo de mi madre.

-¡Ja! –sonrió el viejo-. Tú, como todos los hombres, antes de la existencia de la frontera y del propio universo, exististeis como mis deseos. Y por estar hechos de mi esencia erais libres e independientes de mí. Así pues erais atemporales e inmortales. No erais como el primero de los deseos, como mi hijo, pero aun así me complacíais.

Pero Bluzel el cruel, uno de vosotros, quiso ser como yo, quiso imponer su norma para beneficiarse aun a costa de perjudicaros a los demás. Desconocía que renegando de mí renegaba de su propio ser y apagaba su esencia de vida. Por desgracia hubo a muchos que convenció para juntar un ejército y atacarme. ¡Un ejército de mi propia magia! ¡Me encontraba con un enemigo hecho de mí mismo! Fue peor aún, pues a una gran parte de vosotros, aunque no os levantasteis, os surgió una duda en el corazón. Con engaños os hizo creer dignos de poseer lo único que yo por vuestro bien os negué: el decidir qué es bueno y qué es malo, el poder desear como yo. Cambiar esto a vuestro antojo sería como cambiar los cimientos de un planeta sin tener en cuenta la vida de la superficie, sería cambiar vuestra propia esencia, a todos vosotros, sería incluso cambiarme a mí, lo que es imposible pues yo soy el que soy. Y si yo dejara de ser, vosotros tampoco seríais.

Así fue como muchos de vosotros os vaciasteis de mí, y solo quedó vuestra vaina, vuestra libertad. Y además Bluzel se hizo con otros muchos que no solo se vaciaron, sino que cambiaron mi esencia por odio, y por fin pudo formar su gran ejercito >

Etham achicó los ojos extrañado y resopló levantando su flequillo.

-A ver… Si tú fueras el creador de todo esto como dices, te sería muy fácil entrar y destruir la luna negra –dijo el chico.

-¡Ja! ¡Ja! Espera, ahora voy a contestarte a eso.

<Finalmente, al dudar de mí dudasteis de vosotros mismos, pues yo soy el fundamento de vuestra existencia. ¿Cómo un deseo puede dudar de su deseador? De hacerlo, deja de ser deseo, no tendría razón de ser. Cuando ocurrió os separasteis y caísteis vacíos fuera de mi reino. ¿Cómo ibais a estar en mi mente si ya no erais mi deseo? Yo os he sujetado con vuestros cuerpos: hombres, gigantes, enanos, augur… todos fuisteis mis deseos antes del tiempo. Si abro la frontera del tiempo, el que continúe vacío caerá junto a Bluzel el cruel, a la región de Endor, la zona más alejada de mí. Allí, caen los que pierden su cuerpo y continúan vacíos. Pues sin llenarse de mi magia, sin ser mi deseo, no pueden volver a vivir en mi mente, pues yo no puedo desear lo que no deseo, no pueden acercarse a mi reino. Solo pueden caer alejándose.>

-Vale, o sea, somos como cenizas incandescentes que suben, pero sin calor bajamos… -dijo Etham mientras el anciano sonreía-. Bueno… pero y ¿por qué me has elegido a mí? ¿Qué tienes conmigo?

-A muchos a lo largo de la historia de los mundos he trasmitido mi magia para que la dieran a conocer a los demás. No eres diferente a ellos, pero yo elijo a los que me agradan y en los que confío.

-Ya... Y según dices, eres el creador de todo… y ¿este camastro en el que descanso es parte de ti?

-No. Solo los seres con alma inmortal tienen un soplo de mi esencia -contestó, pero Etham frunció el ceño-. Los seres vivos con libre voluntad y pensamiento habéis mantenido alguna vez algo de mi magia, de mi esencia. No solo los hombres, los augur, o los gigantes, incluso los arcontes tan detestados por vosotros, y tantos otros seres de distintos mundos que nunca verás. Pero exceptuando esa esencia que perdisteis, el resto de vosotros, incluida vuestra libertad que es la que os da la persona, es creación mía –continuó diciendo, pero Etham parecía aún más extrañado-. Sí, por desgracia al mundo caísteis sin nada de mí, sólo vuestra persona unida a los cuerpos que os mandé para sujetaros. Es vuestra misión volveros a llenar de mí.

-Mira, todo esto se me escapa. Sí fuera verdad, ¿por qué sigo vivo? Dices que me he vaciado de ti y que ya no soy tu deseo, luego, no tengo vida. ¿Y por qué puedo moverme? ¿Qué hago en el mundo? –se detuvo por un momento pensando- … bueno sí, según dices me has dado un cuerpo para sujetarme, pero ¿para qué? Si voy a morir antes o después.

-Etham, no te lo tomes a la ligera. Es muy serio lo que te estoy diciendo.

-Perdona… es que no entiendo.

-Os he dado esos cuerpos para que tengáis la ocasión de volver a ser mis deseos, ya que esto solo puede hacerse desde vuestra libertad; moviéndoos entre opciones. No es mi deseo tener esclavos. Tenéis un grave problema: mi esencia es inmortal y solo por haberla tenido en vuestro interior, vosotros lo sois también. Lo que quiere decir que si no la recuperáis cuando vuestro cuerpo muera caeréis junto Bluzel el cruel, que odia todo lo que huela a mí. Y allí seréis por siempre torturados.

<Y esto es lo que más te interesa saber ahora: hay otra parte de mí dentro de la esfera. Además de las pequeñísimas partes que algunos de los habitantes de los mundos tienen de mí, existen también las lunas. Cuando vuestros cuerpos se rompen, y tienen algo de mi magia, esta se queda dentro de la esfera contenida en su propia vaina. Si el que muere no se ha llenado de mí, su vaina o contenedor de mi esencia vacía cae hacia Endor, la región de Bluzel el cruel y sus

sayones. Bien, esto era lo que ocurría desde los albores del tiempo, pero desde hace ya años, los traidores a mí, se valen de las vainas vacías de los condenados para entrelazar una gran esfera oscura y mantenerse sin caer sobre el mundo. Cuando esto comenzó a pasar, hice que la magia de mis leales se uniera en lo que veis como la luna azul. Pero escucha, aunque se unan, cuando cada soplo de esencia sale de su cuerpo muerto, lo hace con su ser ya formado por sus libres decisiones y contenido por estas, por sus vainas. Es decir, para que el poder del ente puro te acompañe deberás ser puro como cada uno de ellos, pues si no les agradas no te acompañarán.>

-¿Y qué voy a hacer? Yo… es que… soy como soy –respondió con preocupación.

-Sí Etham, bastará con que no te corrompas. Si eres puro, el poder de la luna azul te acompañará. Yo solo puedo enviártela, pero no permanecerá contigo si te vacías de mí –dijo el anciano.

Etham resopló hacia arriba de nuevo, levantándose los pelos del flequillo.

-Sigo sin entender. ¿Qué puedo hacer yo? ¿Por qué no luchan esas cosas entre sí y ya está? ¿Por qué me has elegido a mí? ¿Por qué no he llevado una vida como la de todos los demás? –preguntó Etham cansado.

-No, en verdad no entiendes nada –dijo el anciano con gesto serio.

<No es importante la vida del mundo en sí misma, ni lo que has disfrutado de ella, sino cómo hayas formado tu ser cuando tu cuerpo muera, pues dependiendo de eso podrás volver a mí o no. Si estás vacío te utilizarán para formar otra luna negra o para cualquier tortura y antes o después caerás junto a Bluzel. Piensa que tú entraste en este mundo ya muerto. Es lo que hagas en esta prueba lo que puede hacerte recuperar la vida, y una vida que sobrepasa la muerte. El poder de la luna azul que te estoy ofreciendo, en vida de tu cuerpo, es el poder de mi magia, de mí mismo en los seres que se llenaron de mí antes de morir.

Pero cuidado, porque el ente oscuro intentará vaciarte de toda la esencia para aumentar su tamaño, pues cuando morís vacíos os utiliza para torturaros y esclavizaros en el odio. En su locura cree que cuando rompa la gran esfera del tiempo, si es lo suficientemente grande podrá vencerme.

En realidad, este es el orden de las cosas y no te habría llamado si no fuera porque al caer la luna negra en tu mundo entró en contacto con vuestros cuerpos, quebrando el equilibrio. Tal es su poder que todo lo esclaviza, robándoos la libertad que yo os di. Pero la luna negra necesita un vínculo que le una al mundo para poder actuar sobre él. Sin él, solo podrá influir en los demás pero siempre

respetando su libertad. Necesita un cuerpo para poder corromper otros cuerpos y así retorcerlos en los engendros que ha creado. La luna negra se materializó en Crotus, el señor oscuro, que así es como le llamáis. Aunque no era más que un humilde minero cuando la encontró, él optó libremente por aceptar el mal y se convirtió en la peor de las bestias corpóreas sometidas a Bluzel el cruel.

Cuando ese vínculo se rompa la luna dejará de esclavizar las voluntades.

-Y yo... tendría que ser el otro vínculo… el de la luna azul – dijo Etham.

-Solo si tú quieres. Yo no obligo a nadie.

-¿Qué poderes me daría eso?

-En verdad, sobre tu mundo tendrías el poder de cumplir tu deseo, pero no puedes traicionar el principio de la magia o te abandonará.

-Dámela. Desearé matar al señor oscuro y listo.

-¡Ja! ¡Ja! Podrías hacerlo siempre que estuvieras frente a él, pero esa no es la solución pues eso te corrompería.

-¿Entonces no puedo matar a nadie?

-Es tu libertad. Puedes hacerlo, pero escucha: cuando la vaina es corrupta todavía se puede cambiar en su cuerpo vivo y hacerla capaz de contenerme, pues aún es libre. Si matas a uno de ellos, su vaina será ganada para la luna negra y ya no tendrá remedio.

-Entonces, ¿para qué me sirve?

-Para protegerte. Si tú accedes a ser el vínculo de la luna azul sus efectos comenzarán a activarse allá por dónde se encuentren sus restos, oponiéndose al nefasto poder oscuro. La mayor parte está en las profundidades del abismo de Vandhur, justo debajo de donde estás.

-¿Y si no mato a nadie puede cumplir mis deseos?

-Puede actuar en tu entorno. En ti estaría el hacer buen uso de ella.

-¿Y si no acepto?

El anciano calló apesadumbrado y dejó de tocar la esfera para juntar sus manos mientras se las miraba.

-Etham, he creado todos los mundos para instruiros a vosotros y recuperaros formados de manera independiente de mí. Os he dado la oportunidad de elegir entre el amor o el bien, si lo quieres así llamar, y el mal. Si veo que no hay nadie capaz de luchar contra la oscuridad, daré la batalla por perdida, romperé la esfera del tiempo, me llevaré conmigo los fragmentos de la luna azul, y sacaré de los cuerpos vivos la energía no corrupta para llevarla también conmigo aquí fuera. Por último, volveré a cerrar la esfera con toda la energía

corrupta en su interior, y sin luz alguna se quedará sometida por el tiempo para toda la eternidad, a merced de los más oscuros de los seres, aquellos que en un origen me atacaron y que odian cualquier indicio de mí, incluso los recipientes dónde antes hubo luz y ya no la hay.

<Ha llegado el momento de la decisión. Tendrás que decantarte a un sitio o a otro. En medio no te puedes quedar.>

-Tampoco tengo muchas opciones.

-Puedes volver a tu vida si lo deseas. Y cuando te llegue el momento, si te mantienes limpio, cogeré tu esencia y volverás a vivir junto a mí con tu ser ya formado. No temas, lo que hoy decidas no influirá en eso.

Etham se quedó pensativo mirando aquella rara esfera.

-Si tú eres el creador de mi mundo y es todo como dices, conocerás a mi padre. Sabrás qué ha sido de él –dijo el chico.

-Sí, lo sé. Él forma ya parte de la luna azul.

-Y si tú estás aquí fuera, ¿cómo lo sabes?

-Yo os conozco a todos mejor de lo que vosotros mismos os conocéis. Creé vuestras vainas, vuestra libertad para contener mi esencia, mi magia. Cuando os vaciasteis de mí os di los cuerpos para que pudierais seguir usando vuestra libertad, y llenarla de mí otra vez. Volver a ser mágicos, volver a vivir. Cuando contenéis mi esencia es a mí a quién contenéis. ¿Cómo no voy a saber yo en quién estoy?

-Pero sabes… –hizo una pausa-… qué pensaban de mí cuando murieron.

-Sí, Etham. Tu padre estaba muy orgulloso de ti, aunque se quedó intranquilo por dejarte solo. Sé que, al morir su cuerpo, se arrepintió profundamente de encargarte como su última voluntad la supervivencia del hierro de vuestra familia, porque después vio que en verdad no tenía importancia.

Tu madre estaba dichosa por llevarte en su seno. Fue una mujer maravillosa y los dos dieron una bonita forma a la libertad que les di, una forma capaz de contenerme. Así que no te culpes por nada de lo que pasó y piensa que el recipiente que os he dado, cuando cumple el tiempo de moldeado debe romperse. Y créeme, es un tiempo corto, pues cuando llegue el momento verás que tu vida ha pasado en un suspiro. Entonces, si continúas como hasta ahora, no deberás temer porque la magia y vuestras vainas permanecen aún más allá del tiempo.

Etham, muy afectado, permanecía de pie con lágrimas en los ojos. Las palabras del anciano eran de consuelo y como una suave brisa, se llevaron el pesar de su corazón. Ahora sabía que le decía la verdad pues solo él conocía el dolor que le causó la última voluntad de su padre, dedicada a sus caballos.

Todo aquello abrió un nuevo mundo para Etham. Él pensaba que la vida se terminaba con la muerte y siempre estuvo afectado por ella, especialmente por la de su madre. Ahora le decían que todo eso no importaba. El sentimiento de culpa que le acompañó desde su infancia, se esfumó como si nunca hubiera existido y terminó por echarse a llorar sobre el hombro del anciano.

-Bueno... Bueno... Ya está bien Etham. Cuando os di vuestros cuerpos fue para que pudierais recuperar la vida y tus padres lo han conseguido. Los hombres sufrís sin mesura por las cosas de los mundos, por lo que no es importante.

Etham se secó las lágrimas con su antebrazo y se puso de rodillas.

-Dime, mi señor, qué debo hacer –dijo.

-¡Ja! ¡Ja! Buen chico. Levántate. Lo primero es unir a todos los pueblos en la lucha contra el ente oscuro.

-Haré lo que me ordenes, pero si esto es difícil de entender para mí que estoy aquí, no quiero pensar cómo lo van a entender ellos.

-No te preocupes. Tú deja fluir los acontecimientos. Confía en mí.

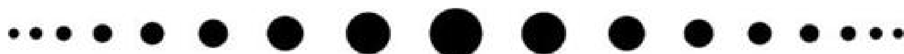
El anciano se puso de pie y colocó su mano en la frente de Etham durante un momento en el que él sintió un suave calor en su cabeza.

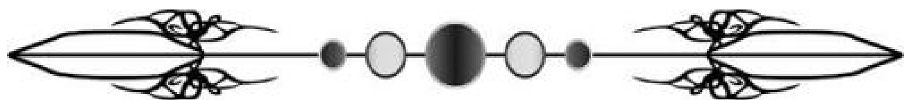
-Ve ahora en busca del núcleo de la luna azul. Cuando lo encuentres serás su portador y a tu paso allá donde estés, podrás transformar el mal en bien. Preserva también tu espada, pues su interior guarda una de las tres piedras Edecán del núcleo. Muy pocos seres oscuros pueden resistir su poder.

Etham miró su espada, sabía bien a qué se refería. Sin embargo, había mucho de lo dicho por el anciano que no terminaba de comprender, y no quiso preguntar más. Ya tendría tiempo de pensar en todo lo oído; aunque sí le quedó una idea en su mente: ahora tenía el poder para acabar con las hordas del mal. De él dependía que todo cambiara para siempre.

Tenía miedo, pero pensó en la tranquilidad que le transmitía el anciano. Se recostó en el camastro de nuevo con él en el pensamiento; temeroso de olvidarlo al despertar, como el que olvida un sueño que luego ansía recordar.

Giró la llave de nuevo.





Unos fuertes golpes en la puerta estuvieron cerca de derribar el pestillo del desván.

-¡Abrid enanos, o echo la puerta abajo!

Era la voz de Rodolfo, el novio de Esther. Alto y corpulento atemorizaba a los hermanos, por lo que ellos cuando podían trataban de evitarle. Muy moreno de pelo, sin embargo lucía un destacado mechón rubio que le caía sobre el lado derecho de la frente.

-¿Qué quieres? –preguntó Tomás.

-¡Abre ya! –gritó empujando.

La puerta se desencajó del gozne de arriba, y Tomás abrió.

-¿Qué quieres…? –de nuevo preguntó encogiéndose de hombros, esperando recibir un golpe.

-Canijos, me habéis dejado sin chocolate. ¿Qué voy a merendar ahora? –le dijo mientras le tiraba de la oreja.

-¡Ay! –se quejó-. No sé… Busca algo en la nevera…

-Pero me apetece chocolate. Dime, ¿tú tienes dinero para comprar? –le preguntó mirándole los bolsillos.

-¡Déjale! –dijo Andrés acercándose con el libro en la mano.

-¿Por qué? ¿Me vas a pegar con ese mamotreto? No tienes sangre en las venas para eso… -se detuvo un momento- ¡Ah! ¡Ja! ¡No tienes sangre en las venas! ¡Tú! ¡Qué bueno!... ¿No entiendes? Tu leucemia… Ja, Ja, Ja. Es que soy genial… -dijo, meditando que realmente lo era-. De todas formas este no tiene nada. Vamos a ver tú canijo blancucho, ¿tienes algo?

Le agarró del cuello con una mano y con la otra le cogió el libro que tiró a la ventanilla. Este quedó abierto hacia arriba apoyado sobre el lomo. Poco a poco sus hojas se iban abriendo y pronto acabaría por deslizarse sobre el tejado, para caer en la alberca del jardín. Andrés, trataba de soltar la mano que le asfixiaba pero no podía, y pensó que moriría ahogado. Sólo podía ver el libro rodeado de un halo azul y su corazón se aceleró desbocado, sin saber qué le alteraba más, perder el libro o aquella mano que cruelmente le apretaba el gaznate.

Entonces Tomás saltó sobre la espalda de Rodolfo.

-¡Deja en paz a mi hermano! –gritaba con desesperación.

El corpulento gigantón desequilibrado soltó a Andrés que se apartó y una vez compensado el cuerpo de Tomás, se incorporó, echó la mano a la espalda y le cogió por el brazo retorciéndoselo mientras él gritaba con dolor.

Andrés entre jadeos cogió la novela y agarrado a ella empezó a

gritar.

-¡Déjale o se lo diré a mi prima...!

-¿Crees que esa me importa un bledo? –contestó.

Los quejidos de Tomás se oían más alto ahora, parecía que Rodolfo realmente se había enfadado.

Andrés no podía ver sufrir a su hermano. Apretaba con rabia la novela entre sus brazos; lo único que le mantenía en contacto con el mundo en aquella situación irreal. Sus sentidos, envueltos en una difusa bruma azul desde que Rodolfo le agarró del cuello, solo alcanzaban a escuchar los gritos de Tomás. Entonces, un profundo alarido escapó de su garganta, aunque él sintió que venía del mismo libro que mantenía junto al pecho, pues sus hojas parecían estar ahora calientes y vibrantes. Fue tal el grito que prorrumpió de la garganta del chico, como el rugir de cien leones llevados a lomos del viento. El fuerte alarido envuelto en una extraña luz azulada, despeinó al grandullón, dejándole su mechón rubio vuelto hacia atrás. El cuello de su cazadora vaquera se rasgó cayendo empujado por la espalda, y la entrada se cerró de un gran portazo.

Rodolfo tambaleándose y con pitidos en los tímpanos, se dio cuenta de que aquel al que había llamado canijo blancucho, ahora mostraba una imagen temible. Miró la puerta cerrada y el pánico le dominó. Salió corriendo y tras abalanzarse ruidosamente sobre el picaporte y dos infructuosas intentonas de abrirlo, este por fin cedió dejando que bajara corriendo por las escaleras.

-¿Estás bien? –le preguntó Andrés.

-Sí… ¿Y tú? ¿Qué te ha pasado? –respondió Tomás asustado, metiéndose un dedo en el oído.

-No lo sé. Creo que ha sido el libro.

-¿Cómo el libro?

-Sí, creo que hay algo muy real aquí dentro. Venga tenemos que terminarlo cuanto antes –le dijo Andrés.

FIN PRIMERA PARTE.

Contenido


Vandoria
Minas Sallhron
Cordillera de Vandoria
Páramos Cenagosos
Merintia
Arcontia
Gran Meseta Oriental
Tierra de Gigantes
Drudia
Desierto del Dragón Errante
N
MAPA IGNITA
del
MUNDO EXTERIOR